El hombre del año pasado

Guillermo M. Schrem

El hombre del año pasado

Guillermo M. Schrem

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-1104-682-4

© Del texto: Guillermo M. Schrem
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Fotografía de cubierta: 123rf.es

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

cómo reirían
los puntos cardinales
si fueran cinco

Mario Benedetti

Alamedas desnudas,
mi amor se vino al suelo.
Verdes vuelos, velados
por el leve amarillo
de la melancolía,
grandes hojas de luz,
días caídos
de un otoño abatido por el viento.

¿Y me preguntas hoy por qué estoy triste?

De los álamos vengo.

Ángel González

Obertura del cuaderno de bitácora

Escribo hablando. Salí de casa huyendo de los restos del naufragio. Cogí un tren de cercanías y me bajé en la última estación. A partir de ese momento no sabía qué camino tomar, pero comencé a perderme por carreteras secundarias o comarcales, se llamen como se llamen, y me dispuse a caminar hasta que algo me detuviera: el mar o bien que se acabase el camino, algo que no debía descartar.

Escribo esto bajo la sombra de un algarrobo despistado junto a la carretera. No sé qué demonios hace un algarrobo perdido junto al traqueteo de los coches, chupando residuos de gasolinas múltiples y expuesto a que cualquier borrachuzo estampe su vehículo contra su tronco, pero, bueno, ahí estaba y me sirvió para descansar y, sobre todo, para regodearme en el paisaje y no pensar, sobre todo no pensar.

El paisaje era embriagador, se divisaban en lontananza unos tristes oteros entre los que se extendía un árido pedregal salpicado de hierbajos sin color que envolvían unos muros desvencijados, quizá algún almacén, algún silo o tal vez un puticlub que no había prosperado. Además, como nota de color, el margen de la carretera se encontraba salpicado de todo tipo de residuos, botellas, papeles, pedacitos de plástico; algunos todavía mantenían los colores porque no habían sido devorados por el sol; en fin, la herencia que van dejando todos esos descerebrados que creen que la ventanilla de su coche es la abertura de una papelera.

Pararon un par de coches para preguntarme si quería subir. Yo los miré con desconfianza porque mi padre me dejó bien claro que no debía subir al coche de un desconocido, así que los despedí sin más, y

eso que el segundo coche lo conducía una mujer: «Seguro que abusa de mí», pensé, entre sorprendido y divertido.

Estaba escribiendo estas líneas cuando apareció, como surgido de la nada, un mastodonte, y digo mastodonte porque aquello podía ser cualquier cosa menos un coche; era una especie de carro de combate, aunque sin cañón. Era enorme y de un color gris plateado casi ofensivo a la vista, pero lo que más me sorprendió fue que se detuvo un par de veces hasta llegar a mi altura. Yo no entiendo mucho de ese estúpido artilugio, dios incuestionable de la sociedad en que vivimos, pero juraría que el mamotreto aquel se había calado un par de veces.

Cuando se detuvo ante mí, no sabía si ponerme firmes y cuadrarme o esconderme detrás del algarrobo, pero no, saqué pecho y le planté cara. Se bajó el cristal del copiloto y adiviné el cuerpo de una mujer, aunque no pude descubrir si iba ignorando el volante o bien el volante huía de ella.

—¿Quiere que le lleve? —preguntó con una voz de resonancias místicas.

Me quedé contemplando la escena, sin darme cuenta de que ella estaba esperando una respuesta, así que desperté y me apresuré a afirmar con la cabeza.

—Es usted muy amable —comenté mientras abría la puerta y me arrellanaba en el asiento, solo para comprobar que junto a mi culo cabían dos más.

Después de sonreír, pulsó un botón y el cristal se elevó silenciosamente, tanto que me sobresaltó, lo cual no le pasó desapercibido.

—Es muy silencioso, extremadamente silencioso —comentó con un fino hilo de voz, como si no quisiera romper aquel silencio tan silencioso.

Yo también sonreí y asentí sin perder aquella sonrisa que no sabía bien de dónde había salido, porque de lo que menos tenía ganas era de sonreír.

En la radio sonaba *Nebraska*, de Bruce Springsteen:

They declared me unfit to live said into that great void my should be hurled

Me declararon no apto para vivir, que debería ser lanzado al gran vacío.

Me dejé arrastrar a la melancolía y reencontrarme con el vacío.

Vuelvo a la vida con mi muerte al hombro,
abominando cuanto he escrito: escombro
del hombre aquel que fui cuando callaba.

Ahora vuelvo a mi ser, torno a mi obra
más inmortal: aquella fiesta brava
del vivir y el morir. Lo demás sobra. (1)

Cuaderno de bitácora. Gran vals en la bemol mayor

El coche se deslizaba como una alfombra voladora y la mujer se iba deslizando también sobre el asiento. Yo no comprendía cómo podía conducir escurriéndose continuamente, pero no quería meterme donde no me llamaban; además, desde que había subido al tanque no habíamos cruzado palabra alguna, ni tampoco la había visto poner la quinta velocidad, y eso que aquel monstruo debía de llevar hasta diez velocidades. Por fin no pude más y le comenté:

—Creo que lleva el asiento a demasiada distancia y eso hace que se le escapen los pies y se le cale el coche —dije, recalcando la última frase.

Ella, sin perder de vista la carretera y sin cambiar a una velocidad más adecuada, fue deteniéndose hasta dejar el auto en la cuneta con la cuarta puesta.

—El coche es de mi marido y no sé adaptar el asiento a mi cuerpo —contestó con una nueva sonrisa de disculpa.

—Déjeme a mí —me aventuré a decirle.

Bajó del coche y comencé a manipular un sinfín de palancas que había por doquier. No se veía un alma en toda la carretera, tan solo un solitario algarrobo nos miraba atónito. Pensé si algún caprichoso había sembrado de algarrobos los márgenes del camino.

—Ya está —dije aliviado, porque, si seguía conduciendo en esas condiciones, ya estaríamos empotrados en ese algarrobo o en el siguiente, que seguro que habría.

Me sonrió de nuevo. Desde luego, muy habladora no era, aunque el menda tampoco era dado a la verborrea. Lo que sí me resultó extraño es que en ningún momento me había preguntado por mi destino, pero repito, soy de pocas palabras. Y como si adivinara mis pensamientos, me salió al paso.

—Por cierto, qué despistada soy, no le he preguntado dónde se dirige usted. —Parecía medir sus palabras, como salida de un colegio de pago, de mucho pago.

—No se apure, no llevo rumbo fijo. He salido a dar un paseo.

—¿Un paseo? —repitió apartando los ojos de la carretera, con lo cual, al ver que venía un coche de frente, me dio un vuelco el corazón.

—No pierda de vista la carretera. Los accidentes ocurren en los sitios más absurdos. —E hice un gesto que indicaba que era una recta muy larga.

Esperé a que retomara lo del paseo, pero parecía haberse olvidado, así que me sumí en mi mutismo, aunque me sentía molesto porque no había podido explicar mi aventura volatinera. En la radio se podía oírr a David Bowie cantando *The man who sold the world*…

I thought you died alone
Creía que habías muerto solo
a long long time ago
hace mucho, mucho tiempo
oh no, not me
oh no, yo no
we never lost control
nunca perdimos el control
you´re face to face
estás cara a cara
with the man who sold the world
con el hombre que vendió el mundo.

Aunque modifiqué el «nunca perdimos» por un «yo perdí».

Yo me alquilo por horas; río y lloro con todos;
Pero escribiría un poema perfecto
Si no fuera indecente hacerlo en estos tiempos. (2)

Cuaderno de bitácora. Música para ballet n.º 2

Me miraba como a un bicho raro y que conste que iba afeitado y con ropa de marca. No había tenido tiempo de llenar los zapatos de polvo y el peinado se me mantenía. En fin, que no era un desaliñado trotamundos, aunque ese término siempre me ha gustado.

—Bueno, yo ya le he dicho dónde iba, y usted ¿hacia dónde se dirige? —intervine para romper el hielo.

—Voy con mi marido a Benidorm —espetó con cara de no haber roto un plato—. Siempre le ha gustado Benidorm, bueno, a quién no le gusta Benidorm. Todo el mundo adora Benidorm, incluso conocemos unos rincones que parece que no estés en Benidorm.

Me asomé de soslayo para ver si había alguien sentado en los asientos traseros de aquel transatlántico de lujo y no encontré ni rastro del marido.

—¡Oh, no! —dijo adivinando mi movimiento. Está más atrás, en el maletero.

Jo, y yo que no había querido subir con la viuda negra que me había ofrecido su coche minutos antes y ahora me encontraba con una especie de sádica que llevaba a su marido en el maletero; claro que, tal como era el bólido, igual llevaba el mueble bar en la trasera. Ahora el que se mantuvo callado fui yo.

—Lo llevo en una urna, es decir, sus cenizas. Ha quedado muy bien, ¿sabe? Yo desconocía que fuesen tan húmedas al tacto, pero parece, sí parece eso, que sea tabaco de pipa.

Yo seguía callado, esperando que se explayara y terminara la historia, porque el folletín no acababa más que de empezar. Y no creí que fuera a acuchillarme mientras estaba entretenida conduciendo.

—¿Sabe usted?, mi marido adoraba Benidorm. Siempre me decía que el día que dejara este mundo quería que sus cenizas fueran arrojadas junto a su playa. Y claro, aquí me tiene, como buena católica, apostólica y romana, llevando sus restos a la bella playa de Benidorm. Valiente hijo de puta.

La cosa subía de tono, pero decidí seguir calladito porque iba a conocer de primera mano toda la saga de la familia, con detalles escabrosos incluidos.

—Sí, valiente hijo de puta. Gastándose el dinero con las putas de un local llamado El Mundo. Sí, siempre fue un ciudadano del mundo. ¿Sabe usted?, vinieron todas las putas a su entierro, y yo con una cara de epitafio de tercera, aguantando las risitas de los demás.

La verdad es que la escena debía de haber sido de toma pan y moja. Incluso tuve que contenerme la risa. En cuanto al resto, lo reservé para el apartado de ruegos y preguntas.

—Sí —repitió por enésima vez—, todo el dinero en juergas y en coches. ¿Ha visto el mamotreto que conduzco?, pues fue idea suya, grande y gris como su puta vida. Qué cojones, gris como la mía. Toda la vida encerrada en la urbanización, rodeada de gilipollas como yo. Sin voz ni voto. Solo presentes para poder echar un mal polvo que no llegaba nunca.

Se calló con la mirada al frente, sin lágrimas y con la boca retorcida de agresividad. Seguí en silencio, pero en mi cabeza bullía una extraña sensación de impotencia. ¿Le habría dado el *yuyu* por algo que había dicho o sencillamente sacó la ametralladora y se puso a disparar? De todos modos tenía que coger las riendas, dicho sea de paso, porque, si quería ir a Benidorm, cruzábamos La Mancha en dirección sur y eso nos apartaba del camino. He dicho.

—Perdón, si quiere ir a Benidorm, creo que va por una ruta equivocada. ¿No le sería más juicioso coger la Nacional III?

—No, no pienso coger la Nacional III, ni la IV, ni la XX. Él iba siempre por carreteras secundarias; para ver el paisaje, decía. Valiente hijo de puta —apostilló con un sonoro manotazo sobre el volante.

—Eso ya lo había dicho —respondí con un hilillo de voz.

—¿Lo de las carreteras secundarias?

—No, lo de hijo de puta. Parece ser que le ha cogido gusto al adjetivo.

Me miró con cierto aire de sorpresa. Afortunadamente no venía ningún coche de frente, porque invadió el carril contrario con una soltura que para mí la querría.

—¿A quién llama hijo de puta? No me gustan esos términos tan

soeces.

Si me pinchan no encuentran ni una gota de sangre en mis venas. Era posible que no recordara nada de lo que había dicho. Menudo subidón de adrenalina.

—Perdón, se me ha escapado —me apresuré a decir—. No volverá a ocurrir, pero creo que deberíamos buscar un lugar donde pasar la noche, que se nos echa encima.

Conducía como una autómata. Ni miraba la carretera, así que no me quedó más remedio que sujetar el volante hasta que se detuvo frente a un Parador. Bueno, no pensaba gastarme tanto dinero, pero no tenía intención de dejarla sola en ese estado. Reservé un par de habitaciones y la acompañé hasta su puerta. Le pregunté si quería cenar algo, a lo que no me respondió; estaba como en trance, parecía como si el pasado se le hubiese quedado atravesado, así que sin mediar palabra se perdió en la habitación iluminada por unos rayos de oro escapados del crepúsculo. Hay que ver lo que acumulamos en nuestra mente año tras año, día tras día. Bajé hasta recepción y salí a la calle, mientras en el hilo musical Mecano se confesaba con la canción: «Entre el cielo y la tierra hay algo con tendencia a quedarse calvo». Y luego, los muy ladinos, añadían: «Me cuesta tanto olvidarte». Se me escapó un silencioso «joder» y me dejé llevar por los diablos.

Como un buen aventurero,
cuando muera
quiero saber que me muero.
Quiero conocer la historia
verdadera:
un instante en la memoria. (3)

Gran misa en do menor

Esto no es del cuaderno de bitácora

La noche se había adueñado del pueblo. El día había entrado en una fase desapacible y amenazaba lluvia, motivo por el que la gente comenzó a refugiarse en sus casas. Un perro me miraba de reojo y me gruñó al acercarme; entonces me di cuenta de que se estaba trajinando un hueso. A lo lejos, junto a una fuente, descubrí un grupo que hablaba animadamente bajo la lluvia que comenzaba a caer, así que me aproximé extrañado.

—Hombre, por fin apareces.
—¿Qué hacéis aquí?
—Esperarte, ahora que no hay gente.
—Pero… estáis muertos.
—No es culpa nuestra.
—¿Qué haces con una cerveza en la mano?
—Beber. Ahora no tengo que cuidarme.
—Y tú, ¿qué haces tan lejos del mar?
—Esperarte. De hecho te esperamos todos.
—Vaya. ¿Y a qué se debe tan alto honor?
—Para decirte que eres gilipollas, que la has cagado.
—Lo que me faltaba. Ya estoy bastante jodido.
—La dejaste escapar y no hay otra como ella.
—Lo sé, pero no eres el más indicado para hablar.
—La dejé porque me morí.
—Sí, perdona, quería defenderme sin argumentos.

—No tienes argumentos. Solo un vacío terrible, ¿no?

—Claro que tengo argumentos. Sé aceptar un no por respuesta, así que gracias por venir. Quiero estar solo. Marchaos.

Y se marcharon, mis buenos amigos se marcharon. Estaban tan guapos como cuando los dejé. Mejor dicho, cuando me dejaron ellos. Entonces percibí unos ojos que no me perdían de vista. Les di las buenas noches y me esfumé bajo la lluvia, mientras ellos me seguían con una mirada llena de sospechas y enfundados bajo un paraguas. «Hay gente a la que le gusta hablar a solas», les dije al pasar con una sonrisa rebosante de comprensión.

Regresé al Parador. Estaba en silencio y pregunté si la mujer había bajado a cenar y me respondieron que no la habían visto. De cualquier modo, no había ninguna nota en mi casillero, así que me olvidé de sentarme a cenar y me dirigí al bar. Me tomé un par de copas en silencio hasta quedarme solo. Me disponía a abandonar el local, cuando oí una voz que salía de entre unos sofás.

—No se vaya todavía. Tómese otra copa.

Arrellanado entre cojines se encontraba un individuo de mirada profunda y con una presencia de encontrarse en su salsa.

—No me gusta beber solo —me dijo mientras se incorporaba—. ¿Sabe?, a estas horas me gusta sentarme frente al televisor y ver los anuncios. La gente siempre está feliz: sonríe, baila y se abrazan unos a otros como si fuese su cumpleaños. Claro que, de tanto en tanto, me fastidian los anuncios y ponen un pedazo de película que ni me va ni me viene y no sé de qué va el tema.

Me serví un trago porque la conversación se presentaba animada.

—¿Ha llegado hace un rato, no? Venía con una mujer que no parecía encontrarse muy bien. Por cierto, no me diga que no es su esposa, ya lo sé. Su mente está a años luz de aquí, pensando en otra persona. Bueno, lo siento, quizás me meto en sus asuntos, pero me gusta adivinar qué hacen los demás. Soy muy cotilla.

Yo no sabía si decirle que se callara, enviarlo a freír espárragos o darle la espalda y subir a mi habitación, pero opté por acercarme y tocarle el brazo para averiguar si era otro fantasma.

—Tranquilo, soy real; bueno, eso creo —dejó ir mientras se llevaba la copa a los labios—. Bien, me voy a la cocina a preparar el desayuno y los *menuses* de mañana. Usted ponga los *pieses* en los *sofases* y disfrute de la noche. ¡Ah!, y beba lo que quiera, pero no pague nada; la ronda corre por mi cuenta.

Y desapareció igual que si de una racha de viento se tratase. Me quedé sosteniendo la copa con el televisor encendido y no tuve más remedio que preguntarme qué narices hacía allí. Había un silencio

sepulcral en todo el edificio, así que tarareé *Sinceramente tuyo*, de Serrat: «Nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio».

Todos vienen a darme consejo.
Yo estoy dormido junto a un pozo. (4)

Nocturno en fa mayor del cuaderno de bitácora

Me levanté poco antes de amanecer y fui a dar una vuelta por el pueblo. Me gusta el despertar de una población: las caras de sueño mezcladas con los sueños del día. Cuando volví al Parador fui directamente a la cocina para encontrarme con el feliz cocinero, pero, para mi sorpresa, me dijeron que se había despedido. No hice más comentarios, ya que se notaba que faltaba personal y se les veía con ganas de ficharme, así que fui a preguntar por mi compañera y me dijeron que seguía en la habitación, lo que no me dejaba más salida que ir a desayunar.

—Vaya, ¿así me espera para desayunar? Esto no me lo esperaba.

Casi me perforo el paladar del susto que me pegó. Sí, allí estaba ella, más fresca que unas castañuelas y con un plato que rebosaba por los cuatro costados, si es que los tuviera.

—Perdone —balbuceé con un pedazo de jamón colgando de la boca —, creí que quería descansar un poco más.

Y omití el numerito del día anterior por no tocar temas delicados a esas horas de la mañana.

—¿Dónde vamos hoy? —me preguntó imitándome con un pedazo de jamón colgando de su boca—. ¿Hacia el norte o hacia el sur? —prosiguió, sorbiendo el pedazo de jamón—, ¿o bien hacia el este o quizás al oeste?

Yo no pensaba otra cosa que ventilarme el plato de fiambre que tenía delante, así que, tras apretarme una loncha de beicon, la miré

fijamente.

—¿Vamos? —pregunté mientras el aceite resbalaba por la comisura de mis labios—. ¿Adónde vamos? Quiero decir que si cuenta usted con mi presencia.

—Claro —exclamó atacando un huevo frito—, ¿no ha dicho que había salido a pasear?, pues pasee conmigo. Si no le molesta mi compañía.

En esos momentos me pareció encantadora, y no porque sacara a pasear al viejo descarriado, sino por la cara juvenil que puso, borrando toda la mala leche que había acumulado el día anterior.

Sigue el nocturno en fa mayor, continuación del cuaderno de bitácora del día

El coche estaba frío. La primavera se hacía de rogar. Bueno, realmente lo que ocurría era que ella intentaba arrancar con la primera puesta y, claro, el coche no hacía más que pegar coces, así que, aprovechando un despiste, lo puse en punto muerto sin decirle nada. Y es que soy muy *detalloso*. «¿Lo ve usted?, estaba frío», me espetó, a lo que asentí con un par de cabezazos.

Después de indicarle qué camino tomar, pues se proponía volver por donde habíamos venido, enfilamos hacia el sur. Dejamos atrás Cáceres y nos aventuramos a descubrir Mérida.

—Cuando lleguemos a Mérida —le dije poniendo voz de capitán de fragata—, tomaremos el camino de Ciudad Real, así que atravesaremos La Mancha y en un abrir y cerrar de ojos llegaremos al mar.

Bueno, eso de en un abrir y cerrar de ojos, dada la velocidad que llevábamos y los kilómetros que nos separaban de las procelosas olas, quedaba en un deseo, en un anhelo que pronto iba a desmoronarse.

Llegamos a Mérida, eso no puedo negarlo, pero el giro hacia el interior se vio resumido en una caída en perpendicular camino de Sevilla.

—He pensado que si seguimos recto llegaremos al mar y siguiendo la costa por narices llegaremos a Benidorm.

Lo dijo así, de una tirada y sin mirarme a la cara, cosa que, tal como conducía, agradecí. Pero ¿cómo le hacía entender que no íbamos a encontrar carreteras como las que buscaba en la costa, cómo le metía en la cabeza que para cruzar Sevilla nos exponíamos a salir de aquel berenjenal en Navidades, amén de cruzar la cordillera que ya se nos venía encima? Igual, con un poco de suerte, ponía tanta pasión en alcanzar la costa que terminábamos en Ceuta. Me recliné en mi mullido asiento y pensé: «La aventura, muchacho, la aventura». Había salido para perderme y no podía haber encontrado mejor cicerone.

—Háble*me* de usted —exclamó sin previo aviso, sacándome de mi agradable sopor—. A qué se dedica. Si está casado. Qué cosas le gustan. Cuénte*me* cosas porque, si no, me duermo.

Esta última observación actuó como un resorte que me hizo tirar el sueño por la ventanilla. Me sacó del monótono ronroneo de un motor que, pudiendo ir a trescientos por hora, se acomodaba a los noventa, bostezando y con resignación.

—Estoy en paro, la empresa cerró —comenté sacudiendo los hombros, como si la pregunta no fuera conmigo—. En cuanto a los asuntos matrimoniales, pues, como el que más o el que menos, estoy separado.

—¿De quién fue la culpa? —interrumpió, sacando de nuevo la metralleta que llevaba en la cabeza.

—Bueno, creo que de ninguno de los dos…

—La culpa siempre es de alguno de los dos —bramó como si estuviera en un *reality show*.

La madre que la parió, valientes ganas tenía yo de rememorar cualquier tiempo pasado que no necesariamente fue mejor. Pero no tuve que responder porque pegó un frenazo que casi me como el limpiaparabrisas. En ese momento agradecí que circulara a noventa por hora.

—¿No ha visto al joven haciendo autostop? —me preguntó mientras me echaba la cabellera hacia atrás.

—Pues no…

—Mire, ahí viene corriendo. Ya tenemos compañía.

Eso de la compañía me supo a cuerno quemado. ¿Estaría insinuando que yo era un muermo de tomo y lomo o quería cargar con el Orfeón Donostiarra en aquel huevo sorpresa de coche?

—Perdonen —oí jadear a mi espalda—, he venido corriendo en cuanto he visto que se detenía.

Y se metió dentro del coche sin más. ¿Y si nos habíamos detenido para preguntarle qué dirección tomar para ir a Calatayud? ¿Y si nos habíamos detenido para pedirle fuego o tomarle el pelo? Descaro de tío, oyes.

—¿Adónde se dirigen ustedes…?

—Buenos días —espeté con manifiesta mala leche—.

—Eso, sí, que dónde se dirigen.

Le eché una mirada por el retrovisor y descubrí un rostro que hacía cuatro días que había tirado por la borda el acné juvenil. Tenía el pelo castaño, peinado con raya en medio de la cocorota; se intuía un incipiente bigote sobre una boca carnosa, bajo una nariz tirando a borbónica y unos ojos que podrían llegar a ser verdes. Le cogí manía.

—Vamos a Benidorm —respondió ella, con una sonrisa afable, de esas que ponen los que sientan un pobre en su mesa—. Pero vamos dando un rodeo.

—Sí —apostillé—, recorreremos toda la costa sur: la Costa del Sol, la Costa Tropical, la Costa de Almería —y seguí poniendo voz de sarasa—, y además, visitaremos Marbella, Fuengirola, Torremolinos y nos compraremos un helado en Almuñécar.

—¿Le pasa algo? —me preguntó ella, cortándome el rollo patatero.

Negué con la cabeza y me di cuenta de que no se había coscado de mi manifiesta socarronería. En cuanto a nuestro nuevo inquilino, observé que tenía una mirada amenazadora sobre mi cogote y con un rictus de tener una duda metódica.

—¿Es usted maricón? —me soltó sin previo aviso.

—Y tú, ¿eres gilipollas? —respondí enseñando las garras.

Pero el asunto no fue a más porque la doña volvió a poner de manifiesto que no soportaba palabras soeces ni algarabías. Y que conste que eso de algarabías hizo mella en todo mi ser. Qué bonita palabra.

—Bueno, chaval, confío en que sabrás dónde está Benidorm —pregunté ladinamente para ver cómo andaban de geografía los nuevos centuriones.

—Un poco más al sur de Rusia —me respondió, al tiempo que me cagaba en todos sus muertos por haberme dejado pillar.

—No, hombre, está en Murcia —intervino la *chofera*, meneando la cabeza y suspirando por lo verdes que estaban en geografía las nuevas oleadas estudiantiles.

Observé cómo el maromo clavaba su miraba en mi ya conocido cogote con cara de póquer y ambos optamos por un socorrido silencio. De todos modos, comenzaba a sonar *Hurt*, de Johnny Cash…

I hurt myself today
Me hiero a mí mismo hoy
to see if I still feel
para ver si aún siento,

y me arrellané cómodamente en mi trono.

Equivocar el camino
es llegar a la nieve
y llegar a la nieve
es pacer durante varios siglos las hierbas de los cementerios. (5)

Cuaderno de bitácora. Menuetto

Estuve pensando (cosa que debería erradicar) en lo formales que éramos. Sí, nos hablábamos de usted y parecía que nuestros nombres pertenecían a un pasado que mejor era dejarlo en la estantería donde lo habíamos colocado y olvidarse después de dicho lugar. Además, dentro de aquella burbuja aséptica, todos parecíamos condenados a llegar a un lugar que a ella, supongo, le debería de remover las tripas y a mí ni me iba ni venía. Vamos, que no se me había perdido nada por aquellas latitudes. En cuanto a nuestro nuevo fichaje…

—¿Puede saberse dónde vas? —dejé caer como a quien le importa un bledo la respuesta.

—A ningún sitio. He salido a dar una vuelta —me disparó a traición.

—¡Joder! —exclamé, aunque rectifiqué al instante por aquello de las palabras soeces y la algarabía—. ¡Cáspita! —dejé escapar y añadí —: ¡Caracoles!

La miré de soslayo, pero la vi muy centrada en la conducción. Hasta diría que llevaba los ojos cerrados.

—¡Huy! —exclamó, añadiendo algo parecido a un ronquido—. Creo que me había dormido.

No hice ningún ademán, ni un solo comentario salió de mi boca. No sé ni cómo ni por qué, pero tuve la impresión de que me había tomado el número y me estaba vacilando.

—¿No se da cuenta? —prosiguió—; ha salido a pasear, como usted. ¿Qué le parece?

Así que dormida. La muy guarrindonga y vacilona. Aunque no pude

reprimir una sonrisa.

—De modo que no son ustedes pareja —intervino el narizotas—. Ya me parecía raro.

—¡Raro! —exclamé—. ¡Qué coj…! ¿Qué tiene de raro, mostrenco?

—Pues que ella me parece toda una señora —dijo con voz almibarada—, y en cambio usted… —se detuvo en zona de peligro, pero por fin encontró la palabra—, usted me parece un viajero. Un trotamundos, vamos.

Sabía que el maldito cabrón se estaba regodeando de la situación y que me la tenía guardada, pero antes de poder contraatacar prosiguió con su perorata.

—¿Y cuándo fue el feliz encuentro? —dijo saboreando las palabras —. Es decir, ¿cuándo le recogieron de su consuetudinario deambular?

Lo de consuetudinario me llegó al alma o al páncreas, o a la vejiga, en mi caso da lo mismo.

—Fue el día en que me atropelló, rompiéndome la patita —respondí con voz de pena—, y desde entonces la señora me lleva a su lado, cuidándome y colmándome de atenciones, hijo de p … —cielos, casi la lío—. Y ¡jo!, de pooocas cosas puedo quejarme —rectifiqué.

—Pues yo veo, desde mi posición, claro está, que anda usted bien de los remos.

¿Es que aquel cabrón no se iba a callar nunca? Con lo tranquilo que estaba con mi chofera lenta y despistada.

—¡El trípode! —exclamé—. La patita que se me quebró fue el trípode. ¿Lo has pillado?

Yo sabía que lo había pillado y que iba a pagar por mi incontinencia verbal, pero es que aquel imberbe tenía ganas de guerrear. Pero por suerte mi amiga la conductora salió a mi rescate.

—Pero ¿de qué patita me están hablando? —exclamó más perdida que un grano en la espalda—. ¿Y qué significa eso del trípode?, porque, que yo recuerde, usted no llevaba ningún trípode.

Pude ver como el señor de Treville se partía de risa en el asiento trasero.

—Nada, no haga caso —intervine—, son cosas de este soplapo… —mira tú, otro desliz—. Este… ¡Sopla! ¿Por qué no paramos a comer?

Así lo hicimos, pero, al bajar del bólido y sin que ella pudiera darse cuenta, le asesté una sonora colleja a aquel mentecato.

Luché desaforadamente para poder comer en un lugar decente, pues el niño y la señora me querían introducir en los fogones del infierno, es decir, una hamburguesería o bien un cuchitril en los que el menú consta de una ensalada o un plato de macarrones con tomate de primero y pechuguita de pollo a la plancha con patatas o pescado, quién sabe de qué padre, con una salsita, quién sabe de qué madre.

Les llevé al paraíso de los paladares, y no es que ese fuera su nombre, pero la pátina poética que desprendían sus muros me subyugó.

—Tenemos cojondongo —nos cantó ilusionada la buena mujer—. También hay zorongollo y birondango de primero.

Inapetente compañía la mía, que declinó tan apetitosos manjares por un filete con ensaladita, agua y Cocacola incluida, mientras yo daba cuenta, ante su mirada atónita, de un mayestático cojondongo, seguido de una perdiz al modo de Alcántara y rematado con una sopa de cerezas del Jerte. Y todo ello regado por un tinto de Tierra de Barros. *Entoavía* se podía vivir.

Paseamos por las empedradas calles de aquella población que nos había acogido tan calurosamente y les dejé adelantarse en animada conversación, mientras me rezagaba dejando ir irreverentes eructitos, producto del tripeo que me acababa de apretar.

—¿Sabe? —me dijo ella, corriendo a mi encuentro—, da la casualidad de que los dos vivimos en la misma urbanización. ¿No le parece sorprendente?

Lo que me parecía sorprendente es que no se dedicaran a pellizcar cristales. No entiendo esos vertederos de carnaza donde la gente no se reconoce ni la cara en la calle y mucho menos el culo.

—Pues sí —respondí conteniendo uno de los múltiples eructitos—, sorprendente es, pero creo que deberíamos ponernos en marcha porque supongo que ya les habrá bajado la comida.

Dada su escuálida comida no pude reprimir una carcajada contenida para mis adentros, pero, poniendo cara de novicio después de meneársela, subí disciplinadamente a mis aposentos.

—¿Puede saberse qué haces dando tumbos en esta época del año? —pregunté educadamente a aquel simulacro de Odiseo, al tiempo que reprimía mi último y agonizante eructito—. ¿Es que no vas al instituto?

Clavó su vista en mí, no sé si buscando una respuesta o bien era una mirada llena de amenazas por invadir un áspero terreno. Fuera lo que fuese, respondió con soltura.

—Voy bastante bien en los estudios —dijo, sacando un papel de su bolsillo—. He llevado esta autorización al instituto por si le puede interesar. —Y me tendió el susodicho documento.

Allí ponía que sus padres se habían ido al Caribe por diez días y que debido a sus buenas notas le permitían no asistir esas fechas a clase. Y yo, con el papelito delante, pensé que *excusatio non petita, accusatio manifesta*, pero no hice comentario alguno, entre otras cosas porque habíamos dejado Zafra y Fregenal de la Sierra atrás, así como la carretera que nos llevaba a Sevilla, y el rumbo que llevábamos nos conducía a Huelva. Qué *fregao*, madre, qué *fregao*. Cuando llegamos a

Valverde del Camino les conminé a buscar alojamiento y les dejé que cotillearan entre cueros y más cueros. Yo me perdí entre las callejuelas.

Esto no es del cuaderno de bitácora

Caminé un buen rato y recordé que no había memorizado la calle del alojamiento, pero me era indiferente. Después de tanto coche, tenía ganas de estirar las piernas, así que caminé hasta notar un dulce cansancio y, al divisar un banco en una pequeña plaza, dirigí allí mis pasos. Había una mujer ensimismada en lo que parecía un crucigrama. Estábamos solos y la miré descaradamente. Era mi madre. Me acerqué.

—Mamá.
—¡Ah! ¿Eres tú?
—Sí, soy yo, ¿qué haces aquí?
—Pues crucigramas.
—Pero…
—¿Sabes?, del cáncer no queda rastro.
—Ya, pero…
—¿Tú crees que ya puedo volver?
—Creo que primero tendrás que dormir un poco.
—Prefiero los crucigramas.
—Lo sé, pero no te va a quedar más remedio.
—Ay, hijo, qué pesado es esto. Y tú qué tonto eres.
—Tonto.
—Sí, aquí lo vemos todo, y tú la has cagado.
—Ya empezamos.
—Era una chica maravillosa, pero la has dejado ir.
—Mira, sigue con tu crucigrama.
—Sí, es lo único que me distrae. Adiós, hijo.
—Adiós, mamá.

Regresé con facilidad al hotel, como si hubiese sembrado el camino con miguitas de pan. No había rastro de los viajeros y me dispuse a invadir el bar y terminar con las existencias.

—Pase, pase —me invitó una voz desde el interior—, no se haga de rogar. —Y reconocí la voz del cocinero—. Hay manteca para los dos.

—Pero ¿de dónde diablos sale usted? —exclamé acercándome.

—Ya sabe de dónde vengo —respondió llamando al camarero—. De hecho venimos del mismo sitio, ¿no?

Estuve tentado de volver a tocarlo para ver que era real.

—Toque, toque —me dijo, adivinando mi pensamiento—. Tan real como la vida misma, incluso mejor y de más buena calidad.

—No, déjelo —atajé con media sonrisa en el rostro—, ya he tenido mi ración de fantasmas por hoy.

En ese momento, el camarero depositaba un pelotazo de whisky sobre la mesa. Yo estuve a punto de preguntarle cómo sabía lo que quería, pero, como había dicho, ya tenía bastantes sorpresas por un día.

—Fíjese en la cara de felicidad que desprende el personaje de ese anuncio —dijo señalando al televisor—. Resulta que tiene almorranas y con una pastillita, una simple pastillita, es capaz de alcanzar el cielo. ¿No le parece sublime?

De hecho el término *sublime* siempre me ha hecho gracia; me ha parecido ridículo, y él lo utilizaba como si lo supiera. ¿De dónde había salido ese personaje? ¿Sería mi ángel de la guarda? Aunque, desde que dejé de rezar aquello de «ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día», no había pensado mucho en él.

—No soy su ángel de la guarda —espetó, cortando mis pensamientos—. Solo soy un cocinero que se va a la cama.

—Pero ¿cómo…?

—¿Que cómo sé que estaba pensando en su ángel de la guarda? —me respondió, mirándome fijamente, con una sonrisa maliciosa en los labios—. Pues porque estoy sentado en un sillón de orejas y se debe usted de pensar que son las alas que me salen de los hombros.

No supe qué responderle, pero me quedé igual que la primera vez: no sabía si enviarlo a tomar viento o a freír espárragos. Y como toda respuesta se puso en pie, copa en mano, y la levantó a mi/nuestra salud.

—Me voy —dijo bostezando—. Tengo trabajo en la cocina. Hasta mañana. No pague nada, todo corre de mi cuenta. ¡Ah! Por cierto, ¿tiene noticias suyas, sabe algo de ella? Ya sabe: de la chica que deja atrás.

No me dejó tiempo de responderle, pero sí me quedó tiempo para pensar. Demasiado. Cerré los ojos y, cuando los abrí, en la televisión ponían un anuncio que decía que los niños pueden cagar todo lo que

quieran, que con esos pañales siempre tenían el culito fresco y rosado. Era para mear y no echar gota.

Me dispuse a pagar y me dijeron que todo corría por cuenta del cocinero. No tenía apetito, así que me fui a la habitación. No me encontré ni con el mindundi ni con la chofera; deberían de estar deambulando por el pueblo o comiéndose algún bocadillo de pan rallado en algún antro aséptico. Cerré la puerta porque el susodicho tenía su llave. Y ya basta de tanto punto y seguido.

Antes de consultar con la almohada, consulté a la radio y esta me dijo que…

Whatever gets you through yor life
A donde quiera que te lleve tu vida
it´s all right, it´s all right
está bien, está bien
do it wrong, or do it right
lo hagas bien o lo hagas mal
don´t need a watch to waste your time
no necesitas un reloj para desperdiciar tu tiempo.

Bueno, realmente me lo dijo John Lennon.

Y yo oigo la risa de los muertos debajo de la tierra. (6)

Cuaderno de bitácora para celesta

Cuando bajé a recepción, el niño dormía. No sé a qué hora debió de llegar porque estaba muy cansado y seguramente durmiendo a pierna suelta. Pregunté en recepción por la cocina y, como si conocieran la historia, me dijeron que el cocinero, después de preparar los desayunos y la comida del día, se había despedido. «Como de costumbre», pensé, y fui a buscar un buen local donde zamparme un plato de jamón de los que hacen historia, y conseguí hacer historia.

Al regresar al hotel me encontré con mis compañeros de viaje frente a sendos platos de bollería variada. Me serví café.

—Bueno —me abordó ella con una sonrisa de haber descansado como los ángeles (no de la guarda)—, ¿dónde vamos hoy?

—A Huelva —respondí y, por si fuera, poco añadí—: A comer jamón.

Me miró despellejando un *croissant* como si fuese un pollo.

—¿Pero no íbamos a Sevilla?

—Íbamos, señora, pero Sevilla, la muy grosera, se nos ha desplazado un poco al este.

Después de desguazar el *croissant*, lo dejó en el plato y me miró con carita de perro degollado.

—He vuelto a cagarla, seguro —susurró.

—Esa boquita, señora —le recriminé—, esas palabras no quedan bien en sus labios.

Sonrió con una sonrisa fresca como la mañana (por fin), pero no la dejé seguir.

—Cag… Es decir, meter la pata no la ha metido usted. Ha sido,

como se dice vulgarmente, «la forza del destino» —y añadí—: Pero no hay nada que no pueda, excepto la muerte, solucionarse. —Y pensé en el fiambre que descansaba en el maletero.

El consuetudinario devorador de bollos (que conste que recordaba la utilización de la palabreja por el menda) me miraba con la cara llena de migas.

—¿Y tú, qué? —le pregunté para ver si era capaz de contestar con la boca llena—. ¿Te apuntas al baile?

Y sí, fue capaz de responderme con una voz pastosa que parecía escapar de un cuento de Lovecraft.

—Sí, quiero ir a Benidorm —escupió—. Nunca he estado.

Cielos, un mesetario que nunca había pisado Benidorm. Eso era para levantar acta. Y añadió:

—Siempre iban mis padres solos y me dejaban con mi tía.

—Bueno, si quieres ir, allá tú —le previne—. Pero ya tendrás tiempo de ir a Benidorm con el Imserso.

Y me quedé pensando que, cuando le llegara la edad de jubilarse, lo más probable, dada la penosa situación económica que íbamos arrastrando, sería que terminara en un campo de exterminio, como un trasto inútil. Pero mi chofera preferida me sacó de tan negros pensamientos.

—Vimos ayer cómo hacían unas botas —comentó—, y creímos que le gustarían.

«Vive Dios», pensé. Esas buenas gentes, que han llegado de allende los mares, se preocupan por un pobre destripaterrones como yo. Hoy creo en Dios.

—Mi buena señora —respondí con los ojos bañados en lágrimas—, si me comprara unas botas, serían las de «siete leguas», y, como iría más rápido que usted, me privaría de su compañía.

Y se volvió a reír. Así como suena. Una amplia sonrisa se dibujó en su cara y, después de llamarme tunante, me invitó a subir al coche. Pensé: «Qué bonita palabra: *tunante*». Y luego lancé un suspiro.

Con el contacto se conectó la radio y sonó *Stairway to heaven*, de los Zeppelin:

Yes there are two paths you can go by
Sí, hay dos caminos por los que puedes ir
but in the long run
pero a la larga
there´s still time to change the road you´re on
todavía hay tiempo para cambiar el camino en el que estás

El día prometía.

¡Cómo me siguen
en fila interminable
todos los yos que he sido! (7)

Cuaderno de bitácora. Scherzo. Allegro molto

Y qué elegantes éramos ambos los dos, llamándonos de usted y sin saber nuestros nombres. Incluso el gualdrapa, que se le notaba que iba a un colegio de pago, nos hablaba con tan alto título nobiliario. Y no iba a ser yo quien iba a romper tan bella costumbre. Incluso con mi fantasma preferido, el volátil cocinero, nos hablábamos de tan bella guisa. En fin, vivir para ver.

—Lamento lo ocurrido —intervino ella, sacándome de mis elucubraciones—; quizás debería haber mirado los letreros, pero, como conduzco con los ojos cerrados…

—No diga eso ni en broma —atajé con un sudor frío.

Y pensé en algunos momentos críticos de su conducción en los cuales recuerdo haber sacado el corazón por la boca.

—Lo que le ocurre a usted —proseguí con voz melosa— es que conduce de oído. Igual que si tocara la flauta.

—Qué bueno es usted —respondió con una voz más melosa que la mía—, se nota que lo dice para darme ánimos.

—Bueno —explotó el espermatozoide con hambre atrasada—, ¿vamos a seguir con la escenita? Porque parecen ustedes unos amantes de Verona trasnochados.

No, si el niño apuntaba posibles. Después de su *consuetudinariez*, ahora me salía como un shakespeariano de tomo y lomo. Válgame Dios.

—Escúchame, coprófago insaciable —grité blandiendo mi acero—,

¿a ti quién te ha dado vela en este entierro?

—Deje de ponerme calificativos estúpidos —respondió con altivez —. ¿Se cree usted que no sé lo que significa coprófago o lo que me dijo ayer, mostrenco? No vamos camino de Huelva sino a La Palma del Condado, así que decídanse si quieren visitar el parque de Doñana o retomamos el camino.

No creo que me hubiera gustado ver mi rostro en un espejo en aquellos momentos. El menda me acababa de dejar fuera de combate, pero que conste que lo de la licencia papal por sus altos conocimientos no acababa de cuadrarme.

—Vale, Marco Polo —respondí acongojado—, pues cuando lleguemos a la Palma del Condado, tomamos camino de Sevilla. Y perdona si te he ofendido.

No obtuve respuesta. Por el retrovisor vi cómo se sacudía las migas del desayuno. «Le va a dejar la tapicería hecha unos zorros», pensé.

Cuando llegamos a nuestro destino, le sugerí tomar la autovía que llevaba a Sevilla, porque, si se encabezonaba en seguir por carreteras secundarias, podíamos terminar cantando coplas con los monos de Gibraltar. Ante lo *cualo* me dio la razón. Madre mía, se nos abría la romana Hispalis ante nuestros ojos. Qué *fregao*, madre, qué *fregao*.

—Gire a la derecha, gire —apuntaba yo siguiendo las indicaciones que llevaban a Córdoba—. No, por ahí no. Cuando vea un semáforo en rojo, frene. Joder, se ha saltado un stop. Cuidado con la del carrito. Pero no deje la vía principal, usted siga las indicaciones que pongan Córdoba.

—Pero yo no quiero ir a Córdoba —protestaba—. Yo quiero ir a Benidorm. Mire, ahora pasamos por el parque de María Luisa; ¿usted cree que veremos la Giralda?

«A este paso, hasta las murallas de Ávila», pensaba. Y echando una mirada por el retrovisor vi que el mozalbete había desaparecido. O bien estaba acurrucado o acojonado, no sé por qué orden, o había saltado del coche en marcha.

—Usted siga —jadeé—, que lo está haciendo muy bien —mentí—. No deje este carril —supliqué—, que ya salimos de la población —afirmé a punto de perder el conocimiento.

—Pues no hemos visto la Giralda —fue lo único que se le ocurrió decir.

Yo hice el ademán de sacudirme el polvo: «Polvo, sudor y hierro, el Cid cabalga», pensé, y vi asomar desde los infiernos una cabecita asustada.

—¿Se ha acabado la montaña rusa? —balbuceó—. ¿Dónde estamos?

—¿Cómo están ustedes? —preguntó la moza con aires de Agustina de Aragón.

Yo iba a responder con un televisivo «bieeeeen», pero opté por la cruda realidad.

—Estamos sin plumas y cacareando —respondí abriendo la puerta para poder besar el suelo—. Y estamos en Morón de la Frontera.

—¿Y qué hacemos en Morón de la Frontera? —preguntó ingenuamente el diablillo que despertaba al mundo.

—No preguntes —intervine—, y da las gracias de no haber terminado en Guijuelo.

La chofera, a todo esto, paseaba con cara de no haber roto un plato.

—Pues no ha sido tan complicado cruzar Sevilla —afirmó con una soltura que me hubiera gustado que viera su madre.

Yo esperaba leer al día siguiente los periódicos, en los que se hablaba de un basilisco que se dedicó a arrollar todo cuanto se pusiera por delante por las procelosas calles sevillanas. En fin, que allí estábamos, recordando que a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga, y a nosotros nos chorreaba la bendición hasta por el colodrillo.

Y por fin alguien entró en razón y pude escuchar que podríamos comer algo. Eso sí, después de que se relajara el *bujero* que el soponcio nos había creado en el estómago.

Era tarde, pero, como nos dijo la señora del comedor, la panza nunca descansa. Que no sé si sería un refrán del terruño o bien una verdad como un puño (la rima hortera es mía).

Les dejé navegando por la carta en busca de algún anticristo, mientras yo alcanzaba la corte celestial. Le pedí unas moronas *partías* para abrir boca y pasar luego a unas migas y unas costillas de matanza, todo ello regado con un tinto andaluz.

—Pero en Andalucía el vino es blanco —comentó el Descartes *tacatum*.

—Sí —contraataqué—. Y en la República Sudafricana todos son negros. No te jode.

«Huy, se me ha escapado», pensé mirando a la moza, pero la Vaquera de la Finojosa estaba absorta mirando la carta del derecho y del revés.

Optaron por tortillas de espárragos, sabia decisión, y ella me pidió consejo sobre el rabo de toro, a lo cual estuve tentado de afirmar que sería el primer rabo en condiciones que se metía en el cuerpo, pero me limité a cantar las excelencias de tan suculento manjar.

A todo esto, el cabronazo del niño se había ventilado todas las aceitunas y, si no me hubiese sorprendido pidiendo conejo estofado, le habría sacudido otra colleja. En otro orden de cosas, creo que pocos conejos se había llevado por delante en su corta vida. Así que me contuve y dejé que se relamiera.

En fin, acabé el ágape con unas pastafloras y un Pedro Ximénez. Y,

aunque me miraban con envidia, ni me insinué para dejárselo probar.

Y hala, *pal* coche, que se nos venía la noche sin previo aviso. Solté, como los niños, un par de eructitos que me hicieron rememorar el vinito y venga *pa* Ronda, que me pareció lo más juicioso. El nene se arrellanó en el asiento y se lio un pito a escondidas.

—¿No irás a fumar aquí? —advertí con voz de padre responsable.

—Déjelo —comentó con voz de madre blandengue—, mi marido también fumaba. Además, ¿qué vamos a hacer con tanto cenicero de diseño?

A mí, personalmente, no me molestaba el humo, pero en el comportamiento del chaval intuí algo que no me gustaba, y claro, salió a la luz: se había liado un porrete. Pero me callé. Sí, no puse el grito en el cielo y dejé que la historia siguiese su curso.

—¿Dónde está el cenicero? —preguntó el lechuguino.

A lo que ella, apretando un botón, color fucsia para más datos, hizo aparecer de la nada mil y un receptáculos para depositar graciosamente la ceniza.

—Es que se activan todos de golpe —se disculpó—. Lo haría cambiar, pero como no fumo.

Ya. Tenía todo el aspecto de fumarse un mentolado, que no sé si todavía existen, el día de Navidad y de no haber bebido en porrón en su vida.

—Qué bien huele —exclamó aspirando a todo pulmón—. Y pensar que no me ha atraído nunca el tabaco.

«Pues te vas a enterar de lo que vale un peine», pensé. Y añadí: «Si se marea con tanta curva, no tiene más que decírmelo».

—Pero qué tonterías dice usted —respondió con una alegría que comenzaba a ser sospechosa—. ¿Dónde ha visto que se maree el conductor?

—Que el humo es muy malo, hija —dije con ademanes de cura párroco—. Que los *petas* los carga el diablo.

Y miré al retrovisor con cara de mala leche, a lo que el jefe Toro Sentado me respondió la mirada levantando los hombros como si la historia no fuera con él, mientras seguía dándole al *calumet*.

—Tenía usted razón —murmuró la chofera a pocos kilómetros con una caída de cabeza—. Me está entrando un mareo, o es un sopor… Oiga, ¿cómo sabía usted que…?

Aparcó juiciosamente en una pequeña explanada y se puso a mirar por todos lados como si estuviese contemplando el palacio de Versalles. Menudo colocón llevaba la reinona. Para echarle una foto y enviarla a un concurso de televisión.

Apagué el motor, que seguía rugiendo, y salí a recoger los restos del naufragio. Habíamos aparcado junto a un algarrobo y volví a pensar a quién cojones se le había ocurrido sembrar de algarrobos

todo el camino. Saqué a la mujer del coche, ante la mirada de culpabilidad y de incredulidad del maromo.

—¡Podrías echarme un cable, mastuerzo! —grité entre jadeos.

La estiramos en el asiento trasero, lo más cómoda posible y con la cara sobre mi chaqueta por si le daba por sacar la pota.

—Bueno —medio grité, agarrando la oreja del pibe—, supongo que estarás contento.

—Yo qué iba a saber…

—Pedazo de mamón —seguí medio gritando—, esta mujer lo más duro que se ha llevado a su pituitaria es el olor a amoniaco que tiene en la despensa.

—Pero, si no…

—Y encima te lías el *peta* en una carretera con más curvas que el culo de la Marilyn y la Ava Gardner juntas —le seguí medio gritando y sacudiéndole una colleja—. ¡Mamonazo! —añadí.

Por mí lo hubiera dejado allí, junto al algarrobo, pero, si lo quería dejar, mejor que fuera en Ronda, que ya no quedaba lejos.

—Ha dicho que no tenía marido, ¿no? —preguntó tímidamente, como para romper el hielo.

—Sí, eso ha dicho —respondí de mala gana—. Eso es lo que les pasa a las solteras y a las viudas. En su caso es viuda.

—¿Y qué hace yendo a Benidorm con este bólido de película, que conduce como si fuese un patinete de tres ruedas? Se me hace más raro que unas castañuelas de papel.

Preferí omitir la historia de la urna que llevaba en el maletero y por qué había elegido tan peculiar y afamado destino, y respondí un lacónico:

—No sé, pero nos paseamos, ¿no?

Llegamos a las puertas del Parador. Me estaba gastando una pasta gansa en el viajecito, pero creí que, dadas las circunstancias, era lo *más mejor*.

Cogí dos habitaciones, no sin antes consultar al drogata si quería pasar la noche allí —cosa a la que, para mi desgracia, respondió afirmativamente—, y deshacerme en inútiles explicaciones al de recepción, acompañadas de gestos y ademanes, de que mi señora esposa se encontraba ligeramente indispuesta. Así que procedimos, sin mayor dilación, a recuperar el cuerpo de la bella durmiente. Y así, mientras el mozo de cuerda se hacía con la maleta, apoyé a la capitana en mi hombro y, dibujando una de mis más fascinantes sonrisas ante todo el que se cruzaba en mi camino, la llevé a la habitación.

Dejamos el equipaje en una de las camas y tumbamos en la otra a la trasnochada pasajera. Le quité los zapatos y la medio arropé.

—Si quiere me voy —comentó el ayuda de cámara—. Está buena

todavía y puede hacer con ella todo lo que quiera, que no se va a enterar.

Mi mano actuó como provista de un resorte y le sacudí un tremendo revés. Se me quedó mirando, pero en su rostro no había odio, sino que emanaba una sorpresa infinita, como si fuera el primer bofetón que recibía en su vida.

—No vuelvas a decir eso —exploté contenidamente—. Nunca. —E hice el ademán de irme, pero antes me volví y le grite: «¡Jamás!».

Crucé el pasillo hasta nuestra habitación. Era maravillosa, tanto que el bueno de la recepción me dio una con cama de matrimonio; supongo que se apiadó de nosotros, puesto que «mi señora» estaba indispuesta. Bien por el recepcionista, pero mal rollo tener que dormir pegadito al ladilla.

Tiré mi equipaje a un rincón y me senté a los pies de la cama. Quería olvidar la escena. Y lo conseguí, ya lo creo que lo conseguí. Esperé al compinche y sus comentarios sobre nuestro tálamo conyugal y, claro, no se hizo esperar. Tiró su bolsa junto a la mía y se sentó en un sillón frente a mí.

—¿Es que —balbuceó— tenemos que dormir juntos?

—Eso parece.

Y dejé que una sonrisa picaruela naciera en mis adentros y me librara del mal trago.

—Supongo que me respetarás, ¿no, chaval?

Saltó como un poseso.

—Pero ¿qué guarradas está usted pensando?

—Déjate, déjate. Que un hombre en la cama siempre es un hombre en la cama. (A)

Siempre había querido decirlo.

—Me voy a pasear —dije—. Me llevo la llave de su habitación, aunque creo que no la veremos hasta mañana.

Se me quedó mirando como un perrito cuando sabe que se va a quedar solo.

—Toma —proseguí suspirando ante su mirada—, la llave de la habitación. Yo tengo otra. Vete a dar una vuelta, pero, por favor, no me sigas.

Siguió sin moverse del sillón y esperé, porque parecía dispuesto a soltarme algo.

—En cuanto a lo de antes —comenzó a decir—, yo…

—Olvídalo —le interrumpí—. Sal a dar una vuelta, que la ciudad merece la pena. Ah, y come algo, que estás en edad de crecer.

Salí para ir a ver el Tajo desde el Puente Nuevo y me quedé mirando la brutal caída. «Cuántas veces —pensé— me hubiese lanzado al vacío»; y me fui porque, con todo lo que había perdido y había dejado atrás, no estaba el horno para bollos.

Esto no es del cuaderno de bitácora

Paseaba sin rumbo, disfrutando de las callejuelas entre gentes de prisa contenida, hasta que encontré un rinconcito que se adecuaba a mi maltrecho cuerpo. Contemplé un cielo que comenzaba a pensar en dejar paso a la noche. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que, salvo algún transeúnte con aire soñoliento, me encontraba solo. Siempre solo.

—¿Permites que me siente?
—Pero ¿qué haces aquí? El otro día te vi con los otros.
—Sí, porque te esperaban y quería verte.
—¿Y ahora?
—Voy paseando hasta el mar.
—Siempre el mar, ¿eh?
—Sí, siempre las cóncavas y negras naves. Ah, Troya.
—Tú, tu Troya y tu *Odisea*.
—Por cierto, el otro día vi a Odiseo
—¿Pero existió?
—¿Acaso lo dudas? Por cierto, me dijo que eres idiota.
—Ya empezamos. No será por una chica.
—¡Tú sabrás! Aunque yo también creo que lo eres.
—Bueno, ya está bien. Tú dedícate a pintar.
—Ya ni pinto, ni escribo. Siempre han pasado de mí.
—La gente es idiota.
—Ya lo sé. Por eso me refugié en el alzheimer.
—Me lo hiciste pasar mal, jodido.
—Lo siento. Ahora ya me lo he quitado de encima.

—Anda, vete, te espera tu mar. Date un buen paseo.

—Ah, el mar. Siempre el mar. Adiós.

Hola y adiós. Hola y adiós. Plasta de fantasmas, que parece que solo vengan para decirme que soy idiota. Como si no lo supiera.

Todavía había claridad, pero la luna se perfilaba con nitidez en el cielo. La saludé con la mano y me dirigí al Parador, pensando cuánto tiempo tardaría en aparecer mi cocinero favorito.

—Menos del que piensa —dijo una voz a mi espalda en el pasillo.

Me lo quedé mirando en silencio, sin dar crédito a lo que estaba viendo. Pero ¿qué hacía allí? No sé cómo nos encontraba a cada paso que dábamos.

—No piense tanto —me dijo con sorna—, ya sabe que no le sienta bien.

—Pero ¿qué hace aquí? —exclamé sonriendo—. ¿Y por qué nos sigue?

—Bueno, yo diría que son ustedes los que me están siguiendo —matizó—. Yo ya estaba aquí. Por cierto, siéntese, ya pido yo el whisky.

Entramos en el bar y me dejé caer como un hipopótamo sobre un sillón. Miré como dejaba mi vaso sobre la mesa y seguí mirándolo sin saber lo que quería averiguar.

—No me pierde de vista —me comentó ante el insistente análisis de su persona—, pero ya sabe que no soy ni su ángel de la guarda, ni un fantasma, que, por cierto, cada vez que nos vemos ha tenido su sesión. ¿Qué tal la de hoy?

—Bien, digo regular. Es que me canso de que me sigan —protesté sin mucha convicción—. El caso es que sé que me quieren y se preocupan por mí. Y, en cuanto a usted, pues, la verdad, no sé quién es ni qué quiere de mí. Quizás solo le pueda ver yo.

—Pues el camarero bien que me ha entendido cuando le he pedido la bebida —respondió con aire triunfal—. Lo que sucede es que piensa demasiado, y ya sabe que eso le perjudica. Las cosas, si se entienden, son como son y, si no se entienden, son como son. Yo solo soy un humilde cocinero que no encuentra su lugar en el mundo y que ve los anuncios porque no le queda tiempo de ver películas, que son largas y tediosas.

Era un mamón que estaba jugando conmigo; eso, un mamón que me debía de conocer de algo y me estaba tomando el pelo. Eso debería de ser, pero había tantos cabos sueltos que no sabía por dónde coger aquella historia.

—Ni soy un mamón —me murmuró con los ojos fijos en mi cara—, ni le conozco de nada. Soy un viajero, como usted. Deje de pensar y tómese el whisky, que le pido otro.

Pero ¿de dónde había salido ese personaje? ¿Por qué me seguía?

Mira que si era de la Interpol o del FBI, pero yo qué había hecho. Maldita sea, es verdad, pienso demasiado. Cogí el mejunje que me traía y le pegué un buen trago.

—Lo que ocurre —prosiguió— es que lo lleva todo escrito en la cara. Sí, la cara es el espejo, no solo del alma sino de nuestras dudas y nuestros problemas. Por cierto, debe darse prisa porque su compañera creo que está despertando.

Sí, eso también lo llevaba escrito en la cara, ¿no te fastidia?; así que me faltó poco para tirarle el vaso a la cabeza, pero lo olvidé cuando me dijo lo de todos los días: «Hasta mañana, tengo que ir a la cocina, y no se le ocurra pagar nada, todo corre de mi cuenta». La madre que lo parió.

El camarero me confirmó que estaba todo pagado y que si quería otra copa. Decliné el ofrecimiento y subí a la habitación.

Ella se removía inquieta, pero no parecía tener intenciones de levantarse; al contrario, se dio media vuelta y, abrazándose a la almohada, siguió en brazos de Morfeo. Esperé unos minutos y me fui.

El camafeo ya estaba en la habitación y deglutía una película que tenía visos de ser interesante. No, si aquel bicho ya me había dado muestras de ciertas inquietudes e igual resultaba que no era un pedazo de carnaza más para esta desequilibrada sociedad.

—¿Qué tal el paseo? —preguntó aún medio asustado.

—Bien —respondí mientras me quitaba la camisa—. He dado una vuelta y he estado hablando con un amigo. Me voy a duchar.

—¿Se ha encontrado con un amigo, aquí? ¡Pues vaya potra! —exclamó sin dejar de hablar—. Yo he bajado al puente y he estado tentado de tirarme al precipicio.

—Estás en edad de hacer muchas tonterías —grité desde el cuarto de baño—, pero deja esas estupideces a los mayores. A los caducados.

Abrí el grifo y me sumergí como un cachalote debajo de unas imaginarias olas que me hicieron olvidar por unos momentos tu nombre. Pero no tu rostro.

Cuando salí, el pitufo lampiño se había dormido. Ya se había desnudado, así que solo tuve que arroparle. Me sentí como el arropador del reino de los viajeros. Sí, en esos momentos me sentí como un viajero que no iba a ninguna parte y por eso llegaba antes que nadie. Y no pude reprimir una sonrisa porque me acordé del cocinero. Él siempre me ganaba, claro.

Busqué una emisora y muy bajito escuché a Dylan en *Idiot wind*…

Idiot wind
Viento idiota
Blowing every time you move your mouth
Soplando cada vez que mueves la boca

Blowing down the backroads headin´ south
Soplando por carreteras de segundo orden que van al sur
Idiot wind
Viento idiota
Blowing every time you move your teeth
Soplando cada vez que mueves los dientes
You´re an idiot, babe
Eres idiota, pequeña
It´s a wonder that you still know how to breathe
Es un milagro que todavía sepas respirar.

Me dormí sin apagar la radio.

Dejando lejanía, como un beso. (8)

Cuaderno de bitácora. Intermezzo. Andantino gracioso

Me desperté con el cuerpo dolorido. A saber en qué postura me había dormido. La radio seguía encendida; no sé si había estado dando la tabarra toda la noche o si la había puesto el judío errante para que tuviera un armonioso despertar. El caso es que me percaté de que el judío se había esfumado de mi vera y estaba trasteando por la ducha y sin pensarlo dos veces me lancé sobre la mesa en busca de su cartera. Allí estaba, diciéndome: «Cotillea hasta hartarte», y cotilleé, vaya si lo hice. Lo primero fue hacerme con el carné de identidad, y ¡bingo!, solo tenía diecisiete añitos, a lo cual añadí un lacónico «la madre que lo parió»; después pasé a una sospechosa tarjeta de crédito, evidentemente a nombre de papá y naturalmente una Visa Oro, a lo cual añadí melodiosamente: «Visa morena, Visa con garbo, que un relicario me voy a hacer…»; aunque estuve más tentado de hacerme un rosario con sus dientes de marfil. El resto eran carnés sin importancia y papeles que no sabía a qué obedecían, excepto la muy socorrida y falsa nota de sus padres. Volví a soltar un lacónico «la madre que lo parió» y me negué a empezar el día pensando, así que dejé la cartera en su sitio.

—Date prisa —grité—. Tengo jambre.

—Ya voy, ya voy —respondió con voz de pronunciamiento decimonónico.

Me acerqué a la habitación de la chofera y llamé suavemente sin obtener respuesta. Abrí la puerta con mi tarjeta y no encontré rastro

de ella en la cama y no adiviné movimiento en el cuarto de baño, lo que significaba que, después del colocón, estaba comiéndose a Dios por los pies en el comedor.

Recogí al infanzón, que todavía estaba medio en pelotas, y lo arrastré hasta el comedor, mientras él aprovechaba el viaje en ascensor para ponerse la camisa y subirse la cremallera de la bragueta. Y, zas, allí estaba ella, con cuatro platos a su vera y otro, el que tenía enfrente, lleno de bollería hasta las cumbres.

—No sabe el hambre que tengo —dijo al verme, con la boca llena de un dorado bollo de sinuosas formas—. No sé lo que he llegado a comer.

—Hola, buenos días. No se preocupe —le dije en tono tranquilizador—, llevaba muchas horas sin comer.

Y dando una ojeada a las bandejas, descubrí dos vacías. No quise pensar. Igual habían caído presa de aquella mujer insaciable como la plaga de la langosta. En fin, yo también tenía mucha jambre, por lo que no me quedé atrás y ataqué por todos los flancos.

—¿Qué camino tomamos hoy? —farfulló mientras yo peleaba con un platazo de fiambre—. Tengo ganas de ponerme en camino.

Cielos, ni un comentario de los acontecimientos del día anterior; esto comenzaba a ser sospechoso. Me suelta una retahíla de tacos y se le van de la mollera, y ahora, ni un suspiro de su manifiesto colocón-desmayo. En fin, teniendo en cuenta cómo pierden la memoria los políticos, no íbamos a ser menos la chusma.

—No nos queda más remedio —dije sentando cátedra— que tomar la autovía de la costa, porque, si nos perdemos por caminos y caminitos, podemos terminar en Tombuctú.

—¿Cómo vamos a terminar en Tombuctú si está en África? —espetó el Magallanes, dejando alto el pabellón de su nivel en geografía.

—¡Uy! —suspiré—, no conoces las prestaciones del bólido en el que viajas.

Por si acaso, solo por si acaso, le pedí al recepcionista si podía hablar con el cocinero, a lo que, como era lógico, me respondió que les había dejado y que, si alguien preguntaba por él, había dejado dicho que «arrieros somos y en Almuñécar nos encontraremos». Eso, encima cachondeo.

Dejamos el edificio maleta en mano y los hice formar frente al coche con cara de sorpresa incluida.

—Capitán —grité—, aquí están los voluntarios, ¿los puedo desatar?

Y como me miraron como si me hubiese dado un *yuyu*, me vi obligado a decirles que eran cosas mías, que me sentía feliz esa mañana.

Mira tú, ese día el coche no estaba frío y arrancó a la primera. Lo que son las cosas. El caso es que dejamos atrás la Serranía de Ronda y

la Sierra Bermeja, al menos eso ponía en el mapa de carreteras, y se nos abrió el mar en todo su esplendor.

—¡El mar! —gritaron al alimón ambos los dos—, ¡es el mar!

—¡Toma ya! —respondí con cara de sorpresa—, y yo que pensaba que era la piscina municipal de Cuenca.

—Tampoco hace falta que se ponga tan borde —me cortó ella groseramente—. ¿Es que no le hace ilusión ver el mar?

Bajé las orejas como un niño tras una reprimenda y con vocecita de infanzón le hice ver que el vocablo *borde* no quedaba muy fino entre sus labios.

—¡Digo lo que me sale de los cojones! —explotó—. Y cuidado, que no estoy para gilipolleces.

Sopla con la bipolar, seguro que se iba a olvidar de aquel arrebato en un suspiro. Miré por el retrovisor y no encontré ni rastro del coleguita. Se había ocultado como cuando cruzamos Sevilla. Bien por él, porque, si se escapaba una hostia, tenía todos los números, como yo.

Dejé pasar un ángel, aunque me arrepentí con la celeridad del rayo, ya que, en lugar de bordear Marbella, se me perdió por una carreterita camino de Alhaurín de la Torre, pasando por Alhaurín el Grande; el pequeño no, porque no existía. «Bueno —pensé—, nos vamos a perder las excelsas poblaciones de Fuengirola y Torremolinos», en fin, ya volvería otro año.

—¿Ya estamos en la costa? —preguntó con voz angustiada—. ¿Cuándo cogemos la autovía?

—Están de obras —respondí—, pero usted siga con la vista al frente, que el paisaje es muy bonito.

Pasó de los Alhaurines. De Coín llegó a Cártama, y allí, pudiendo coger el ramal que llevaba a Málaga, optó por la carretera de Antequera; debió de ser porque *carretera* y *Antequera* rimaban. Hay que ver lo que da de sí la poesía.

—Oiga —dejó ir con desconfianza—, no veo el mar.

—Pero lo huele, ¿no? —respondí silbando como el viento—, porque está muy cerca.

—Pero qué cerca, ni qué niño muerto —intervino desafortunadamente el enano Pandafilando, saliendo de su trinchera —, si vamos camino del interior. Vamos en dirección Antequera.

—Antequera —intervine—. Bonita población malagueña de unos cuarenta y cinco mil habitantes, con grandes construcciones megalíticas en sus cercanías, centro comercial e industrial y con el parque natural del Torcal de Antequera; además, vamos a intentar encontrar al niño que se les perdió en la feria. Sí, eso es, hemos tomado un atajo interior camino de Benidorm.

Se me quedó mirando como si hablara en arameo y después me la

sacudo, pero me dejó por imposible.

Llegamos a Antequera sobre las dos *post meridiem*, hora de comer. No hubo nuevos comentarios por ambas las dos partes, cosa de agradecer entre tanto desbarajuste geográfico, y tomamos al asalto una tasca que nos invitaba a entrar, entre tonalidades rancias y gran cantidad de parroquianos.

Mientras ellos perdían la vista descifrando la carta, yo me apunté un tanto, pues la señora me dedicó una sonrisa de oreja a oreja, pidiendo un pío antequerano, unos higos con anchoas y de postre un *angelorum*, todo ello regado con un buen vinito de la tierra.

—Siempre pide usted unos platos con unos nombres muy raros —me dijeron abandonando la búsqueda del grial en la carta.

—Qué se le va a hacer —respondí relamiéndome—; no soy yo quien le pone los nombres.

—Pues yo voy a pedir lo mismo —dijo ella—, porque todo lo que ha pedido hasta hoy tiene buen aspecto.

—Y yo —apostilló el *garçon*—. Tengo curiosidad.

Cielos, qué ilusión, yo creando escuela. No me lo podía creer. Disfruté más viendo su cara de felicidad mientras deglutían tan excelsas viandas que yo saboreando las mías. Y eso que no hice mención de los molletes, manjar que obvié por no llevarlos a un desenfreno gastronómico.

Abandonamos Antequera, sin encontrar al niño *perdío*, pero con gran satisfacción en el corazón y en la barriga. Por suerte la autovía estaba cerca y llegamos a Málaga iluminados por un sol lacrimoso que auguraba lluvia, pero no fue así. Yo creí que la moza iba a hacer una de las suyas, pero no: continuó firme al volante manteniendo la dirección correcta. Pensé que menos mal que no dejaban circular burros en la autovía, porque, a la velocidad que íbamos, nos hubiesen adelantado.

—¿No puede ir más rápido?, piense que estamos en una autovía —dejó escapar aquella copia falsa de Juan Sebastián Elcano—. Vamos, que me bajo a mear y me puedo volver a montar paseando.

Palidecí y, naturalmente, como era de esperar, sin mayor dilación y por un capricho genital, el coche se paró en seco y esta vez el que se escondió en la trinchera fui yo.

—Ya puedes bajar a mear todo lo que quieras —aulló la auriga—. Te esperamos en la próxima población tomando un café. Y usted —me gritó echando espumarajos por la boca—, ¿también quiere bajar a mear?

—Mejor me quedo —respondí como si estuviese alzando el cáliz a los cielos—; estoy disfrutando del mar, del paisaje, en fin, sobre todo de su compañía.

Me miró con cara de pocos amigos y con un entrecejo escapado de

una pintura de Francis Bacon.

—Deja en paz tu equipaje —pegó un bocinazo—, te he dicho que te espero en el próximo pueblo.

Por suerte para él, en lontananza se divisaba una población, así que se apeó y fue a cambiar el agua de las olivas a un árbol que había perdido junto a la carretera, un algarrobo, naturalmente. El coche arrancó sin esperar el fin de aquella accidentada micción y lo dejó más tirado que a Marco y su mono Amedio.

Después de la matanza del día de san Bartolomé opté por un silencio denso y lleno de matices, como las continuas sonrisas que lanzaba a mi compañera de viaje. Cualquiera abría la boca; se llevaba un sopapo a la mínima de cambio. Hay que ver con la señora.

El caso, estuve pensando en tan corto trayecto, aunque dilatado en el tiempo, es que la situación me parecía jocosa. Me caía bien la viuda y al grumete le estaba cogiendo afecto. Qué iba a hacer ella, que sabía tanto de la vida como el canto rodado de un río, sino sacar ese genio que le habían castrado durante tanto tiempo. Iban a ser tiempos tumultuosos, ea. En cuanto al barbián, no sé qué iba a ser de él, porque eso de que sus padres estaban haciendo manitas en las lejanas playas caribeñas me sonaba tan mal como un despertador a las tres de la madrugada. Quizás ya lo estaban buscando Eliot Ness y sus Intocables.

El día se iba despacio, la tarde colgada a un hombro, dando una larga torera sobre el mar y los arroyos. Palabra de Lorca; te alabamos, Señor. Pues sí, al crepúsculo le había dado por aparecer de nuevo, fíjate tú, y la noche comenzaba a pelear por hacerse un lugar en el cielo. Cuando entramos en la población, nuestro Jim Hawkins nos esperaba junto a las primeras casas.

—He hecho autostop —se justificó— y he tenido la suerte de llegar antes que ustedes.

—Venga, sube —sonrió la chofera—. Vamos a seguir, que se nos echa la noche encima.

Estuve a punto de protestar porque la idea del café me había parecido buena, pero luego me consolé diciéndome que no dormiría. De todos modos, un sobresaliente por el chico.

—Debo de parecer una calamidad al volante —se excusó—, pero este coche siempre me ha venido grande.

—No se preocupe —opinó el mozuelo con voz grave de maestro armero—, hay que tener presente que la prisa es mala consejera y además nos impide gozar de paisajes desconocidas para nosotros.

«Ahí, ahí le has *dao*», pensé. Jo, el niño cómo se las gasta. Este, como menos, va para ministro.

—Oye, mozalbete, por curiosidad —pregunté—, ¿tu padre en qué trabaja?

—Tiene una fábrica de chorizos y otras viandas de plástico —respondió con cara de asco—. Todo es basura incomible.

Ahí va, al decir chorizos de plástico me imaginaba consoladores.

—Así que tira de Visa Oro, ¿no? —le solté para ver su reacción—. Y —añadí— ¿cómo se le ocurre dejar su puesto en estas fechas?

Pareció sentirse incómodo, al menos esa fue la impresión, y después de pensarlo me soltó que lo desconocía, que él no se metía en sus cosas y esperaba que no se metieran en las suyas. Eso me sonó a que me metiera la lengua donde la espalda pierde su digno nombre.

—¡Sexi! —gritó de golpe—, ¡estamos en Sexi!

—Sexi es el nombre que le dieron los fenicios a Almuñécar —intervine ante una posible erupción femenina.

—Ya aparece en la cultura argárica, mil quinientos años antes de Cristo —continuó vociferando—. Qué guay, siempre he querido venir. ¿Quién se apunta a dar un garbeo e ir al museo?

Desde luego, aquel espécimen rompía con todos los cánones del momento. Que si la juventud no sabe nada, no vale para nada, no tiene curiosidad por nada, y así hasta nada de nada. Pues menudo cotilla y metomentodo nos habíamos agenciado. *Pa* que luego vayan diciendo por ahí.

Decliné la oferta y me ofrecí a buscar alojamiento en un hotel que teníamos justo enfrente. Mientras, la pareja, sin despedirse, los muy groseros, se fueron a sacarle el jugo a la población.

Esto tampoco es del cuaderno de bitácora

La verdad es que el tiempo nos acompañaba, como se dice vulgarmente, y yo me quedé suspendido dentro de aquel crepúsculo, delante de una vieja torre que seguro que venía en todas las guías de viaje. Me pareció divisar en lontananza a mis queridos compañeros de viaje. Parecían felices y eso me hizo sentir feliz a mí también. Pensé que las cosas iban transcurriendo de una manera relajada e incluso divertida. Eso sí, con alguna colleja y algún arrebato de furia por parte de la señora, pero me vinieron a la mente los versos de Celaya: «Yo soy un error y el mundo es siempre hermoso». Quizás podría utilizar esos versos para algún capítulo de mis memorias.

—No lo pienses dos veces, no importa.

—Esa es una canción de Dylan, ¿no?

—*Don´t think twice, it´s alright*. Exacto.

—Otra vez con la cerveza en la mano.

—Ahora me sientan de maravilla.

—Eres un golfo y un cabronazo. ¿Por qué tuviste que morir?

—El conductor del tren iría borracho. Qué sé yo.

—Tu mujer y tu hija están bien. ¿Lo sabes?
—Sí. Les doy las buenas noches todos los días.
—Venga.
—Sí, hombre, cuando voy camino de algún concierto.
—¿Conciertos?
—Sí, no me pierdo ni uno. Ahora no pago, tío.
—La música y la cerveza. La madre que te parió.
—Cuando me canse me pondré a dormir. El sueño eterno, ya sabes.
—Adiós. Te echo de menos.
—A quien echas de menos es a tu chica, mamón. Adiós.

«Siempre lo mismo, pero con distinta voz», que diría Aute. Vaya, tenía el día de recordar poemas y canciones, como en mi época juvenil, cuando me escapaba de la basura que me rodeaba memorizando, pues eso, poemas y canciones.

Entré en el hotel y comprobé que la pareja de la guardia civil todavía seguía de picos pardos, y sin pensarlo dos veces me alejé por un túnel de silencio (Lorca, de nuevo) camino del bar.

Cielos, estaba vacío. ¿Dónde estaba mi cocinero preferido, que había tenido la osadía de citarme en Almuñécar?

—Aquí estoy —escuché a mi espalda.

Y apareció subiéndose la cremallera de la bragueta. Menos mal que estábamos en cuadro.

—Ya sé, ya sé —continuó—. Pero estamos solos y me estaba meando.

Ahora que lo tenía delante le di una ojeada. Tendría unos cincuenta años, pelo castaño y abundante, ojos entre grises y verdes, y mediría sus buenos metro ochenta y cinco. Vamos, casi como yo, pensé.

—Qué, ya me ha dado un buen repaso —dijo dejando caer sus posaderas—. No me dirá usted que no doy el tipo, no sé para qué, pero seguro que lo doy.

El camarero apareció con las consumiciones, y eso que no habíamos abierto la boca.

—Antes de mi forzosa desaparición —aclaró—, le dije lo que iba a tomar usted. Ya lo ve, sin trampa ni cartón.

—Háblame de usted —le pedí sin rodeos—. ¿Por qué, a qué obedece este encuentro?

Sorbió de su copa. Nunca supe lo que bebía porque se trataba de un vaso opaco. Adivinó mi pensamiento, naturalmente.

—Es una infusión de hierbas —me aclaró—. No bebo alcohol, ya tuve mi momento y eso ha quedado atrás. En cuanto a mí, bueno, empezaré por usted. Supongo que sabe que hay cosas que no se olvidan, o plantas cara y te lanzas a desfacer el entuerto o aprendes a vivir con ellas. O sin ella, como es su caso.

Dio un trago del mejunje que tenía entre manos y sin dejar de mirarme prosiguió.

—En cuanto a mí —dijo sonriendo—, pues no soy tan diferente de usted, ¿sabe? Hay quien comenta que las cicatrices nos dicen dónde hemos estado, pero no nos indican dónde debemos ir. *Voilà, c´est moi.*

Y dónde pensaba ir, porque yo iba a Benidorm, pero también podía haber tomado el camino de la isla de Perejil. «Soñador impenitente», me dije. En fin, que me sentía como Alicia cuando le pregunta al gato qué camino tomar, aunque no sabe dónde va, y este le responde que entonces no importa el camino que escoja.

—¿Se ha fijado en los anuncios de coches? —me espetó librándome de mis pensamientos, cosa que seguro hizo adrede—, vienen a decir que usted ponga el dinero y la cara de idiota, de felicidad, de prepotencia, de padre amoroso y de muchas cosas más, que ellos ponen el coche. Están bien, ¿no?

Por enésima vez estuve a punto de enviarlo a parir panteras, pero de nuevo no me quedó tiempo.

—Tenga —me dijo con prisas—, me han dado esto para usted y tengo que ir a preparar el desayuno de mañana.

Y depositó una piedrecilla de cuarzo rosa en mi mano. La reconocí al instante y me llevé la mano al bolsillo. Tenía otra exactamente igual.

El barman me dijo, como ya venía siendo costumbre, que ya estaba todo pagado y el recepcionista me confirmó que en el hotel se encontraban alojados tres representantes y dos matrimonios ya mayores y otro con un niño pequeño. ¿Dónde estabas tú?

Me fui a la habitación y no encontré al *garçon*. Se lo estarían pasando bien y se habrían ido a cenar. Yo cerré el puño sobre la piedra y conecté la radio. Me sorprendió de nuevo Aute:

Las fórmulas exactas de los sabios
que han hecho de estos pagos un burdel
no valen las espadas de tus labios
ni el pozo incandescente de tu piel

Tropiezo en los residuos de la víspera,
cuanto hay de ayer en hoy me sale al paso. (9)

Cuaderno de bitácora. Scherzo da capo al fine

Dormí mal, creía que era el conde de Montecristo en el peñón de If y que conseguía escapar haciéndome pasar por el cadáver del abate Faria, que, por cierto, tenía la misma cara que el cocinero, y después de un montón de años regresaba a casa con intenciones de venganza. Venganza de qué y de quién. Me levanté con un regusto de fracaso y con el cuerpo malo. Abrí el mueble bar y me aticé un botellín de whisky que me apañó por un momento, por un momento solo. Así que me duché y, como el trasnochador seguía resoplando en la cama, lo dejé y bajé a desayunar.

Nada más entrar me salió al paso una moza del hotel y me preguntó si estaba en la habitación dieciséis. Le dije que sí y me condujo hasta una mesa donde descansaba un rótulo de «reservado» que me hizo sentir importante. Al poco rato tenía delante una bandeja con viandas salidas quién sabe de qué cuento oriental. La chica la dejó sobre la mesa con suavidad y destreza, al tiempo que me susurraba: «Se la quería servir el cocinero, pero nos ha dejado esta mañana». Y depositó un sobre al lado de la bandeja. Nos despedimos con dos sinceras sonrisas y abrí el sobre; la tinta era negra y se adivinaba fresca: «Siento lo de la piedra, sé que ha sido un golpe bajo. Espero que disfrute del desayuno. Nos vemos esta noche».

Disfruté del desayuno, pero estuve todo el rato pensando que era un hijo de puta por mucho que madrugara.

—Vaya, ¿así me espera para desayunar? —me dijo repasando con

sus profundos ojos mi extensa y ya liquidada bandeja—. Pero ¿qué se ha comido usted, una vaca?

—No —respondí, palillo en mano—, ha sido un detalle de un amigo que he encontrado por estos lares.

—Un amigo. ¡Qué potra! —exclamó ella, y el mozuelo que hacía su aparición en ese momento.

—¿No será el mismo de Ronda? —dijo él, plato en mano y boca dispuesta—, porque parece que llevan el mismo camino.

Sonreí y les dejé hacer acopio de manjares, aunque nunca llegarían a la plenitud con los que habían sido regalados mis sentidos.

—Bueno, ¿dónde vamos hoy? —preguntó ella con un platazo cuasi volcánico—. Me apetece ver mundo.

—Pues creo que a Benidorm —respondí con humildad cristiana—, porque sigue siendo nuestra meta, ¿verdad?

—Pues eso creo —díjome con tanta pitanza en la boca que sentí peligrar mi vida si se le escapaba un cacho de fiambre—, pero me lo estoy pasando tan bien. ¿Sabe que nunca he hecho ningún viaje a la aventura? Siempre de casa al súper o al gimnasio y de casa a Benidorm. Y de tanto en tanto a cenar a casa de alguna amiga con un marido tan gris y tan imbécil como el mío. Creo que éramos como las putas con las que se acostaba mi marido, sí, por dinero y por comodidad nos acostábamos con ellos y encima les hacíamos la cama y la comida. ¿Qué le parece?

Ese «qué le parece» fue expresado con toda la nitidez que permitía un huevo frito en el paladar. Si seguíamos agotando los graneros de los hoteles a ese paso, terminaríamos siendo consideradas personas «non gratas» en toda la órbita hotelera.

—Y porque no tuve hijos —prosiguió pellizcando unas salchichas que intentaban inútilmente huir de su voracidad polifémica—, que, si no, me veo atada y bien atada a los barrotes de una cuna y teniendo conversaciones profundas con las otras madres. Que cuánto tiempo tiene, qué majo está, que me come muy bien y duerme mejor, que ya dice pa pe pi po pu, y otras lindezas que te hacen olvidar que una mujer puede dar a esta vida algo más que carnaza para que sea devorada por este mundo infecto. ¿Sabe por qué no tuve hijos, eh, lo sabe? —me interrogó, mientras yo ponía cara de marido que arrastra el carrito en el supermercado—; pues porque pensé que igual salía tan gilipollas como su padre. Valiente golfo el hijo de puta.

«Ay —pensé—, el dulce despertar a la auténtica vida». Supongo que su marido debería de estar dando tumbos dentro de la urna, mientras ella comenzaba a notar que su cuerpo bombeaba sangre.

—Cuando quieran nos vamos —interrumpió el caballero de la mano en el pecho—. Yo ya he terminado.

«Con todo», pensé, revisando la mesa que había ocupado y

pensando que la noche anterior se habrían puesto ciegos cenando.

—Si sigo así, voy a reventar —comentó la chofera con dificultades para levantarse—. Entre la cena de ayer y el desayuno de hoy ya he comido para una semana.

Je, je. Lo dicho. Y es que visitar museos y monumentos abre el apetito.

El coche nos miraba con cara de querer dormir un poco más, pero no se hizo de rogar y comenzó la que iba a ser otra andadura llena de sorpresas.

Pudiendo elegir entre la costa y llegar a Almería o abrazar la carretera interior que nos llevaba a Granada, ni que decir tiene que optó por tomar la carretera interior y, a los pocos kilómetros, teníamos toda Sierra Nevada frente a los audaces viajeros.

—Vaya —exclamó ella toda llena de sorpresa—, ya hemos vuelto a perder el mar.

Wyatt Earp, dándose cuenta del nuevo desaguisado, se partía el culo en el asiento trasero. Veríamos si, cuando le cayera encima la Interpol conchabada con la Guardia Civil caminera, también sonreía. Claro que a saber qué papel nos hacían jugar en la historia. Pero, bueno, todo a su debido tiempo.

—Déjese —dije aspirando profundamente—, la montaña siempre ha sido más saludable.

—Joder —sonrió—, ya la he vuelto a cagar.

No hice ningún comentario sobre el vocablo que había utilizado, al igual que el sonoro y expansivo «hijo de puta» que había soltado durante el desayuno, pero yo, por si las moscas, decidí no dar rienda suelta a mis deslumbrantes y habituales palabras, digamos, malsonantes.

—No se le ocurra dejar esta carretera —supliqué con énfasis—, porque podemos terminar en algún pueblecito al pie de la montaña y sin posible salida. Y no tengo ganas de cargarme el coche a la espalda para cruzar la cordillera.

—¡A sus órdenes, mi capitán! —exclamó llena de júbilo—, sus deseos serán cumplidos.

Y esbozando una amplia sonrisa, aceleró. Voto a bríos; en aquellas carreteras llenas de curvas. Teníamos todos los números para acabar llevando collarín.

—¡Miren, el Mulhacén! —gritó a todo pulmón—. Está ahí, delante mismo. Saluden.

No nos lo habían presentado, pero saludamos con manifiesta alegría.

—Háble me de usted —me dijo y aminoró la marcha, cosa loable—. Creo que ya se lo había preguntado.

Sí, me lo había preguntado y recordaba cómo había comenzado a

salirse de madre, así que fui parco en palabras.

—Soy un hombre del año pasado —respondí con desgana.

—Déjese de poesía —me interrumpió—. ¿Qué hace que un hombre se eche a los caminos a… pasear? ¿Por qué pasea usted?

Vi como el trol aguzaba el oído, en el asiento trasero, para embeberse de todas y cada una de mis palabras. El muy cotilla y la muy cotilla.

—Soy un hombre del año pasado porque este no existe para mí, ya que… —y solté un grito que hizo mirar a la chofera al frente y pegar un frenazo tan bestia e indeseado como la marcha atrás en un coito.

Una chica había salido quién sabe de dónde y nos hacía señas para que nos detuviéramos. Abrió la puerta trasera y prácticamente se echó sobre las rodillas del contramaestre que había allí aposentado.

—¡Rápido, rápido! —suplicó con voz entrecortada por la carrera—, arranque, que no me cojan, por favor, que no me cojan.

Pero el coche ya había retomado el camino sin calarse, bien por la conductora. Por el retrovisor vi cómo dos siluetas salían a la carretera en el mismo lugar en que había salido la muchacha. También observé cómo la chica se apartaba de las susodichas rodillas y se alejaba lo más posible hasta el rincón opuesto.

Reparé en su vestimenta e hice una mueca de desagrado. Aquella aventura había comenzado mal y tenía visos de terminar peor.

—¿Qué hago? —preguntó la chofera con voz asustada—. ¿Dónde vamos? En ese letrero pone Almería.

—Pues adelante —ordené mientras mi cabeza daba vueltas—. Y vaya despacio, muy despacio.

Nos internamos en una ciudad desconocida, al menos para mí, y estuve recorriendo con la vista algún chiringuito de ropa. Era la hora de comer y estaban cerrados. No pude localizar unos grandes almacenes y no quería dar más vuelta, así que la hice parar frente a una tienda de chinos.

—Vamos, baja —le dije a la chica, abriendo la puerta—. Rápido, entra aquí.

—Pero, hija —exclamó mi compañera del alma, llevándose la mano a la boca—, ¿dónde vas vestida así?, si pareces una…, bueno, pues eso.

Sí parecía una puta y lo más grave es que lo debía de ser. Les dejé a los dos en el coche y me perdí entre una colección de artilugios inútiles hasta descubrir un rincón donde había lo que parecía ropa. La miré de arriba abajo y cogí una camiseta y unos pantalones, mientras ella me miraba llorosa y con pocas ganas de abrir la boca. Se lo puso encima de lo que llevaba y, ante la mirada atónita de los empleados, pasé por caja. Una mujer con cara de arroz tres delicias arrancó las etiquetas y el billete que sostenía en la mano. Un pobre camuflaje

para lo que se me venía encima.

—Veamos —le dije al oso panda, cogiéndole por los hombros—, memoriza bien esta calle, pero iros lo más lejos posible a comer. ¿Me entiendes? Yo voy a dejar el coche aquí y ya veremos lo que hago.

—Y yo —exclamó mi conductora preferida—, ¿qué quiere que haga? ¿Memorizo también la calle?

«Madre mía —pensé—, cuántas veces se habrá perdido en el recibidor de su casa». Tal como conducía debía de llevar cualquier cosa en la cabeza menos una brújula.

—No —respondí—, usted hágase cargo de la chica. No la obligue a hablar. Váyase a comer, cuide de ambos y deje que todo siga su curso. Ah —exclamé—, páseme las llaves del coche.

Los vi alejarse y, cuando los perdí de vista, me metí en una taberna desde la que podía ver el coche. Gocé con unas jibias en salsa, unos fideos con pescado y unos indalotes de postre para rematar la jugada, pero eché de menos sus miradas de sorpresa y sus preguntas. Y, cuando estaba con el café, aparecieron dos tipos sospechosos rondando alrededor del coche. Un coche de esas características podía ser blanco de muchas miradas, pero a aquel par de buitres se les adivinaban aviesas intenciones.

Pagué y, como quien no sabe la cosa, me dirigí al coche.

—¿Me permite? —le dije a uno de los energúmenos, que estaba apoyado en la puerta—, es que quisiera salir.

Por toda respuesta recibí un guantazo de los que acabas escupiendo un diente tras otro. «La chica», me dijo y me sacudió un puñetazo en el estómago que hizo gritar a la jibia que me había zampado. Yo esperaba que alguien del garito saliera en mi ayuda, pero todo fue en vano. O no me veían o se pensaban que estábamos ensayando un número para los carnavales. A todo esto recibí un golpe en las costillas que puso los fideos en un lado y el pescado en otro. Buf, cómo dolía y qué vista tenía el cabrón, que había reconocido el coche y la matrícula a tanta distancia. «La chica», repitió como si fuera el estribillo de una canción. «¿Dónde está la chica?», insistió, zarandeándome hasta que los fideos y el pescado volvieron a estar *reajuntados*. «Joder con la chica. La he dejado en la comisaría de policía». El comentario surtió efecto y, en lugar de zarandearme, me sacudieron una hostia que me hizo vomitar toda la pitanza que llevaba en el estómago. Lástima de ágape que me había apretado. Me dejaron tirado acordándose de mi familia hasta la séptima generación. Me arrastré como pude y me metí en el coche. A todo esto, la gente me miraba como si estuviésemos rodando unas escenas de Rocky VII. Coñazo de mundo este, añado.

Estaba buscando una postura cómoda en la que pudieran descansar mis múltiples heridas cuando el chaval (y digo *chaval* porque no estaba para inventar nombres) apareció en la ventanilla.

—¡Ahí va! —exclamó nada más verme—. Parece que le haya pasado el expreso de Irún por encima.

—Nos ha *remolachao* el majete de turno —respondí con una mueca de dolor—, ¿no creerás que me ha pasado por debajo y yo estaba con las piernas abiertas? ¿Dónde has dejado a las chicas? —pregunté cogiéndole por el brazo.

—Están a buen recaudo —respondió aupándome—. ¿Qué hago ahora?

Me incorporé como pude y le miré el rostro. Lo veía un poco borroso, pero sí, era él, no sufría alucinaciones.

—Déjame el móvil —le dije—, yo no tengo.

—Ni yo —respondió—. ¿O se cree que no se lo hubiera dado antes?

«Sorprendente —pensé—, culto y sin móvil». No sé de dónde salía aquel mozo, pero cada vez me caía mejor.

—Está bien —jadeé arrastrando las palabras—. Cuando me haya ido, meteos en ese local de enfrente. Voy a dar unas vueltas por si nos siguen y ahora vuelvo.

—Si quiere lo llevo yo —intervino—. Sé conducir.

Lo miré intentando esgrimir lo que podría ser una sonrisa.

—No tienes carné —le solté—. Y encima eres menor de edad. Así que haz lo que te he dicho.

Vi cómo se le ponía la cara de color verde, pero no me dijo nada. Supongo que por el estado en el que me encontraba. Desapareció en silencio y, como pude, arranqué el coche y comencé a dar vueltas, no sin antes tomar buena nota de dónde me encontraba.

No me encontré con nada sospechoso, ni pude constatar que alguien me siguiera. Menuda visita a Almería; me prometí que volvería por aquellas tierras con el cuerpo recompuesto.

Regresé al punto de partida y al momento la taberna vomitó a todos mis compañeros de crucero, que se colaron en el coche como si se tratara de la toma de la Bastilla.

—Tranquilos —balbuceé—. No hay moros en la costa. Creo que se han tragado mi mentirijilla.

—Pero —gritó la capitana— ¿se ha visto usted?

—No me gustan las películas de terror —respondí—, así que dejemos el tema y salgamos pitando de aquí.

Le dejé la plaza y me arrellané en el asiento trasero, al tiempo que nuestra nueva adquisición se echaba a llorar en plan diluvio universal.

La observé, indicándoles con una señal que no le dijeran nada y dejaran que vaciara los lagrimales. Por mi cuenta le indiqué a la chofera un camino que no fuera por el que habíamos llegado y, cuando vi que tomábamos una ruta correcta, me acerqué a la chica que hizo intento de saltar del coche y la atraje hacia mí. Sus ojos, bañados en lágrimas, se fijaron, no sin vacilar, en los míos. Poco a

poco se fue acurrucando junto a mí hasta que se durmió. Al poco la imitaba. Habíamos tenido un día duro.

Lo último que llegó hasta mí fueron los compases de *Good night* que parecían regalarme los Beatles…

Close your eyes and I'll close mine
Cierra tus ojos y yo cerraré los míos
Good night sep tight
Buenas noches, que duermas bien
Now the sun turns out his light
El sol apaga su luz

Creo que me dormí con un simulacro de sonrisa en los labios.

La luz también da sombras, pero sombras azules. (10)

Cuaderno de bitácora. Balada sinfónica

Abrí los ojos porque el ronroneo del coche había desaparecido. Abrí los ojos y me encontré de nuevo junto

al mar; recordé que el crucero había tomado el rumbo a Carboneras y presumí que habríamos llegado.

La muchacha dormía plácidamente, expulsando las últimas horas que le había tocado vivir. Ya veríamos qué sucedía con todas las que le había tocado sufrir durante quién sabe cuántas jornadas. Me apeé y me dirigí a mis compañeros, que hablaban animadamente en la calle.

—¿Cómo está, cómo se encuentra, cómo lo lleva? —soltó como una ráfaga de ametralladora la capitana.

—Estoy jodido, me encuentro cansado y lo llevo, creo que con cierta dignidad —respondí soltando un gemido ante un crujido de mi espalda—. Vamos a descansar aquí, creo que mi maltrecho cuerpo y los nervios de la chica lo agradecerán.

Me acarició la espalda con suavidad y, apurar cielos pretendo, me estampó un sonoro beso en la frente.

—¿Por qué no huimos cuando la chica subió al coche? —me dijo sin dejar de acariciarme la espalda—. Les podríamos haber despistado.

—Señora —respondí moviendo la espalda para sentir mejor las caricias—, su coche en carretera canta como una almeja, o sea que nos hubieran localizado enseguida, y a la velocidad que va nos hubieran pillado en un pispás. Y yo —añadí— me pitorreo solo de su falta de orientación, porque en cuanto a conducir soy más lento que el burro

Perico. He dicho.

Y como al mozuelo le vi intención de intervenir, le solté un «tú te callas» que lo dejó descolocado. Seguro que volvía a ofrecerse para llevar el bólido, pensé. Valiente piratilla.

—Dejemos que la bella Ofelia —proseguí— se desahogue en su sueño y pongámonos en zafarrancho de combate.

Di una ojeada por si las moscas, pero lo único que me chocó fue un hotel con vistas al mar. Justo lo que necesitábamos para un sueño reparador. Creo que me lo había ganado.

—Vamos a tomar al asalto dos habitaciones —les dije indicando el hotel—. Después ya veremos…

—¡Alto ahí! —gritó la capitana—. Si se cree usted que voy a compartir habitación con esa…, lo lleva claro.

—Si quiere —respondí socarronamente—, duermo yo con ella y usted hace lo propio con nuestro grumete. Quizás —seguí diciendo mientras la cogía por el brazo para que no huyera— descubra usted que son de carne y hueso, con sentimientos incluidos, y además, se les supone corazón.

Me miró con rabia, pero era una rabia que nacía de un pasado, tal vez demasiado reciente, y que ella no sabía dónde ubicar. Bajó la cabeza y comenzó a caminar hacia el hotel. La seguimos.

Concertamos dos habitaciones con sendas vistas a las procelosas olas y regresamos, ella de morros, al bólido. Allí no había nadie. Ni dios que lo fundó.

Dimos una ojeada y nada, ni *flowers* de la niña. Subimos al coche por riguroso orden de edad y nos lanzamos en su busca. Nada, nada y nada.

Entonces caí en sus manos; eran robustas y ásperas. Lo noté cuando la atraje hacia mí en el interior del coche. Eran manos de trajinar en el campo, quizás de un lugar alejado del mar. Así que dirigí el bólido hacia la playa.

Allí, entre la poca gente que deambulaba a aquellas horas, sentada en la arena, descubrimos su figura.

Estuvimos un buen rato contemplándola en silencio, hasta que ella reparó en nuestra presencia. Entonces dio una última ojeada al espectáculo y vino hacia nosotros.

—Me gusta el mar —dejó ir con un hilillo de voz—. Sé que estaba cerca de él, pero no me dejaban salir. No me dejaron salir nunca, iba a pudrirme entre cuatro paredes.

Miré de reojo a la capitana y vi como su altivez comenzaba a desmoronarse. Incluso noté un ligero temblor en sus labios.

—No vuelvas a darnos otro susto—le dije—; piensa que pueden estar rondando por ahí esos energúmenos.

Por toda respuesta se levantó la camiseta y del interior de su

uniforme de trabajo, que todavía llevaba puesto, sacó una pequeña carpeta.

—Son mis documentos —siguió con su voz minúscula—, no podía dejarlos en sus manos. Podrían localizarme.

Lo cogí como el que atrapa un tesoro y le di un pequeño repaso. Allí estaban algunos papeles que dejé de lado y me centré en su carné de identidad. Tenía diecinueve años.

—Has hecho muy bien —intenté tocarla, pero me rechazó, cosa natural—, así no tienen datos tuyos. Por cierto, ¿la población que pone aquí es correcta?

Asintió con la cabeza y comenzó a llorar como si un pasado que ya creía perdido volviera a tomar forma. Yo, por mi parte, me agencié el mapa de carreteras y localicé el pueblo.

—Señora —me dirigí a mi antigua compañera—, puesto que no tenemos prisa todos los aquí reunidos, me atrevo a solicitar, y esperando de su recto proceder me sea concedido un pequeño desvío de la ruta que teníamos trazada.

Conseguí arrancar una sonrisa de la muchacha, al tiempo que mis compañeros de aventura se mostraban más que eufóricos ante la propuesta. No, si al final aquello estaba tomando visos de excursión familiar. La verdad es que me sentí feliz.

Esto no es del cuaderno de bitácora

Necesitaba dar un paseo, así que me despedí de mi nueva familia y no quise llevar la contraria a mis pasos porque me llevaban de nuevo hasta la playa.

Me sorprendió una figura que se recortaba sobre aquella alfombra de arena solitaria y con un cielo tan rojizo que ofendía a la vista.

—Hola.

—¿Pero eres tú, papá?

—Sí, soy yo. ¿Te sorprende?

—Te creía durmiendo. Te moriste hace cuarenta y cinco años. Parece imposible.

—No puedo dormir. Estoy esperando a tu madre.

—¿Por qué?

—Me porté mal con ella y quiero que nos vayamos juntos.

—¡Ya! ¿Sabes que la he visto?

—Sí, pero yo soy incapaz de hablar con ella.

—Eras un alcohólico, pero eso ya pasó.

—Eso no pasa. No sabes cómo me arrepiento de todo lo que hice. Y cuando dejé la bebida, me morí.

—Estabas hecho una ruina. ¿Qué esperabas?

—Un poco de tiempo para rectificar.

—La cagaste y ya está.

—También la has cagado tú, dejando escapar a esa chica.

—Joder, tú también. Venga, déjame, ya es tarde.

—Sí, es tarde. Me voy. Adiós.

—Adiós. Te deseo suerte.

Esa visita sí que no me la esperaba. Me había dejado el cuerpo revuelto y tomé camino del hotel con la intención de sacudirme un par de pelotazos.

Entré ansioso en el bar y, cuando le pedí una copa, el barman me señaló un vaso sobre la mesa. No hice ningún comentario, pues imaginaba quién se me había anticipado.

Me senté, a la espera de que hiciese una famosa aparición, pero no estaba ni escondido, ni echando una meada.

—¿Me echaba de menos? —exclamó apareciendo por un pasillo—, porque yo sí le echaba de menos.

Corpo di Baco, si iba vestido de cocinero, y yo que en algún momento creí que me estaba tomando el pelo.

—Cómo le voy a tomar el pelo —me aclaró—, si le he dejado hasta desayunos personalizados. Venga, cuénteme, que tengo prisa porque estoy preparando unos bocaditos para mañana que se van a chupar los dedos. ¿Qué sabe de la nueva adquisición? —Y, como se apercibió de mi mirada, puntualizó—: No ponga esa cara, les he visto llegar.

No sé si esa aclaración me dejó más tranquilo, pero, como lo tenía por imposible, opté por seguir con la historia.

—La hemos recogido en la carretera —comenté con cierta desgana —. Ya sabe, debería de trabajar en un puticlub y… Déjelo, si ya debe usted de saber la historia.

—Me sobrestima usted —dijo con sorna—; yo solo sé que no sé nada: el filósofo *dixit*. De todos modos, no me dejará usted sin información de qué geógrafo le ha puesto la cara como un mapa. Ha hecho un trabajo realmente exquisito.

Me bebí de un trago mi consumición y le miré con odio, pero al poco ese odio comenzó a cosquillearme en el estómago y terminé carcajeándome como un poseso.

—Es usted imposible —le dije en pleno ataque de risa—, ¿cómo hace que todo parezca tan natural?

—Es que lo es —me respondió mientras se quitaba de las manos algo que parecía harina pegajosa—, si la historia está escrita. Mire usted: chica de pueblo no quiere trabajar en el campo y se va de cajera de supermercado a la ciudad. Allí un, digamos, hipojuta sin escrúpulos le vende la pescadilla de que es monilla y le quiere hacer una sesión fotográfica, pero, como pescadilla grande que pese poco no hay, se hacen con una criatura cuya casa está lejos, muy lejos, y unos padres que la tienen, cómo diría yo, como una desertora de sus obligaciones familiares. ¿Voy bien hasta ahí? —preguntó por preguntar y siguió con su cháchara—. Y ahora viene la parte épica de la historia: la huida de la princesa y su posterior encuentro con tres caballeros de la tabla redonda que se erigen en sus protectores y se enfrentan, sobre todo uno de ellos, a un dragón de varios puños que

me lo dejan a pedacitos, como si de una macedonia se tratara, pero, aun con la lanza destrozada, sonríe levantando el rostro a los cielos y dando gracias porque, a pesar de todo, la misión ha sido cumplida. ¿No le parece? Porque ahora toca que la princesa regrese a sus feudos y pueda abrazar candorosamente a sus padres, que a pesar de todo están transidos de preocupación. ¿No le parece?, repito.

Me llevé el vaso a los labios. Ese vaso que aparecía misteriosamente cuando vaciaba el anterior. Miré al colega y me di cuenta de que había sustituido mi risa por algo que podría pasar por una reflexión irreflexiva.

—Puede ser —respondí por fin—, pero creo que es lo mejor que podemos hacer y, por otra parte, no pienso tirar de la lengua a la chica, ya lleva lo suyo. Si quiere hablar soy todo oídos, pero si opta por estar callada, por mí bien.

—Eso es cosa suya —sonrió encogiéndose de hombros.

—¿Qué le pasa ahora por la cabeza? —le pregunté hundiéndome más y más en el sofá—. Esa sonrisa me indica que está barruntando algo.

—Pues sí, no me ha contado nada del encuentro de hoy con su fantasma, pero no tengo tiempo de escucharle, así que lo dejamos para la próxima vez —me dijo alejándose por el mismo pasillo por donde había aparecido minutos antes.

Me encontraba cansado, realmente cansado, por lo que me dispuse a ahuecar el ala del local, pero, para mi sorpresa, me abordó el barman, alias el camarero. «Imposible —pensé—, hasta ahora me salían gratis todas las consumiciones». ¿Qué había cambiado? Pero pronto salí de dudas; la consumición estaba pagada, pero me olvidaba la carpetilla que me había pasado la chica. Le di las gracias, aunque permanecí unos instantes más en el local porque Van Morrison le daba a la laringe con *Days like this*.

When it´s not always raining there´ll be days like this
Cuando no siempre llueva, habrá días así
When there´s no one complaining there´ll be days like this
Cuando nadie se queje, habrá días así
When everything falls into place like the flick of a switch
Cuando todo esté en su sitio, así de fácil
Whell my mama told me there´ll be days like this
Bien, mi madre me dijo que habrá días así

«Exacto —me dije—, siempre habrá días así». Y subí a la habitación.

Nunca te entregues ni te apartes

junto al camino, nunca digas
no puedo más y aquí me quedo. (11)

Cuaderno de bitácora en si bemol

Me levanté tarde y solo y, después de recomponer mi cuerpo, me duché. Por primera vez contemplé mi cara y me repasé los moratones. Parecía que saliera de una sesión de tatuajes, pero, eso sí, gratuita.

En el comedor no quedaban más que migajas; parecía que la plaga de la langosta, la marabunta y el Imserso hubieran arrasado con todas las existencias. Me agencié unas pocas viandas, pues me fallaba el apetito, además de estar todo más que sobado, por no decir que hasta chupado.

Me pregunté dónde había ido a parar el resto de los Rolling Stones, pero, cuando descubrí el bólido aparcado ante mi visual, suspiré aliviado. No me habían abandonado.

Me senté en el bar frente a un café y me quedé medio adormilado. Por mi cabeza pasaban mil imágenes de los últimos días, casi una eternidad; seguro que uno se plantea buscar mil y una aventuras y no le sale tan redondo como me había salido a mí.

Era increíble, una mujer que transporta las cenizas de su marido y que comienza a despertar a su nueva vida; un mozalbete que se escapa de casa y que lo debe de estar buscando hasta la Policía Montada del Canadá, y a saber lo que le esperaba de vuelta a casa; una chica metida en una red de prostitución que regresa a casa con una historia inventada bajo el brazo y un locuelo despilfarrando la liquidación que le ha pasado una empresa defenestrada y con el futuro más negro que las ingles de una senegalesa.

Y todos y cada uno de nosotros buscando quién sabe qué, dando vueltas y más vueltas con un destino estúpido que nos importaba un

bledo, incluso a la viuda. Aunque, dicho sea de paso, teniendo en cuenta mi estado anímico, creo que era lo mejor que me podía haber pasado. Incluso me había olvidado de pensar porque no me quedaba tiempo para tales menesteres.

—Vaya —escuché tras mi carrocería trasera—, así que escondiéndose de nosotros.

Intenté volverme, pero sentí un crujido en todo el chasis que me hizo soltar un gemido.

—Ni se le ocurra —siguió diciendo, al tiempo que depositaba un sonoro beso en mi cocorota—, quédese quietecito, que nos colocamos frente a su visual.

Cielos, rayos y truenos, pero de dónde habían salido aquellas dos pibas que tenía ante mi visual, como había apuntado mi chofera. Iban tan elegantes como si se hubiesen escapado de unas bodas reales.

—Pero —susurré con un temblequeo de los labios— ¿de dónde surgen estas dos ondinas? ¿A qué obedecen tales indumentarias?

—No iba a dejar —respondió con orgullo— que esta criatura se pasease con esos harapos que se agenció en esa casa de chinos. Y de paso me he comprado alguna cosilla llamativa, para el funeral, claro.

—¡El funeral! —grité con gran dolor de mi labio machacado—. No me diga que va a celebrar un funeral por ese detergente que lleva en el maletero.

—Con este vestido —dijo dando una vuelta sobre sí misma— pienso ir a una discoteca a bailotear hasta la madrugada. Después de tirar las cenizas a la primera papelera que encuentre, claro. Ese es el funeral que se merece ese imbécil.

Supongo que el muerto debería de estar revolviéndose en su urna por enésima vez. La verdad, imagino que durante su matrimonio tuvo que haber tanta pasión entre ellos como entre dos sandías madurando al sol. Menos mal que la muerte lo apaña casi todo. Bien por la capitana; como dijo Neruda, «no es hacia abajo ni hacia atrás la vida».

La chica nos miraba con una cara de sorpresa que se merecía una fotografía.

—No entiendo nada de nada —intervino por fin—; ¿qué quiere decir eso del funeral y del baile?, porque estoy fuera de juego.

Me quedé mirándola. Sí, le di un buen repaso de arriba abajo. Realmente estaba guapa, muy guapa; mi antigua compañera de viaje, la que recogió al pobre grumete en la carretera, o sea, a mí, la había aconsejado muy bien.

—Olvídate de todo eso —le dije—, son cosas nuestras. —Qué horror, me sentí como si fuera su marido—. Lo importante es que vamos a llevarte a casa y que estás muy guapa.

E intenté cogerla por el brazo, pero me rehuyó. Supongo que tardaría tiempo en dejarse tocar por un hombre. Debería de estar

hasta allí mismo de que la sobaran.

—Vaya —dijo una voz conocida a mis espaldas—, ya era hora de que hiciera acto de presencia. He dado un garbeo por el pueblo y… ¡Anda, la host…! —se cortó para dar un requiebro que no llegó y prosiguió—, quiero decir que de dónde ha salido esta preciosidad.

La muchacha hizo un ademán chulesco y me parece que hasta le guiñó un ojo, al tiempo que dibujaba una tenue sonrisa.

—No te preocupes —intervino la chofera—, puedes decir los tacos que quieras. No quiero coartarte. Ni a ti, ni al malhablado este.

Eso iba por mí. Jo, tan pronto me estampaba un beso en el cogote como me ponía a caldo. Claro, la confianza da asco.

Bueno, ya estábamos todos reunidos, por lo que propuse levantar el vuelo hacia nuevos horizontes. Eso de «nuevos horizontes» les hizo reaccionar como si llevaran una guindilla en el trasero y en pocos minutos nos encontrábamos de nuevo sobre nuestra cabalgadura.

Al poco tomábamos la autovía y nos dirigíamos a Puerto Lumbreras, pero, teniendo en cuenta su brújula, terminamos en una carretera con destino a Vélez Rubio, cosas de la chicuela. Nos mamamos un puñado de kilómetros hasta nuestro destino, con el riesgo de llegar demasiado tarde para comer. Y yo, con el magro desayuno que me había comido, estaba muerto de hambre.

Un restaurante con buena presencia me llamó la atención, así que le dije so a la *jineta* y nos introdujimos en el templo del saber.

—¿Con qué nos va a sorprender hoy? —me preguntó la susodicha —. Es usted un tripero —apostilló.

—¿Un tripero yo? Si se fija usted —respondí dándome aires de ofendido—, no respondo más que a lo que dice la sabiduría popular: desayuno como un rey, como igual que un príncipe y ceno como un mendigo. He dicho.

Sin mayor preámbulo empezaré desde el principio; pedí de primero unas migas de patata, seguidas de ajo *colorao* con patas de cerdo y, de postre, unos roscos de vino. Eso de las patas de cerdo no les cayó muy bien, pero, cuando les dije que también se servía con caracoles, se decidieron por el gorrino. Yo no sé por qué no se aventuraban a leer los manjares de la carta. Será rara la gente.

Me olvidé del dolor de mi boca y ataqué con todas las ganas y toda el hambre del mundo. Realmente la cocina es un arte y quien había esculpido aquellos platos era un verdadero artista. Me sentí feliz con la comida y con la nueva familia, pero había algo en mi interior que me tenía inquieto. Me imaginaba a los dos energúmenos dando vueltas y más vueltas en busca de su presa. Los podía haber engañado por unos momentos, pero notaba un extraño cosquilleo en la nuca.

Nos dispusimos a pasar la noche en la población. Realmente fue sugerencia mía, argumentando que me sentía cansado. El caso es que

no estaba dispuesto a circular de noche por si teníamos un mal encuentro. Lo dicho, no las tenía todas conmigo.

Paseamos un rato, confundiéndonos con la gente y disfrutando de una temperatura muy agradable; ya se sabe, las primaveras en Andalucía son suaves a menos que le dé por llover lo que no está en los escritos. Los acompañé un buen trecho hasta que decidí separarme de ellos. Me preguntaron si me sentía con fuerzas y, si hubiese sido sincero, les habría respondido que no podía con mi supuesta alma. En realidad no quería abandonar mi paseo crepuscular y deseaba disfrutar de un sorpresivo encuentro, motivo por el cual tomamos diferentes caminos, aunque le dejé dicho al Daniel Boone que estuviese ojo avizor y me informara de cualquier situación anómala. Yo, por mi parte, no vi nada fuera de lugar, pero esa sensación de agobio parecía no querer abandonarme.

Paseaba sin rumbo, dejándome llevar por una mente que había conseguido vaciar hasta notar el repiqueteo de los tacones de mis zapatos en mi cráneo. Ojalá pudiera conseguirlo habitualmente, porque esa masa espesa llamada pensamiento bullía siempre en esa cacerola que tenía por cabeza.

De repente me di cuenta de que la gente iba desapareciendo de mi lado hasta que me quedé más solo que la una. Me encontré literalmente solo frente a un hombre que trajinaba una silla de ruedas. Claro, esto no era del cuaderno de bitácora.

—¡Tú!

—Yo.

—¿Qué haces aquí?

—Viajar, ¿a ti que te parece?

—Podrías dejar la silla, ya no la necesitas.

—Déjate, déjate. Ya me he hecho a ella. No la dejo.

—Te veo muy bien. ¿Sabes que te tuvieron que meter de lado en el ataúd?

—Sí, ya estaba muy hecho polvo. No podía más.

—Bah, siempre has tenido apariencia de noble ruso.

—Es verdad, incluso escribí un cuento sobre el tema.

—Propuse que se editaran tus cuentos, pero parece ser que tenías poco material, que todo eran escritos técnicos.

—Eso ya no me preocupa. Deberías preocuparte tú y no ir metiendo el cuezo con la gente que quieres.

—Por favor, no empieces. Me tenéis amargado.

—Tú verás. Te dejo, me voy a Florencia.

—¿En la silla? Vas a tardar mogollón.

—No te creas, aquí el tiempo te lo pasas por el forro.

—Bueno, pues adiós, buen viaje.

—Adiós y espabila.

Ya estaba más que harto de aquella colección de Pepitos Grillo. No tenía bastante con estar hecho polvo, para que encima se dedicaran a meter el dedo en la herida como el que toca un timbre. Si no fuera porque estaban ya muertos, menuda escabechina iba yo a hacer, la madre que los parió. De repente me di cuenta de que una pareja que se estaba dando el lote en un portal se había coscado de toda mi conversación. Les ofrecí una sonrisa en cinemascope y me abrí hasta el hotel. A ver si daba con él.

Entré en el bar como un basilisco y arramblé con un vaso de whisky que había sobre el mostrador, a lo que surgió un alopécico de las tinieblas diciendo que el mejunje era suyo. Vaya, yo que estaba ya acostumbrado a tener preparada la bebida nada más llegar, menudo chasco me llevé.

—La suya está aquí —tronó una voz entre bastidores.

—Pero —exclamé registrando los rincones— ¿dónde se ha metido?

Por fin lo localicé simulado entre unos cortinajes multicolores.

—Venga —dijo con voz condescendiente—, siéntese, que parece que haya entrado montado en una moto.

Me amorré al vaso y me lo bebí de un trago. Jopé, era el primero del día y ya veía doble, pues había otro igual sobre la mesa.

—He pensado —prosiguió con voz aterciopelada— que el primero iba a caer de un tirón, así que me he aventurado a pedir otro.

—Ha pensado bien —comenté—, tenía unas ganas locas de pegarme un latigazo. Todos me dan reprimendas y consejos. Solo falta usted.

—No se desanime —respondió socarronamente—, es un as que me tengo guardado en la manga, pero dejemos el tema. ¿Qué le parecieron los bocaditos de ayer?

—Pues si los hubiese probado se lo diría —le dije con mirada de historia triste que contar—, pero pasaron las hordas antes de que el dolido caballero hiciera acto de presencia y pudiera agenciarse alguno.

—Tranquilo —respondió—, ya le volveré a dejar otro desayuno personalizado. Por cierto —interrumpió—, ¿qué tal el encuentro de ayer? Lo dejamos a medias.

Para qué irse por las nubes, si aquel menda debería de saber hasta el número de pelos que tenía en las ingles. Me parecía todo tan fantástico y a la vez tan normal. Te encuentras con alguien sorprendente y llega un momento en que la conversación fluye de tal manera que llegas a olvidarte de toda situación que en otro momento podrías considerar, digamos, anormal. Me di cuenta de que ya tenía asumido el whisky que llegaba solo y el pitorreo que se llevaba el

colega conmigo. Algún motivo habría, pero a mí me importaba un bledo. Me sentía bien.

—Pues bien —respondí—. Todo me parece irreal, como estar aquí y ahora hablando con usted. Pero empiezo a creer que los límites de la realidad son algo que se impone uno mismo y que de tanto en tanto no está mal tomar algún que otro camino paralelo.

—Creo —intervino con una nueva sonrisa socarrona— que las cosas son más fáciles que como nos las pintan. Fíjese —añadió—, todo el mundo cree que los dinosaurios desaparecieron a causa del impacto de un meteorito sobre la Tierra, y nadie cae en la cuenta de que el culpable fue Noé, que no tomó bien las medidas del arca y los tuvo que dejar fuera porque no le cabían, así que se ahogaron todos. Si es que vamos por la vida creyéndonos que con cuatro verdades apestosas, que no sirven de nada, podemos tirar hacia delante. Qué errados vamos.

Me pregunté qué tenían que ver los dinosaurios y Noé en la historia con mi padre. Sus comentarios hacían que mi cabeza se vaciara. Aquellas estupideces me hacían tocar de pies en el suelo. Notaba como si se alejara de mí todo un mundo de onanismo mental. Veía el mundo con otros ojos. Como si fuera mío. Y ya basta de puntos y seguido.

—Si no fuera —comenté con su misma socarronería— porque es usted un plasta, le diría que es un filósofo.

—Alto ahí —me respondió—, caballerete, está usted dando por sentado que solo hubo filósofos epicúreos, cínicos, sofistas, pitagóricos, milesios, eleáticos, estoicos, etcétera, etcétera. Y eso nombrando tan solo algunas escuelas griegas y olvidando los siglos posteriores. No me sea usted tan corto de miras, también han existido los filósofos plastas, existen los filósofos plastas y existirán los filósofos plastas. De eso no nos libra ni Dios. Por cierto, ¿cree usted que un dios sediento de adulación ha creado al hombre o que el miedo del hombre ha creado a Dios? Buenas noches.

—Buenas noches —contesté—, salve… y usted lo pase bien, y también dos huevos duros y más madera, es la guerra.

—Cuidado, marxista grouchista, que esa última frase es un invento del doblaje de aquí —dijo sin girarse.

Me quedé anclado en el lugar con la mirada perdida en un anuncio de televisión, en el que para tomar una sopa parece ser que era necesario estar magreándose en la cocina, con morreo incluido y sonrisitas exigidas por el guion. Me vino una imagen a la cabeza y no sé qué tenía que ver con el anuncio; ¿por qué Noé no hizo subir los dinosaurios al arca y dejó las ladillas fuera para que se ahogaran? Ya estaba a punto de ponerme a pensar cuando Jim Morrison me susurró al oído:

Strange days have found us
Los días extraños nos han descubierto
Strange days have tracked us down
Los días extraños han seguido nuestra pista
They´re going to destroy our casual joys.
Van a destruir nuestras alegrías más sencillas.
We shall go on playing
Tendremos que seguir jugando
Or find a new town.
O encontrar una nueva ciudad

Sí, debíamos buscar una nueva ciudad, pero sería al día siguiente.

Voy con las riendas tensas
y refrenando el vuelo,
porque no es lo que importa llegar solo ni pronto
sino llegar con todos y a tiempo. (12)

Adagio para el cuaderno de bitácora opus 73

Se presentó el día con nubes sospechosas, pero el parte meteorológico insistía en que no iba a llegar la sangre al río. El bello desconocido dormía a pierna suelta; menudas farras debía de pegarse el grupo a mis espaldas, cualquier día me iba con ellos en lugar de quedarme a conversar con mis fantasmas. Empezó a removerse en la cama con pretensiones de abrir los ojos en cualquier momento, así que me metí en el cuarto de baño y dejé que el agua se llevara mis impurezas y de paso mis recuerdos, pero estos últimos se resistían. El chaval no había observado nada anormal, pero yo seguía con la mosca detrás de la oreja.

Desayunamos como siempre, arrasando. Anda, que la niña parecía tener hambre atrasada. Pensé que, antes de darnos de comer, los hoteles iban a preferir hacernos un traje.

La capitana comió poco aquel día. Se la veía abstraída, pensativa y la felicidad mañanera parecía haber sucumbido ante algo que no llegaba a comprender, por lo que decidí que los chavales se encargaran de llevar su equipaje al coche.

—¿Qué le pasa? —pregunté sin mayores preámbulos.

—Nada —respondió lacónicamente—, la verdad es que…

Y una pequeña lágrima pareció asomar en uno de sus ojos, verdes por cierto.

—La chica —siguió hablando con lágrima incluida— me ha contado la vida que llevaba en aquel antro.

—Ya —solté también lacónicamente—. Así que por fin se ha decidido a hablar y usted ha sido todo oídos. ¿Qué opina?

Por toda respuesta y ante la presencia de aquel público al que tanto quería y tanto debía, explotó en un sonoro llanto. Yo hice una seña a una de las camareras, que se acercaba solícita, y abandonó su empresa. La dejé llorar, esperando que los mozos no hicieran su aparición.

—Supongo —proseguí— que habrá comprobado que no es nada fácil trabajar estando abierta de piernas, sin mucho desgaste físico y con ciertas obligaciones que rayan entre lo repugnante y lo grotesco.

—¡Cállese! —me gritó, haciendo que todos los rostros volvieran sobre ella de nuevo—. No vuelva a abrir la boca.

Y no la volví a abrir, pero imaginé lo que pasaba por su mente, entre otras cosas a su bendito esposo retozando con toda una gama de señoritas de las que solicitaba todo aquello que a ella jamás le había pedido. La pobre debería de estar que trinaba y encima estaría sintiendo una aproximación y comprensión de aquel mundo sórdido que siempre había repudiado. Menudo batiburrillo debería de cocerse en su coco.

Divisé a la pareja junto al coche y sin abrir la boca la cogí del brazo y la acompañé hasta recepción.

—Hoy pago yo la habitación de la chica —le dije con la voz más neutra que me salió.

—Está usted pagando la habitación del chico —dijo con un capotazo de su monedero—. Déjeme a mí.

—El chico, cada vez que necesita algo —aclaré con una nota más de color en mis palabras—, desenfunda la maravillosa Visa Oro de su papá y zas, apañado.

—Será cabrón… Huy, perdón —dijo contemplándolo por la ventana —. Llevo pagándole las cenas todas las noches. El muy… Al final voy a terminar siendo tan mal hablada como usted.

Menuda fama que me atribuía, pero enseguida me miró con aquellos ojos, que seguían siendo verdes, por cierto, y con restos acuosos, y me estampó un sonoro beso en la mejilla. No, si, cuando digo que era bipolar, no ando muy desencaminado.

El recepcionista nos miraba con cara tierna y debía de estar pensando: «Ay, el amor», pero pronto cambió de fisonomía y me tendió un sobre de parte del cocinero, que naturalmente había tenido que salir escopeteado a Sebastopol. Eso como mínimo.

Salimos a la calle y me pareció que ambos hablaban animadamente. Confiaba en que ella no le estuviera contando sus intimidades a aquella alma cándida; no quería más lágrimas. Él sostenía un porrete en la mano que escondió cuando me vio llegar, pero hice caso omiso y, cogiéndolo por la oreja, le solté:

—Vete a pagar tu parte, que luego la señora quiere hablar contigo de lo gorrón que eres. Que te estiras menos que el portero de un futbolín.

La chica volvió a reír, eso me ponía de buen humor. Iba perdiendo aquella cortina gris que anegaba su rostro cuando la recogimos. Tenía unos ojos color miel, preciosos, y una cabellera que parecía un cortinaje de oro; me sentí como un padre que contempla cómo su niña se va convirtiendo en mujer. Me estaba volviendo blando. No, si al final el que iba a terminar llorando era yo. Aparté lacrimosos pensamientos y abrí la carta del filósofo plasta. En ella me decía que tomara la dirección contraria a mi destino, pero por autopista, nada de caminos secundarios, que ya tendría tiempo de retomar el camino, pues había oído una conversación que no le había gustado. Me quedé pensativo y volvió a aparecer el cosquilleo en la nuca.

Tomamos la dirección a Puerto Lumbreras y Lorca. Todo parecía normal, pero, cuando llevábamos pocos kilómetros, me di cuenta de que un coche nos seguía. El cosquilleo en la nuca se acentuó.

Indiqué a mi conductora preferida que se detuviera en una estación de servicio, a lo que me respondió que no necesitaba combustible.

—Tenemos el depósito casi lleno —me dijo—, ¿no recuerda que ayer le dimos de comer?

—Necesito estirar las piernas —le respondí poniendo carita de dolor—, esta postura me está matando.

Me miró con cara de sorpresa porque sabía que algo no iba bien y yo mantuve la mirada y puse mi mano sobre su brazo. Entonces vi reflejado el miedo en su rostro.

—Aparque donde todo el mundo pueda verla —dije sin soltarle el brazo— y luego vaya con la chica a la barra y pidan lo que quieran, pero, por favor, que nadie se les acerque ni les dé conversación. Atenta a mis señales.

Los chavales me miraban como si estuviera describiendo una estrategia militar y no iban desencaminados. Por un momento el rostro de la chica pareció palidecer, pero siguió las instrucciones que se le daban. En cuanto a D´Artagnan, lo agarré por el brazo y me lo llevé prácticamente arrastrándolo.

—¿Llevas navaja? —le pregunté ante su cara estupefacta.

Negó con la cabeza y me dirigí a un dependiente que pasaba por allí y le pedí que me vendiera dos navajas, de esas que venden en las gasolineras, con denominación de origen de Albacete. Nos las vendió, no sin poner cara de dudas de que íbamos a retarnos en un duelo a navajazos. En fin, habíamos dado el primer paso. Luego nos agenciamos un par de litronas con envase de cristal y salimos al exterior.

—¿Se puede saber a qué obedece todo este movimiento? —me

preguntó con unos ojos como platos—, me lleva usted arriba y abajo como un pelele.

—Tú sígueme —le dije al oído— y haz todo lo que te diga.

Dimos la vuelta a la gasolinera y allí estaban. Reconocí a uno de ellos, que en ese momento se encontraba fuera del coche. Desde allí tenían localizado nuestro bólido. Esperé que volviera a entrar y le dije al chaval:

—Cuando vuelva a entrar, te acercas y le pides que te abra la botella —le comenté mientras él no dejaba de asentir con la cabeza—. Te enviará a freír espárragos, y entonces te burlas de él. Cuando esté saliendo, no dejes que salga del todo, le atizas con la botella en la cabeza con todas tus fuerzas. Con todas tus fuerzas —remarqué, por si no se había enterado.

El Billy el Niño de turno esbozó una sonrisa de aquellas que reflejan que la aventura es la aventura, y, mientras yo permanecía medio oculto tras uno de los coches aparcados, William Bonney llevó a cabo la hazaña con aseo y prontitud, lo que me puso a mí en marcha. Aparecí por detrás del otro colega, que salía para ajustarle las cuentas a mi socio, y le sacudí con alevosía y premeditación.

—Soy Iñigo Montoya. Tú mataste a mi padre… ¡Prepárate a morir! (B) —le solté al tiempo que esgrimía mi botella.

—¡Qué padre ni qué niño muerto! ¡Cojamos a las chicas y huyamos! —me gritó todo paliducho.

Pero yo ya estaba rajando las ruedas del coche y el mozo, al verme, hizo lo propio con las que tenía a su lado. Misión cumplida y a por las féminas.

Salimos como alma que lleva el diablo, disparados como un cohete y más rápidos que nuestra ropa. O quizás todo junto, pero el caso es que no creí que saliéramos tan bien parados de aquella aventura. En fin, llevábamos el crimen en la sangre y eso se notaba.

Por mi cabeza pasaron los versos de Lorca: «Señores guardias civiles: aquí pasó lo de siempre. Han muerto cuatro romanos y cinco cartagineses». Y acto seguido comenzaron los acordes de *Going home*, de Mark Knopfler. La radio, como siempre, había acertado.

—Ya no te molestarán más —dije levantando la mano y saludando a la chica.

—Lo sé —respondió estampándole un beso en la mejilla al Pat Garrett que llevaba al lado—. Y lamento haberles metido en este berenjenal —continuó mientras me abrazaba por detrás y besaba mi inexistente tonsura.

La chofera, por su parte, alargó la mano y, cogiendo la mía, se la llevó a los labios. Mi madre, desde que hice la primera comunión no me habían besuqueado tanto. Bueno, mejor eso que una coz en las partes blandas.

—No nos has metido en ningún berenjenal —le respondí envuelto en aquel halo de besos—; sencillamente y por fortuna para nosotros, infatigables caballeros andantes, hemos rescatado a una princesa de las fieras garras de un dragón, o quizás eran dos dragones. Bah, qué importa, porque…

—Se enrolla más que una persiana —me cortó groseramente el Dalton enano—, pues, en plena refriega, ¿no se me pone a gritar que es no sé cuántos Montoya y que quiere vengar la muerte de su padre? Está como una chota.

—Silencio, felón —contraataqué—; bien se ve que no estáis avezado en esto del séptimo arte, Rantanplán. Por cierto —dije interrumpiendo mi perorata—, estamos cerquita de Lorca y eso se merece un buen plato con el que reponer fuerzas.

Dimos con nuestros huesos en el Parador. Creo que a ese paso deberíamos sacarnos una tarjeta de amigos de los Paradores. En fin, al turrón. Es decir, zarangollo con bacalao y huevo, carrillada de ibérico con boniato y cebolla más sorbete de higos chumbos con pepitas de calabaza garrapiñadas, y todo ello regado con un buen vino de Jumilla. Ante aquel mundo de fantasía, mis queridos comensales se lanzaron a escudriñar, con la vista, la literatura que escondía la carta y a devorar, luego con sus mandíbulas, los suculentos platos de su elección. Por fin comenzaban a entrar en la senda del buen comer.

Después de unos eructitos y del paseo de rigor, le dijimos al oído del bólido que nos llevara camino de Caravaca de la Cruz, que nosotros íbamos a dormir la siesta, pero el muy desvergonzado no nos hizo ni caso.

Me di cuenta del ambiente de paz que reinaba en el hemiciclo, señal de que no había congresistas, y me relajé, eso sí, sin perder de vista a la capitana, aunque la carretera que habíamos tomado no ofrecía muchas disyuntivas. Por el retrovisor observé como la chica se había dormido sobre el hombro de Lucky Luke, lo ascendí de categoría, y como este se había puesto rojo como un tomate. Definitivamente resultaba encantador.

En la radio era la hora de los boleros y Lucho Gatica nos obsequiaba con un maravilloso *Contigo en la distancia*. Entonces recordé lo lejos que estabas.

—¿Para qué pone el intermitente —le dije escapando del mundo de los boleros y de tu recuerdo— si vamos a seguir rectos?

—Es que ponía el nombre de una población que siempre me ha llamado la atención —me dijo como si nos sobrara tiempo para ir zigzagueando.

—Ya tendrá tiempo de hacer turismo, usted manténgase firme. Y no grite—le susurré—, que se nos han dormido los niños.

Dejó ir un suspiro que empañó el parabrisas. Creo que estaba

pasando una época de duelo que muchas quisieran para ellas. Me la imaginaba moviendo el esqueleto, enfundada en aquellos ropajes tan vistosos que se había comprado. Yo creo que las cenizas no iban a llegar a Benidorm, que antes las tiraría en alguna papelera, eso sí, con un puticlub cerca.

—Háble*me* de usted —me atacó por sorpresa—. Es la tercera vez que le pregunto, ¿se acuerda?

Claro que me acordaba, igual que me acordaba de que, tras esa pregunta, todas las veces nos habíamos encontrado a alguien por el camino y casi nos matamos. Pero esta vez la mar estaba en calma.

—Tengo poco que contar —me sentí extraño—, fuera de que soy un hombre del año pasado. —E hice un gesto ante la mueca de protesta de ella—. Sí, ya lo sé, nada de poesía, pero resulta que la prosa de este año no me seduce en absoluto; por el momento prefiero balancearme en la mecedora del año pasado.

—No lleva bien la ruptura, ¿no?

Qué puñetera la tía. Le hice seña de que por hoy ya había hablado bastante. La tristeza me embargó escuchando una canción, también muy triste, de Eric Clapton:

Would you know my name
If I saw you in heaven?
¿Sabrías mi nombre
si te viera en el cielo?
Would it be the same
If I saw you in heaven?
¿Sería lo mismo
si te viera en el cielo?
I must be strong and carry on
´cause I know I don´t belong here in heaven.
Debo ser fuerte y seguir adelante
porque sé que mi lugar no está aquí en el cielo

Sí, adelante siempre, adelante. Myo Çid Ruy Diaz por Caravaca entrove.

Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos. (13)

Cuaderno de bitácora para piano y orquesta

Llegamos con un cielo legañoso, pero los meteorólogos seguían insistiendo en que no iba a llover. Mentira cochina porque comenzaba a hacerlo. Así que cogí mi chaqueta y se la eché a los hombros a la chofera y, aun a riesgo de que me estampara otro beso en la frente, la abracé y fuimos en busca de un hotel. De reojo vi que Plutarco llevaba una vida paralela conmigo, estrechando fuertemente a la chica, que se encontraba resguardada bajo su cazadora, y me pareció percibir un nuevo rubor en su rostro. Ay, la juventud. *Res est solliciti plena timoris amor*, es decir, el amor está lleno de temor y zozobra, pero *si vis amari, ama*; si quieres que te amen, ama. (C)

Como ya era costumbre en mí, los abandoné para dar mi paseo crepuscular, como mi vida misma. La verdad es que aquellos insolentes se me desparramaban por las poblaciones sin invitarme a acompañarles. Los muy bellacos. Los vi alejarse aprovechando que la lluvia había remitido y los estuve observando hasta que los perdí de vista. Cuando me di la vuelta, una de mis múltiples heridas me sacudió un pinchazo, aunque no pudo borrarme la sonrisa que llevaba en el rostro.

Nunca espero nada, por eso siempre resulta nuevo lo que me encuentro. Las calles, después de la lluvia, se encontraban vacías; aun así se me puso a un lado un individuo que llevaba mi mismo paso. Y entonces recordé que esto no era del cuaderno de bitácora.

—Llevamos el mismo camino.

—¿Tú?, la madre que te parió.

—Y la tuya. ¿Qué tal, judío errante?

—¿Qué haces por aquí? ¿Ya no te da por volar?

—Con una vez tuve bastante.

—Menudo batacazo.

—Como que me costó la vida.

—¿Y te ha valido la pena?

—La esquizofrenia no me dejaba vivir. Ahora estoy bien.

—Dejaste muchas viudas. Conté un montón llorando ante tu ataúd. Dejaron los cristales llenos de mocos y de lágrimas. ¿Te parece bien eso?

—Y a ti, ¿te parece bien lo que has dejado atrás? Menuda piltrafa estás hecho.

—Óyeme bien. Dejadme en paz. He aprendido lo que es un no por respuesta y punto y aparte.

—Pues no lo llevas muy bien.

—Cállate de una puta vez. Ah, y que conste, eres un cabronazo, porque antes de tirarte por la terraza destruiste todos tus escritos.

—¿Y tú qué? ¿No has destruido todo el material que tenías, supercabronazo?

—Sí, tienes razón, pero lo mío es por prescripción facultativa. ¿Dónde vas?

—Contigo, te acompaño. Ya te he dicho que llevamos el mismo camino.

Y se esfumó. Sí, como suena, miré a todos lados y no había nadie, ni tan siquiera algún transeúnte que me mirara con cara de alucinado.

Me gustó el paseo; la soledad y aquel gris plomizo hacían que hurgara en mi interior y, bueno, tampoco estaba tan mal lo que encontré. Hasta noté un cosquilleo en la boca del estómago; seguro que me pedía una copa.

—¡La madre que lo parió! —exclamó una voz al fondo del local—. Por fin aparece, menos mal. Pídase la copa porque hoy no se la he pedido, no se la ha ganado.

Pedí mi whisky y volví donde se encontraba mi cocinero preferido. Me mantuve en silencio a la espera de una nueva explosión que no tardó en llegar.

—Pero — continuó — ¿no le dije que rehiciera el camino andado? Lo esperaba en La Puebla de Don Fadrique y al señorito le da por ir a Lorca y aterrizar luego en Caravaca. Menos mal que mis informadores me indicaron sus intenciones porque, si no, hoy no nos vemos.

—Informadores, ¿qué informadores? —le dije poniendo ojos desorbitados e inquisidores.

—Los mismos que me avisaron —siguió con toda la cachaza del mundo— de que iban a por ustedes en la carretera.

—Pero —insistí— ¿quiénes son sus informadores?

Me di cuenta de que no iba a sacar nada en claro. Su mirada había cambiado y un halo de socarronería comenzaba a envolver todo su rostro.

—Otro día se lo cuento. Y ahora, dígame, ¿qué tal la aventura en la carretera? Supongo que están todos bien.

—Pues sí —comenté con sus mismos aires de socarrón—, le doy las gracias a usted, y a sus informadores les hace llegar todo mi reconocimiento.

Lo único que pude arrancar de él fue una sonrisa y un asentimiento con la cabeza, con lo que me entraron ganas de estamparle una colleja de las sonoras, muy sonoras.

—¿Qué tal su fantasma de hoy —me preguntó—, cómo le ha dejado el cuerpo?

—Bien, me acompañan, me dan conversación y se meten donde no les llaman, pero no tengo que darles de comer; en eso se las apañan solitos.

—¿Le acompañan o los lleva encima?

—Con ellos están las cosas claras —respondí—, no arrastro historietas del pasado, se murieron en paz conmigo y yo estoy en paz con ellos. De hecho me hace gracia volverlos a encontrar —le comenté con los ojos fijos en él—, aunque algunos deberían estar ya durmiendo el sueño de los justos. Quizás me estén esperando, pero, como no tengo prisa, que esperen sentados.

Se levantó y, acercándose a la barra, me trajo otra copa y una de sus pócimas.

—Nunca se puede decir —me dijo sin sentarse—, ya sabe, la vida es como la escalera de un gallinero: corta y llena de mierda.

—Estoy más de acuerdo con la frase de Jules Renard: «La vida es corta, y aun así nos aburrimos». Pero creo que la vida es tan larga que dura toda la vida.

Levantó el vaso y, después de beber un buen sorbo, lo depositó sobre la mesa.

—Hasta mañana, pedante —me dijo guiñando el ojo—, me esperan mis quehaceres. De todos modos esta conversación me ha dejado pensativo. Creo que debería morirme para escribir sobre el tema. Buenas noches.

—Buenas noches —sonreí—, y déselas a sus informadores.

Iba a retirarme cuando Gardel empezaba a cantar *Cuesta abajo*, y Gardel es mucho Gardel y *Cuesta abajo* es Patrimonio de la Humanidad.

Si arrastré por este mundo
la vergüenza de haber sido
y el dolor de ya no ser;
bajo el ala del sombrero,
cuántas veces embozada,
una lágrima asomada
yo no pude contener.

Seguí cantando el tango mientras enfilaba hacia mi habitación cuesta arriba en mi rodada.

Eres nube, eres mar, eres olvido.
Eres también aquello que has perdido. (14)

Amanecer con cuaderno de bitácora para mezzosoprano

Aquella mañana despertó solitaria; en el comedor no estaba más que la chica y estaba tomándose ya el café o su chocolate, quién sabe.

—El chico está fumando fuera —me dijo recuperando su timidez—, le bajó las maletas a la señora. —Y, como vio mis ojos interrogadores, prosiguió—: Ella se está duchando, ayer llegamos tarde.

No estaba precisamente conversador, pero me temía que no podría evitarlo, por lo que arramblé con lo primero que se cruzó en mi camino y comencé a fabricar bolos alimenticios con la consiguiente deglución.

—Ya sé que le he dado las gracias —prosiguió mientras yo movía el bigote—, pero es que… —se detuvo y por un momento creí que iba a llorar—, es que no sé qué hacer. ¿Qué les digo a mis padres?

Me levanté a buscar el café matinal sin quitarle el ojo de encima. Creo que comenzaba a sentirse incómoda.

—Bueno —respondí y tomé carrerilla para comenzar el sermón—, todo depende de lo que quieras que sepan. Por nuestra parte, me atrevería a decir, vas a pasar por la hija arrepentida que regresa a casa y ya me inventaré algo más por el camino, que, por cierto, se va acortando cada vez más. Creo que hoy podríamos llegar, pero ya sabes que la capitana se toma las cosas y los kilómetros con la suficiente pachorra como para tardar una semana más.

—Eso sin contar que se pierda —comentó mientras afloraba de nuevo su sonrisa—; ya he visto que tiene que llevar las riendas de la

carroza.

—Sí, hija, cuando nació se olvidaron de ponerle una brújula en la cocorota —la acompañé con otra sonrisa.

Pensé, cosa peligrosa en mí, que tarde o temprano debería ponerse en manos de un psicólogo, al menos eso creía. La herida estaba muy tierna aún, pero me asustaba cuando comenzara a cicatrizar sin haber sacado toda la podredumbre que podía quedar en su interior.

—Odio trabajar en el campo —apuntó como un nuevo capítulo de la historia—, odio el provincianismo y machismo de los jóvenes del pueblo. Odio el pueblo.

Tanto odio no podía ser bueno para la salud, pero, como la vi con intenciones de seguir, dejé que tomara aire y acabara de vomitar todo lo que llevaba dentro.

—Yo quiero estudiar —casi gritó y esta vez no pudo evitar que se asomara una lágrima en uno de sus bellos ojos—, estudiar medicina, y si no puedo, probaré con enfermería. No es justo estar esclavizada en un pueblo polvoriento y rancio sin más salida que el aburrimiento y la muerte.

Sí, desde luego no había derecho, sobre todo para una persona tan sedienta de unos conocimientos que nunca podría adquirir en aquel pueblo, aburrido y moribundo. Según ella, claro.

—Buenos días —tronó una voz conocida a mi espalda—; veamos qué tenemos para comer hoy, porque estoy desfallecida.

Ya me gustaría ver los ágapes que se sacudía cuando la abandonaba por la noche. Así estaba de lozana, bien comida y libre como los pájaros y las florecillas de san Francisco.

Tomó el camino del *buffet* con la alegría del que ha sido agraciado con los ciegos, pero antes le sacudió un sonoro beso a la chica y otro a mí en la frente, que comenzaba a estar más encerada que el pasillo de un hospital.

—Me zampo esto —dijo radiante portando un plato donde colgaban multitud de fiambres que recordaban los Jardines Colgantes de Babilonia— y nos ponemos en marcha. Creo que ahora todo está atado y bien atado y, huy, es la segunda vez que digo esta frase. ¿Es famosa, no?

—Sí —respondí con un resoplido—, es una frase de nuestra cuasi más reciente historia. Pero coma, coma usted, que me huelgo de verla comer.

Y me quedé mirándola con cara de felicidad y evocando un *haiku* de Benedetti: «Somos tristeza, por eso la alegría es una hazaña». Pedante soy, rediós.

Y salimos; salimos al mundo y recogimos al porreta, que me miraba con desconfianza. Entonces me vinieron a la mente aquellos versos de Rafael Alberti: «Para ir al infierno no hace falta cambiar de sitio ni

postura». Estaba lanzado; por la noche iba a retar en duelo al filósofo cocinero plasta.

Sigue el cuaderno de bitácora molto vivace

Salimos de la población y vislumbré una indicación que ponía Moratalla.

—Por ahí no —le casi ordené a la capitana—, que con un Moratalla en la familia ya tuve bastante.

—Un Moratalla en la familia. Pues vaya casualidad. ¿Era tío suyo, cuñado?

—Más bien cuñado —respondí regodeándome—; era el amante de mi exmujer y, claro, eso lo asciende rápidamente al rango de familiar.

—Está usted como una puta cabra.

—Chitón, cuidado con esa boquita —seguí de cachondeo—, que da unos besos muy dulces para ir ensuciándola con esos tacos.

Se puso a reír y, llevándose el dedo índice a la boca, le dio un beso que luego me pasó con su huella dactilar a la frente.

—Ya hay cierta confianza, ¿no? —Me miró de soslayo—. Creo que ya puedo empezar a soltar tacos, es decir, a ponerme a su nivel.

—Yo no digo tacos —aclaré—, yo doy mi opinión sobre ciertos temas y saco alguna que otra culebra de mi templo interior. Lo ponen todo perdido, ¿sabe?

—Ya, a otro perro con ese hueso, y en cuanto a mi capacidad de orientarme —exclamó con falsos aires de ofendida—, pues ahora cojo este desvío y luego bajamos por otro lado y santas pascuas.

Cuánto tiempo que no escuchaba esas expresiones de «a otro perro con ese hueso» y «santas pascuas»; no, realmente la gente era mucho

más soez y desagradable en los tiempos que corrían. Volví a constatar que había ido a estudiar a colegios de pago, sí, de mucho pago.

Miré el mapa que pululaba por la guantera y, cuando localicé la población a la que nos conducía la carretera, solté una carcajada que hizo tambalear el imperio romano y de rebote el armatoste en el que surcábamos las extensas tierras murcianas.

—Pero —exclamó la capitana con la mosca detrás de la oreja— ¿puede saberse a qué viene este descojone? Huy, perdón, es que me saca usted de quicio.

Pasé el mapa a los grumetes, señalando nuestra posición, y prorrumpieron también en sendas sonoras carcajadas, que creo que deberían de escucharse en Caravaca, que ya formaba parte del pasado reciente.

—¡Ya está bien! —nos gritó y esta vez muy en serio—, pero ¿qué cachondeo es este? Mira, ya estamos en Cañada de la Cruz. Ahora salimos a otra carretera y santas pascuas.

Y dale con la santa y con las pascuas, si la pobre no sabía lo que le iba a caer encima por más mística que se pusiera.

El recochineo en el interior del coche tomaba visos de fiesta mayor y, cuando bajó para preguntar por la carretera que llevaba a La Puebla de Don Fadrique y vimos cómo le iba cambiando la cara, llegamos al clímax.

—No hay carretera —nos dijo toda circunspecta—, el camino acaba aquí y hay que retroceder. Está claro.

Y prorrumpimos en tales carcajadas que se paralizaron todos los quehaceres cotidianos en el pueblo.

Cuando llegamos al cruce de carreteras, se hizo a un lado, nos miró uno por uno y luego nos soltó un sonoro «gilipollas», deletreado sílaba a sílaba. Luego estalló en una sonora carcajada a la que no tardamos en incorporarnos.

Bueno, había llegado la hora de la comida y, claro, todos estaban pendientes de mi interpretación, todos salvo la chica, porque aquellas viandas eran de su comarca y sabía bien lo que pedir. En fin, después de unas tapitas de lomo de orza y güeñas, caí en la duda de pedir unos andrajos o ajo de aserradero y, de postre, unas tortas fritas; el caso era que el triunfo estaba asegurado. Los demás comieron como limas y se chuparon los dedos de tal guisa que se me pasó por la cabeza inventarme una academia de degustación de manjares cuando volviera. A fin de cuentas, estaba en el paro.

Retomamos, después de hacer bajar la comida, nuestra ruta. Pensé que era nuestro último día con la chica, así que tomamos camino de Baza para pasar la noche y dejarla al día siguiente en su pueblo. Ella parecía no tener prisa, más bien se la veía meditativa y yo esperaba que todo terminara bien y que las cosas salieran como ella deseaba,

pero ahora no sentía un cosquilleo en la nuca, sino que estaba realmente preocupado por el desenlace. Miré el plano con el que estaba jugueteando entre mis manos y me di cuenta de la vuelta que habíamos dado.

Íbamos a realizar una circunferencia completa. Bueno, seguíamos sin tener prisa. Al menos la capitana y yo; en cuanto a Hércules, estaba a punto de terminar su primer trabajo. Todo era cuestión de tiempo y creo que ya no quedaba mucho.

Entramos triunfalmente en Baza y el gazapo nos pidió que si podíamos acercarnos hasta los restos arqueológicos. Estaba como loco. Si no fuera por los canutos que se atizaba, el tío tenía interés por todo; claro que, con canutos o sin canutos, el chaval estaba motivado. Solo era cuestión de tiempo que los enviara a hacer puñetas, al menos eso esperaba.

Les pedí que me dejaran frente a un hotel, que para ruina yo me bastaba y me sobraba. Reservé dos habitaciones y me largué con viento fresco, como todos los días de cada día. A fin de cuentas, después de la visita seguro que iban a ponerse ciegos de comer. No sabía cómo podían rellenar el buche sin apenas haber hecho la digestión. Y, bueno, esto no es del cuaderno de bitácora, pero se ha colado.

—Hola.

—Hola. No esperaba volver a verte.

—Me aburría y al verte pensé…

—No tengo muy buenos recuerdos de ti.

—Lo sé, pero…

—¿Vas a dejar todas las frases en el aire? Si has venido, es que quieres algo de mí.

—Quiero que les digas que lo siento mucho.

—Genio y figura. Estuviste jodiendo la marrana hasta que te plantaron cara y entonces y solo entonces se te ocurrió tirarte al tren, cosa que te honra porque la mayoría se suicidan después de cargarse a la mujer; al menos fuiste juicioso y te quitaste de en medio sin tocar las narices a nadie, bueno, tan solo al maquinista, que todavía tiene pesadillas contigo.

—Sí, ya no tenía salida, todos me daban la espalda.

—Y ahora quieres que dé la cara por ti. ¿No crees que me van a tomar por loco? ¿Por qué no te apareces tú?

—No me atrevo. Me da vergüenza, me da mucho apuro.

—Hombre, si aparecieras tal como quedaste, les darías un buen soponcio, pero así, como te veo ahora, pues se llevarían un pequeño sustito y nada más.

—No puedo. Te lo pido por favor.

—Me trataste como a una mierda y ahora me pides algo como eso. Se conoce que no tienes a nadie más.

—No. No tengo a nadie. Estoy solo.

—Está bien, pero no me des prisa. No los veo casi nunca.

—Gracias, muchas gracias. Adiós.

No respondí, pero vi cómo se alejaba al tiempo que iba difuminándose. Entonces me di cuenta de que se acercaba la noche y tomé el camino del hotel.

—Vaya, vaya —oí en la oscuridad—, menudo encuentro, o más bien ha sido un encontronazo.

—¿Tengo vaso ahí o me toca a mí recogerlo? —pregunté, o más bien dirigí mi voz a algún oscuro rincón.

Por si acaso me pedí una copa. Si ya tenía otra sobre la mesa, pues eso, sería la parejita.

—Menudo día —iba comentando entre las tinieblas—, y me lo quería perder. Pero ¿dónde está?

—Aquí, cegato—dijo una voz desde un rincón—. ¿O se cree que soy otro fantasma?

—Por fin. Espero que hoy no haya tenido que recurrir a sus informadores.

—Tranquilo —resopló—, hoy los tengo acunados y dormiditos.

Y pensar que tenía ganas de meterme en devaneos literarios, menudo chasco. No tenía cuerpo ni para sostenérmela para ir a mear.

Me acerqué a un espejo para mirar la cara que tenía y de repente vi reflejado detrás de mí al cocinero haciéndome burla. No me impresionó el hecho, sino que me di cuenta de lo que nos parecíamos, de que éramos iguales.

—Huy —exclamó—, si veo mi reflejo en el espejo, vaya fracaso de vampiro.

—¡Vampiro! —exclamé. Aunque el hecho de que solo apareciera de noche me intrigó.

—No lo piense más —dijo cortando mis pensamientos—, claro que soy un vampiro. Mire, el otro día volví a casa y encontré el ataúd lleno de *okupas*; lo que me costó echarlos.

—Venga, vamos —protesté dando un trago—, ya está bien de ángeles de la guarda y de vampiros, eso sin contar los numeritos de pitonisa y de filósofo plasta.

La madre que lo parió, ¿es que nunca iba a dejar de lado el pitorreo? Uau, me sentía cansado y encima nervioso por lo que me esperaba al día siguiente.

—Estoy cansado —le dije— y nervioso. Mañana me espera un día duro.

—Sí, ya lo sé, mañana tiene que separarse de su hija adoptiva —me

comentó sin abandonar su pitorreo—. Pues, llegado el momento, espero que me la presente.

Unas narices se la iba a presentar. Solo me faltaba eso.

—Vaya —escuché a mi espalda—, así que cena en los bares, o sea, que nos abandona por unas copas.

¡Ahí va!, la chofera y los churumbeles, eso sí que no lo esperaba. No sé por qué, pero me dio la sensación de que me puse rojo como un tomate.

—Bueno, bueno, qué alegría —espetó mi querido amigo, y cocinero, para más datos—. Permítanme que me presente, soy el cocinero del hotel, amén de ángel de la guarda, pitonisa y vampiro.

Extendió su mano y reconocí en la mirada del mozalbete una mueca que indicaba que creía encontrarse ante otro sonado como yo, pero también pude ver en la mirada de mi sosias una ternura no habitual en él cuando le dio la mano a la chica.

—Bien —prosiguió sin soltar la mano de la chica—, ahora me voy, me llaman mis obligaciones. Supongo que tendrán de qué hablar porque mañana les espera un día complicado. Ah, por cierto, les agradecería que bajasen los cuatro juntos a desayunar.

Y se fue. Sí, eso, se fue como se me iban los fantasmas. Desapareció como tal, y eso que entre sus múltiples títulos no se había arrogado el de fantasma.

Compartimos unos instantes entre copas. El chicarrón del norte intentó pedirse un whisky, por probarlo, dijo, y yo le respondí que lo probaría delante de su padre, pero no de mí. Cogí a la chica de una mano, mientras que la capitana la asía de la otra y el zagal, que se la quedó mirando, volvió a ponerse colorado. Esperaba que, cuando llegáramos a la habitación, no me dijera que sentía mariposas en el estómago por ella, no soporto las imbecilidades de los pijos.

Me quedé para terminar mi copa y me quedé solo; bueno, solo no: me quedé con *The sounds of silence*, de Simon & Garfunkel.

Hello darkness, my old friend
Hola, oscuridad, vieja amiga
I´ve come to talk with you again
He venido de nuevo a hablar contigo
Because a vision softly creeping
Porque una visión, arrastrándose suavemente
Left its seeds while sleeping
Dejó sus semillas mientras estaba durmiendo.

Me fui a la habitación suavemente, pero me negué a arrastrarme. Hasta ahí llegáramos.

No me duermo y ya la noche
da zancadas por la tierra,
mientras un toro muy débil
se aparece y me cornea. (15)

Concierto número 1 para cuaderno de bitácora

Papá pato bajó al comedor y mamá pato hizo lo propio, o sea, que allí coincidimos ambas las dos parejas. Yo ya había pasado por la misma historia, pero, cuando nos hicieron sentar en una mesa apartada y comenzaron a sacar viandas y más viandas, mis amigos del alma abrieron la boca y no la cerraron hasta que estuvo llena y dieron cuenta de toda la pitanza que había sobre la mesa.

La madre que lo parió, parecía que nos quería cebar para la matanza y, por la época en que estábamos, cabía la posibilidad. Junto a uno de los platos me dejaron una carta, sí, lo de siempre, que ya nos veríamos en el siguiente apeadero.

—Deberíamos darle las gracias a su amigo —me dijo la capitana, devorando y quejándose de que iba a perder la figura—, ha sido todo un detalle por su parte.

—Es fantástico —exclamó el Chewbacca—, este tío tiene compinches en todos lados.

—Vigila tu boca y ni me llames tío, ni tengo compinches como un mafioso —respondí—, y usted no se moleste porque nuestro cocinero ha volado.

Me miró con cara de sorpresa y, llamando a una de las chicas, dijo que felicitara al cocinero, y cuando esta le dijo que ya no estaba, me volvió a mirar con cara de sorpresa.

—Qué amigos tan raros tiene usted —comentó sin perder ripio.

—Ya ve usted, siempre están muy ajetreados.

El Jedi narizotas pidió las llaves del coche para bajar las maletas, y fumarse un canuto, claro. Ya comenzaba a mosquearme aquella actitud tan amable, pero tenía la cabeza para otros menesteres.

Soltamos la mosca y levantamos el vuelo por una carretera estrecha que a cada paso parecía estrecharse más y más. Yo no decía nada, pero la capitana tenía aspecto de tenerlo todo tan claro que la dejé hacer y meterse por donde ella quisiera o quisiese. Tan solo abrí la boca en el momento en el que me encontré con el letrero de entrada a una población. Solo entonces hice detener el bólido.

La chica no había abierto la boca en todo el trayecto; bueno, de hecho nadie había hecho comentario alguno. De tanto en tanto miraba por el retrovisor y la veía metida en sus pensamientos y al Han Solo de turno mirándola embobado. Aquel menda, fuera de empollar como un poseso y ponerse ciego de porretes, no había estado tan cerca de una chica como lo estaba entonces. Yo creo que hasta la debería de estar esnifando.

—Bueno, chica —dije mirando su asustada cara—, estás en casa. ¿Seguimos?

—Sí, seguimos —respondió con un hilillo de voz—. Siga por esta calle y ya les diré cuándo deben parar.

Y seguimos, igual que si fuésemos «Grupo salvaje», cruzándonos con algún que otro transeúnte que nos miraba con cara de estar viendo un ovni, hasta que se nos ordenó detener el carromato ante una puerta medio abierta de donde no tardó en aparecer una mujer.

La muchacha bajó del coche y esperó a que la señora levantara la cabeza y reparara en su presencia. El resto es fácil de imaginar: besos y abrazos y más abrazos y besos, mitad y mitad.

Saqué un fajo de billetes de mi bolsillo y vi que el resto de los viajeros procedía del mismo modo.

—Creo —dijo la capitana— que le vendrá bien un poco de dinero.

—Yo creo lo mismo —comentó el aprendiz de brujo.

—Y yo creo que tu padre, cuando vea el agujero que tiene la tarjeta, te va a convertir en carnaza para sus chorizos.

Recogí el dinero y pensé que mi finiquito comenzaba a hacer agua por todos lados. Bueno, siempre nos quedará París y el paro.

Bajamos del coche y esperamos a que terminaran los efluvios maternales, pero pasamos desapercibidos porque su madre la arrastró al interior de la casa y yo, como buen cotilla, me colé sin que me vieran. Claro que la pareja de la guardia civil me siguió los pasos y nos parapetamos detrás de unos cortinajes.

Sentado de espaldas se encontraba un hombre, cigarrillo en mano, y con pinta de estar haciéndose el duro, aunque la pose le duró poco porque se levantó, todo lágrimas, todo mocos y se abrazó a la chica, que se fundió con él de modo que ambos parecían una sola persona.

La capitana comenzó a gimotear y estalló en una llorera que hizo que nos descubrieran.

Pues eso, presentaciones y mentirijillas, porque dijimos que éramos un matrimonio, con hijo incluido, que habíamos cerrado el negocio y habíamos decidido ver mundo, así que allí estábamos porque habíamos venido y les devolvíamos la hija, o sea, nuestra dependienta, y zas, le dejé caer un fajo de billetes al paterfamilias, diciendo que era el finiquito de su encantadora hija. No se nos cayeron ni los dientes por embusteros, ni nos creció la nariz, por lo que se supone que la nuestra era una mentira piadosa. Ea, he dicho.

Nos invitaron a comer, eso sí, y nos pusimos tibios de embutidos, para terminar repitiendo con los andrajos y el ajo de aserradero, y encima la pobre mujer se disculpó porque, si hubiese sabido que íbamos, nos habría preparado unas perdices al chocolate, cosa que llegó a producirme, lo juro, una manifiesta y ya olvidada erección.

Hablamos de lo bien que se había portado tan singular criatura, mintiendo como bellacos; que si teníamos una tienda de ropa y que las cosas iban cada día peor, hasta que nos vimos obligados a cerrar. Allí metíamos cucharada todos, hasta el Luke Skywalker salía por peteneras y encima parecía gustarle, y la chica venga a reír escuchando las barbaridades que soltábamos por nuestra boquita. En fin, que nos habíamos creído nuestros papeles y los representábamos a las mil maravillas.

Yo ya me sentía un poco agobiado y salí a dar una vuelta. El pueblo tenía visos de agonizar lentamente, sin trabajo, sin juventud y ya casi sin sangre. La poca que quedaba me miraba de forma furtiva y adiviné unos rostros tras algunos visillos que no me perdían de vista.

—Ya le dije —escuché a mis espaldas— que no había salida. No quiero agonizar entre estos muros que se desmoronan sin nadie que vuelva a levantarlos.

Miré a todos lados y con una proyección de futuro me encontré ante una colección de edificios irrecuperables. Había pueblos que escapaban de su agonía y volvían a revivir, pero, hoy por hoy, no se podía adivinar viendo el panorama.

—He hablado con mi padre —prosiguió—, mejor dicho, ha sido él quien ha hablado conmigo. Va a vender algunas tierras ahora que todavía hay gente interesada y piensa enviarme a estudiar. Claro que luego se ha puesto a protestar y a gemir por solo haber tenido una hija y no haber podido engendrar hijos varones, pero eso lo lleva haciendo desde que me pusieron en sus brazos.

—Cuánto me alegro —respondí dejando caer mi brazo en su espalda—. Y tú, ¿cómo llevas tu sórdida aventura?

—Todas las noches me asaltan pesadillas —sollozó mirando un horizonte que comenzaba a ser el suyo—, y durante el día tengo que

apartar mil y una imágenes. Cuando vaya a la ciudad buscaré alguien que me haga olvidar toda esa basura.

—Las cosas no se olvidan —sentencié, recordando de nuevo la frase —, se aprende a vivir con ellas. Te espera una nueva vida ahí fuera. Bien, creo que ya es hora de irnos. Mi mujer —le dije guiñando un ojo — no es muy buena conductora y no sabemos hasta dónde puede llevarnos su pericia.

Sonrió y se abrazó a mí, mientras un puñado de visillos se agitaban en las ventanas.

—No mienten ustedes muy bien —comentó sin dejar de abrazarme —, pero ha sido divertido y lo mejor es que les ha hecho felices. En cuanto al dinero…

—El dinero es tuyo, lo único que sentimos es no haberte podido dar de alta en la Seguridad Social.

—Venga ya —respondió soltándose y sacudiéndome un manotazo en el hombro—, no me tome el pelo.

Volvimos y nos estaban esperando, mi mujer, mi hijo y un perro imaginario, con una sonrisa de esas de foto de estudio para poner en el sitio más visible de la casa.

—Vamos, cariño —me dijo la capitana con voz almibarada—, que se nos hace tarde y nos va a caer la noche encima.

Lo que le iba a caer era un sopapo por llevar tan lejos el cachondeo. Procedimos a repartir besos, abrazos y apretones de manos a partes iguales. La joven Marian le estampó un beso en los labios a un tembloroso Robin Hood, al que se le volvió a inundar el rostro de rubor, es decir, que se puso rojo como un semáforo.

Montamos en nuestras cabalgaduras y soltamos, como el Llanero Solitario, un agridulce «Hi-ho, Silver». Bueno, de hecho lo dije yo solo sin volver la vista atrás.

—Ponte una tira de celo en cada labio —le dije a Athos con una sonrisa maliciosa—, así se conservará el estupendo beso con el que has sido agraciado.

—¿Se cree que nunca me ha besado una chica? —respondió el gallito.

—No —concluí.

Se quedó cortado con cara de pocos amigos, pero la música disipó supuestos malos rollos. George Harrison cantaba con suavidad aterciopelada

Sunrise doesn´t last all morning
El amanecer no dura toda la mañana
A cloudburst doesn´t last all day
Un frente frío no dura todo el día
It´s not always going to be this grey

Esto no será gris para siempre
All things must pass
Todas las cosas deben pasar
All things must pass away
Todas las cosas deben morir.

Había pasado la historia, pero estaba seguro de que iba a perdurar para siempre.

Decidme de una vez si no fue alegre todo aquello.
5 x 5 entonces no eran todavía 25. (16)

Adagio un poco mosso del concierto número 1 del cuaderno de bitácora

Esta vez sí que retrocedimos como nos había indicado nuestro cocinero preferido. Volvimos a Baza, pero, como el día parecía querer dar de sí una horita más, nos acercamos, autovía en ristre, hasta Puerto Lumbreras.

—Lo siento, Indiana —dije mirando al chaval—, aquí no hay ruinas en las que mojar pan.

—No me importa —respondió cabizbajo—, lo único que quiero es dar un paseo.

Dicho y hecho, saltó del coche y comenzó a alejarse con las manos en los bolsillos.

—¡Eh! —le grité—, si no sabes dónde vamos a dormir.

—Ese de ahí parece bueno —respondió sin volverse.

Y sí, habíamos aparcado frente a un hotelito muy coquetón, así que, sin mayor preámbulo, nos registramos.

Pedí una habitación individual y una doble con dos camas, a lo que la señora me respondió que, con una mujer tan guapa que tenía, me iba a dar una con cama de matrimonio, y me cosqué de reojo de cómo se carcajeaba la capitana.

Si es que el mundo está lleno de gente buena.

Le puse el brazo, al que se asió llamándome cariño con una sonrisa que ya comenzaba a serme muy familiar, y salimos a la calle, mientras

a nuestras espaldas se escuchaba un suspiro que hizo revolotear nuestras vestimentas.

Estaba claro que hoy me quedaba sin paseo solitario, cosa que, dicho sea de paso, no me producía ni frío ni calor, pues a fin de cuentas no era yo el que pedía esos encuentros. Así que nos acomodamos en el bar, un buen lugar donde poder descansar y hablar de los últimos acontecimientos, aunque lo cierto es que no estábamos en condiciones de hablar del tema. Me disculpé y fui al servicio. Uno de los urinarios estaba ocupado.

—¿Te acuerdas de mí?
—Sí, pero malditas las ganas.
—Me gustaba joderte.
—A quien te querías joder era a mi mujer.
—Bueno, por lo menos lo intenté.
—Ahora puedes, está libre.
—Y yo estoy muerto.
—Y, por lo que veo, sigues con actitud de chulo prepotente.
—Para qué cambiar.
—Claro; tú, genio y figura hasta después de la sepultura.
—Y a mucha honra.
—Pues eso, sacúdetela bien y vete a tomar por el culo.
—No has cambiado nada. Ja, ja.
—Fantasma de fantasmas. Adiós.

Ya era la segunda aparición que me removía las tripas y empezaba a incomodarme aquella situación. De seguir así, cualquier día se me aparecía el Caudillo bajo palio. Y que conste que esto no debería pertenecer al cuaderno de bitácora.

Volví a la mesa con cara de pocos amigos y, naturalmente, allí estaba mi cocinero-filósofo, amén de vampiro-ángel de la guarda.

—¿No le parece sorprendente? —comentó la capitana, presa de agitadas convulsiones—, mire a quién me he encontrado.

—Ah, oh, cielos —exclamé fingiendo mayestática sorpresa—. Es él. Nuestro cocinero preferido. ¿Cómo está usted? —le dije tendiéndole la mano.

—Oh, muy bien, gracias —respondió estrechándomela efusivamente—. Realmente el mundo es un pañuelo. Eso es, un pañuelo.

El muy canalla no solo me seguía el juego, sino que encima se permitía hacer como yo, poner coletillas a sus frases.

—¿Qué tal su encantador hijo? —prosiguió melifluamente.

—Dando una vuelta por el pueblo —respondí con una mirada entre divertida y amenazadora—. Hoy ha tenido un día duro.

—Supongo que debe de tratarse de una vieja historia que ya no tiene importancia —puntualizó sin quitarme la mirada de encima.

—Una historia que podía haber sido nueva y que ha pasado a ser vieja en cuestión de segundos —dije no sin cierta pesadumbre.

—Pues aplíquese el cuento —me espetó el muy mala bestia.

Lo habría estrangulado sin ningún tipo de remordimiento, pero salté de conversación porque vi que la capitana nos miraba con cara de no coscarse de nada.

—La verdad —dijo cayendo de la higuera— es que no sé de qué están hablando.

—Nada —intervine—, no tiene importancia, hablábamos de nuestro hijo adoptivo y de rebote he recibido yo. Por cierto, esperemos que no se retrase demasiado —y añadí—: Y, por cierto, válgame la repetición, si quiere pasamos al comedor, porque usted no perdona las cenas.

—No se preocupe. Comeré algún bocadillo o algo suave —y, quedándose pensativa, añadió—: O mejor aún, que me lo suban a la habitación porque estoy muy cansada. Buenas noches a los dos.

La seguí con la mirada como si fuera un fantasma y permaneció y permaneció hasta que dio la vuelta a un recodo y desapareció de mi vista. De repente me di cuenta de la irrealidad de nuestra presencia allí, habíamos permanecido en el anonimato como un seguro, como si supiéramos que nos íbamos a separar en cualquier momento y todo iba a quedar como un soplo, sin nombres a los que sujetarnos. Y qué más daba, sí, los nombres son para el olvido, solo las historias permanecen y llegan a formar auténtica parte de nuestra vida. En fin, vivamos cada día como si fuera el último y algún día habremos acertado. Qué aventura esta, añado.

—Le va a dar una insolación —exclamó mi supercocinero—, no lo piense más y tómese su copa, parece que la necesita.

—Y a usted —protesté—, ¿cómo le da por meterse en mi vida? Ya tengo bastante con mis fantasmas.

—Ya le dije que se la tenía guardada —me respondió—. Y tengo guardados más ases en la manga. Venga, hombre —prosiguió riéndose en mi cara—, que la felicidad está en llevar con soltura todos los problemas que te vienen de cara.

—Ya —respondí—, ¿y si te vienen por la espalda, qué?

—Pues te ayudan a dar un paso adelante, pero ese no es su caso.

Mira que me fastidian los *enteraos*, y aquel soplagaitas se las sabía todas.

—Bien, ya se ha acabado su perorata filósofo-plasta, así que voy a mirar si encuentro a mi pupilo —corté, levantándome.

—Yo, de usted —me dijo alejándose—, no levantaría el trasero del asiento. Hasta mañana y felices sueños.

Desapareció justo en el momento en que el chaval se sentaba frente a mí con una copa en la mano.

—Buenas noches —me soltó con una voz gangosa—, salve… y usted lo pase bien. (D)

—Y también dos huevos duros —le respondí—, uno de ellos de oca. (E)

Nos quedamos mirando, sin saber si debíamos continuar nuestras manifestaciones cinematográficas, marxistas para más datos, o si teníamos que retirarnos a nuestros aposentos. De todos modos me sorprendió que el paramecio conociera la frase.

—¿Sabes? —rompí el hielo—, esas mismas frases se las solté a mi amigo el cocinero hace muy poco.

—Menudo *tronao* —respondió, escupiendo algo más que saliva—. Todos sus amigos se le parecen, están como chotas.

—Puedes opinar lo que quieras —le dije limpiándome la manga de la camisa—, pero deja de escupirme el mejunje que te estás tomando.

Levantó el vaso con una mueca que intentaba ser una sonrisa irónica y lo agitó en el aire.

—Mira si se deshace el hielo, porque sé de uno que no hacía más que agitar el vaso para enfriarlo más y más y lo que había dentro era la dentadura de su madre —le solté aguantándome la risa.

No le hizo gracia y encima me miró con otra mueca, esta vez quería intentar que fuera desagradable, pero no controlaba sus facciones y todas me parecían iguales. Una máscara.

—Te has puesto ciego, ¿eh, mosquetero? —proseguí con la intención de que vomitara lo que llevaba dentro, el alcohol y lo que le daba vueltas en el coco.

—Sí —dijo—, uf. —Y se dejó caer sobre el sillón—. Esta vida es una puta mierda. Afirmo.

Vamos, otro que me imitaba, poniendo coletillas a sus comentarios.

—¿Sabe? —no, yo no sabía nada, así que prosiguió—, cuando me dijo que ninguna mujer me había besado, pues era verdad. Estoy hasta los bemoles de tanto estudiar, de tanta culturilla que no sirve para nada. ¿Sabe cómo me llaman en el insti?, pues se lo diré: pitagorín, sí, pitagorín, por el Pitágoras ese, ya sabe, el de los números.

Yo veía como se iba deslizando sobre el sillón con riesgo de darse un costalazo, pero me dije que podría seguir hablando desde el suelo.

—Y lo de los porretes —me dijo con otra mueca que supongo intentaba pasar por cínica—, sí, los canutos que me sacudo, pues eso es porque me meto en mi mundo y no quiero saber nada del exterior, ni colegas ni, claro, mucho menos tías. Pues ¿sabe? —yo seguía sin saber nada, pero que siguiera, pensé, que lo estaba haciendo muy bien —, cuando la moza me ha sacudido aquel besazo he visto la luz. Me voy a desparramar sexualmente y voy a enviar todos los libros y toda

la puta cultura a tomar *pol* culo.

Madre del amor hermoso. Había terminado sentado en el suelo sin darse cuenta y agitaba los brazos como si se estuviera ahogando. Lo cogí de susodichas extremidades y lo volví a sentar como pude.

—¡Vivan las mujeres! —explotó, aunque afortunadamente a mi oído, como haciéndome cómplice de aquella conspiración—. ¡Viva el sexo! ¡Muerte a los intelectuales!

Solo le faltó dar vivas a la muerte, como el ínclito Millán Astray. Pero ya no tenía más verborrea, se le había terminado la cuerda y empezaba a mirar a todos lados como intentando averiguar dónde se encontraba. Por fin se quedó dormido.

Yo me tomé mi copa y repetí, entusiasmado, porque en la televisión ponían unos anuncios preciosos de colonias, debería de ser por el día del padre, que lo decían todo en otros idiomas o lo intentaban aparentar y a mí me interesaban mucho las lenguas vivas, de hecho hablaba dos idiomas y gesticulaba en cinco. Habilidades que tiene uno.

Bueno, hablando de idiomas, la Janis Joplin comenzó a darme clases con su *Summertime*.

One of these mornings
Una mañana de estas,
you´re gonna rise, rise up singing
vas a levantarte, levantarte cantando,
you´re gonna spread your wings, child
vas a desplegar tus alas, chica,
and take, take to the sky
y elevarte y tocar el cielo.

Yo me sabía de uno que no iba a tocar el cielo por la mañana. Me cargué al hombro al Oliver Twist y, cuando le dije al mozo de la barra que me apuntara la consumición a la habitación, me respondió, cómo no, que estaba todo pagado. «Se puede vivir», me dije.

¡Qué pena esta de hoy!
Haberlo dicho todo,
volcando por completo
lo que pesaba tanto,
y ver luego que todo
se queda siempre dentro. (17)

Cuaderno de bitácora para trío de cuerdas en sol mayor

Bajé a desayunar y dejé al capitán Ahab roncando como Moby Dick. Nunca llegarían a saber lo cerca que habían estado el uno del otro.

En el comedor me esperaba la capitana vestida con sus mejores galas. Y pensar que iba de entierro vestida de selva esmeralda, azul mediterráneo y gloriosa abanderada del colectivo gay; la verdad es que no entiendo cómo podía combinar tanto colorido y que encima le cayera bien.

—Buenos días —explotó con una sonrisa que iluminó hasta las caras de aburrimiento que nos rodeaban por doquier—, ¿le gusta lo que me puesto hoy?

—Está usted preciosa —respondí desde el mostrador—, parece literalmente la personificación de la primavera.

La gente me miraba con cara de pocos amigos, como si hubieran dormido mal. Yo no sé por qué la gente se gasta el dinero en los hoteles para encima dormir mal. Es que se viaja mucho, pero sin conocimiento ni talento.

—¿Sabe? —continuó dicharachera—, echo de menos a mi compañera de habitación. Le hubiera pasado alguno de los modelitos que me compré.

—Para ir a ligar, ¿eh? —protesté con cara de celoso—. Pues se iban a llevar a la población de calle.

—Venga, hombre, eso se lo dirá usted a todas.

Frase muy utilizada en las comedias de los años quién sabe cuántos,

y que se popularizó hasta la saciedad en las conversaciones habituales. Pensé.

—Pues sí, eso se lo digo a todas cuando quiero quedar bien —le aclaré—, pero, con unos pibones como ambas las dos, lo único que puedo decir es que usted está buenísima y la chica estaría de toma pan y moja.

La verdad de las verdades es que no se esperaba aquella manifestación arrolladora que ponía de manifiesto sus curvas y su exultante presencia, o sea, en definitiva, que añadió a su multicolor indumentaria la rojez de su rostro.

—¿Dónde está el muchacho? —dijo dando un hábil requiebro al tema anterior—, ¿por qué no ha bajado con usted?

—Digamos —aclaré tenedor en mano— que se encuentra en brazos de Morfeo porque ayer descubrió que hay otros mundos, pero que están en este. En fin, que duerme la mona.

—¿Pero cómo puede ser tan insensible? —exclamó también tenedor en mano y con peligro de que me lo lanzara—, ¿cómo ha permitido que terminara en ese estado y por qué no se ha quedado en la habitación con él?

—¿Con él? —respondí sin bajar el tenedor—, ¿y qué podía hacer?, cogerle la manita y rezar el rosario. ¿Acaso soy el guardián de mi hermano?

Se levantó, *croissant* en mano, y se alejó dando cuenta de él. Yo me quedé levantando mis insensibles hombros y abriendo mi sensible boca.

Poco pude masticar porque no tardó más que un suspiro en volver, eso sí, acompañada por los restos de *croissant* y de la mano del príncipe Baltasar Carlos con caballo incluido, pero arrastrándolo sobre su espalda.

—Qué, Mary Poppins, ¿te has mareado de tanto viajar en paraguas? —le pregunté, sosteniendo el tenedor sin bajar la guardia.

—No me acuerdo de nada —respondió desde el mostrador de viandas—. He dormido como un lirón y tengo un hambre atroz.

El respetable público al que tanto quiero y tanto debo nos volvió a mirar somnoliento y con cara de pocos amigos. La capitana me miró levantando la barbilla y con manifiesta altivez, y yo me quedé pensando de qué material estaba hecha la juventud porque yo me ponía, ahora y aquí, tal como iba él la noche anterior y no levantaba cabeza en tres días bisiestos.

La cuestión es que se zampó todo lo que pudo y creo que más y luego, como venía haciendo habitualmente, le pidió las llaves a la capitana para acomodarle el equipaje en el maletero. Qué *apañao* el niño, que ya me tenía con la mosca detrás de la oreja con el trajín que se traía con las maletas.

Nos despedimos de Puerto Lumbreras y tomamos la autovía camino de Murcia, que, si todo iba bien, circunvalaríamos sin tener que meternos dentro de la ciudad y vivir múltiples aventuras, como en Sevilla.

La chofera no hizo más comentarios sobre coger carreteras secundarias, aunque siempre estábamos sujetos a cualquier desliz por parte suya.

Epi estaba calladito y la jefa de tanto en tanto me pegaba una mirada de reprobación. Se conoce que no le había gustado que dejara a Blas sin acunarlo y darle el pecho. Pero había que dejar que se curtiera, digo yo. Y encima lo llevaba fetén.

—¿Tienes hermanos? —le pregunté para romper aquel silencio que comenzaba a oxidarse.

—Sí —respondió extrañado por la pregunta—, tengo un hermano mayor que yo y que pretende ser el heredero del *holding* choricero. Cosa que ni me va ni me viene.

Tan solo le había hecho una pregunta y me soltó una retahíla que aproveché para sonsacarle más material.

—Bien —proseguí—, si se queda la empresa, supongo que te nombrará director general, digo yo.

—No me interesa —contestó con rapidez—. Se pueden ir él y la empresa a hacer puñetas, y de paso que se vaya también mi padre.

La capitana comenzaba a agudizar el oído, a hacer muecas e intervenir.

—Pero tendrías la vida asegurada— dijo, y como si recapacitara y se le agitaran las entrañas por lo que había dicho, puso cara de asco y calló.

—¿Qué quieres entonces? —proseguí, aprovechando la inesperada verborrea—, porque habrás pensado en alguna alternativa.

—Quiero estudiar historia, arte, literatura, qué sé yo, humanidades.

La madre que me parió y de rebote la que le parió a él, que le tocaba más directamente la historia; ya me imaginaba la escena y la fuga de Alcatraz del Clint Eastwood de turno de las garras del alcaide paterno.

—¿Y qué dice el paterfamilias del tema? —pregunté conociendo la respuesta.

—Que cuando termine el bachiller me va a poner a estudiar gestión empresarial y otras lindezas que no me atrevo a mencionar porque hieden a la legua.

Bueno, eso dejaba todo claro; a estas alturas ya habrían soltado a Rin Tin Tin en busca del niño descarriado y confuso.

—No te dejes amilanar —exclamó sorpresivamente la capitana—, haz lo que te dé la gana. No vayas a terminar siendo un imbécil aburrido detrás de una mesa.

«Hombre, de todo hay en este mundo», pensé, pero, claro, ella pensaba en su querido y chamuscado marido, así que opté por no echar más leña al fuego, aunque sabía que al Picasso-Platón-Chéjov le venía una batalla encima que me reía de las Termópilas.

Dejamos nuestra inolvidable villa de Lorca a nuestra espalda y seguimos cabalgando hacia Murcia.

—Bueno, ya estamos llegando a Alcantarilla —comenté con toda mi buena fe.

—No sé por qué tiene que menospreciar algunas poblaciones — me respondió con toda su mala fe.

—Mi querida señora —seguí sin perder mi buena fe—, sepa voacé que aquesa villa que vamos a atravesar se la conoce como Alcantarilla y está habitada por varios miles de alcantarilleros —y proseguí—. Y cuide su geografía, que el otro día ya nos espetó que Benidorm está en Murcia. He dicho.

Sea como fuese, quizás por escuchar mi gracioso discurso, dejó la autovía y tomó camino de Murcia capital.

—Suerte tienes, bergante —le dije a la rana Gustavo—, podrás admirar la bella catedral de esta población, pero antes de nada hay que buscar un sitio para papear.

—¿Es que no piensa más que en comer? —me gritó con cara de no haberme perdonado aún.

—Carísima señora mía, solo pienso en comer cuando tengo hambre y cuando llega la hora —y añadí—: Y en estos momentos coinciden ambas cosas. Al ataque.

Me vinieron algunos refranes en cuanto al comer, pero por gorrinos los dejé correr, igual que la suave brisa que nos acariciaba el rostro en aquellos momentos.

Estuve indagando algunas de las cartas impregnadas de literatura que se prodigaban en una ancha avenida y donde suertudamente habíamos atado nuestro jumento y, tras una breve duda, me colé, con un gracioso ademán, en uno de los locales, no sin antes mirar si me seguía la plebe.

Ah, qué satisfacción captar las miradas de mis compañeros, que obviaron la carta y me dejaron a mí como amo y señor de toda la comanda.

Pedí, para compartir, mojama, zarangollo y tortilla murciana, y claro, unas aceitunas de cuquillo, casi *na*; de segundo, caldero para los tres, y de postre, oh dioses excelsos, unos paparajotes. Se chuparon hasta los dedos de los pies.

—Prométame —soltó afablemente Corazón de León, Ricardo para más datos— que si va a dar un garbeo por el norte me llamará. Si conduce como aquí, seguro que recorremos toda la parte septentrional de la Península como quien no sabe la cosa.

—Calla, grosero, menos cachondeo. —Y le soltó una colleja.

Bien, como siempre, después de nuestro paseíto de rigor, subimos a la cabalgadura y la capitana dijo que el coche también tenía que comer. «Vaya rollo», pensé, un bólido tan *apañao* y había que ponerle gasolina.

Continuamos por la ancha avenida, siguiendo un rótulo que indicaba dirección a Orihuela. Cruzar por Murcia había resultado relativamente fácil, pero yo comencé a notar un sospechoso cosquilleo en el cogote.

Yo no paraba de mirar a diestro y siniestro, aunque no sabía lo que buscaba. Paramos en una gasolinera y el chaval se ofreció a llenar el depósito; fue entonces cuando los vi. Dos guardias de tráfico conversaban animadamente, debajo de un algarrobo, naturalmente, señalando al chico y, bien, los acontecimientos se precipitaron. Que si documentos por aquí y documentos por allí, hasta que nos indicaron que les siguiésemos para unas comprobaciones. La suerte estaba echada. A Clint Eastwood se le habían acabado los días de asueto.

Nos metieron en una habitación con vistas a tres paredes con un ventanuco a la altura del cuello de las jirafas.

De todos modos, desde la abertura podía ver como llamaban por teléfono y miraban insistentemente a nuestro rincón.

Al san Pascual Bailón se le habían quitado las ganas de marcarse un foxtrot y estaba cabizbajo en un rincón, meditando con cara de entre resignado y cabreado.

—¿Saben qué les digo? —explotó de sopetón—. Que me quiten lo *bailao*. Oiga —dijo dirigiéndose a mí—, si la señora se da un voltio por el norte, se viene usted de asesor gastronómico porque no tiene precio.

—Gracias, chaval —respondí con una inclinación de cabeza—, los cumplidos profesionales siempre son bien recibidos.

—A la mínima de cambio —continuó, quizás hablando consigo mismo—, me abro y esta vez me largo al extranjero a probar suerte.

Bueno, tendría que esperar un poquito y sacar de la Visa morena, Visa con garbo del padre algún que otro pellizquito de parné para sufragar los primeros embates.

—¿Qué tal vas con los idiomas? —intervine sin estar invitado.

—Hablo inglés, francés y chino —nos soltó como quien se rasca un grano—. Cosas de papá, ya sabe, para estar preparado frente al mundo empresarial.

—Muy bien hecho —metió cucharada la capitana—, y cuanto más lejos, mejor. Que estar sentado detrás de un despacho hace que se te encojan los cojones y te deja impotente.

Ayvé, cómo se había puesto la auriga. Seguro que hablaba por experiencia. Cómo estaría la ceniza del puro que llevaba en la urna. Y, por cierto, a ver cómo explicaba la presencia del desintegrado

pasajero a las autoridades.

En fin, que la cosa se comenzaba a complicar y ya me veía yo también en Alcatraz, pero pedir por pedir, que me llevaran a Picassent, que me cogía más cerca. Aunque, total, pensé, para los que vendrían a visitarme, mejor salir y ver mundo.

Y a todo esto, que va y a la capitana se le pone tonta la vejiga y la dejan ir al servicio, momento en el cual mi querido Snoopy, con actitud temblorosa, se me pone a confesar, allí mismo, y yo sin sotana que ponerme.

—Está la cosa chunga —va y me dice— porque la señora lleva en el maletero una lata de costo hasta arriba.

Toma ya, y yo con cara de zombi estreñido.

—Jo, que me he puesto hasta las cejas cuando le bajaba las maletas —y por si fuera poco me añade—: Del bueno, ¿eh?, aunque un poco húmedo para mi gusto.

Bueno, pues eso, en ese momento me cocean las ingles y me quedo tan ancho. Mira que era majo el chaval, trajinando con las maletas, ahora las meto y ahora las saco, todo como muy erótico. Pero cómo le contaba yo que se estaba liando el polvillo del fémur de un fiambre. Así que salí por la tangente, suspiré profundamente y le dije que dejáramos el tema en brazos del destino. Que él sabía cómo apañárselas en estos casos.

Entonces reparé en que estaban entrando nuestros pertrechos, cajita de cenizas incluida. *Alea iacta est*, como dijo Suetonio que dijo que había dicho César y que con el tiempo se dice que lo que dijo este fue «echemos los dados» porque lo había dicho Menandro. He dicho.

—Eso lo pueden dejar en el coche —argumentó la cochera, apareciendo—; se trata de serrín, por si alguien vomitaba.

El comendador de Ocaña y un servidor nos quedamos expectantes a la espera de una respuesta, cada uno con una idea distinta en la historia.

El agente abrió la superpitillera y echó un vistazo a su contenido y con una mirada interrogante y con voz de mando le preguntó sobre el color del serrín.

—Oh —respondió con voz dulcísima—, es que mi marido las compra de diversas maderas; mire usted —siguió con todo el desparpajo del mundo—, estas son de abedul. ¿No le parece un capricho tonto?, pues bueno, él es así.

Yo no sabía si el marido tonto era yo o el Cohiba que volvía a retorcerse dentro de la lata, pero para mis adentros solté un viva por la locuacidad de la Pardo Bazán. El caso es que las cenizas se quedaron sobre la mesa, acechando y con rostro amenazador.

Que los padres estaban de camino, nos dijeron, que si necesitábamos ir al servicio, que si queríamos algo de abrigo, y, en fin,

que si nos apetecía un vaso de leche: leche, qué asco, ni los Borgia eran tan ruines. (F)

—Es de una película —me disculpé, ante la cara de pocos amigos que me puso el uniformado.

Y en esto que va y se pone a llover; menos mal que estábamos a buen recaudo, y nunca tan bien dicho. ¡Por los siete enanitos!, a ver si el papá tenía un bólido tan potente como el nuestro, y digo nuestro por aquello de haberle cogido un poco de cariño y haber compartido un puñado de kilómetros y dejado la huella de mis posaderas en el mullido asiento.

Que ya llegan, que paciencia y otras hierbas. Aquello parecía el hemiciclo durante el 23-F: que todos tranquilos, que pronto iba a llegar una autoridad competente.

El Charlie Brown se había dormido; mejor porque no tenía ganas de conversación, ya tenía bastante maremágnum en la cabeza y encima no sabía si contarle lo de los porros de fiambre (y no de chorizo precisamente) que se había atizado. Pensé que lo mejor era contárselo cuando subiera al coche de papá para ver si le vomitaba en el cogote. También pensé que a quién iba a ponerle tanto nombre ahora, porque la jefa, con lo de *chofera*, *capitana* y *auriga*, iba más que servida. Creo que alguna vez la traté de almirante, pero no lo recordaba bien.

Nos mirábamos ambos los dos sin la mínima intención de hablar, pero por fin ella rompió el hielo.

—No me dirá que no se lo ha pasado bien —me dijo repantigándose en su silla—. Ha sido un buen paseo sin rumbo fijo.

—Pues mire —respondí con un cruce de piernas a lo Antonio Gades —, la verdad es que yo me veía tumbado bajo un algarrobo contando los coches que pasaban por delante de mí, y ya ve el periplo que me he dado, sin comerlo ni beberlo, por tan meridionales y singulares paisajes.

—Eso de sin comerlo ni beberlo —me recriminó— lo dirá usted en broma, ¿no? Porque ha arrasado en todos los sitios donde hemos parado.

Hay que ver cómo se forjan las leyendas negras. Si supiera lo parco que soy con la comida cuando paro por mis lares, otro gallo cantaría.

—El guion, señora —respondí con toda la humildad del mundo—, el guion. Son exigencias del guion. Donde estuvieres haz lo que vieres y come con presteza todo lo que caiga en la mesa. Esto último pertenece a mi cosecha —añadí.

Y seguía lloviendo. Mira que si al jefe de la tribu de los comanche-chorizos le daba por esperar a que parara y nos tenían allí toda la noche. Menuda jugarreta.

Bueno, pues a esperar, allí delante de nuestras maletas y bolsas, destripadas y registradas, tanto que hasta nuestras prendas más finas e

íntimas llegaran a llorar por tanta vejación. *Madredelamorhermoso*, caí entonces, ¿y si en el macuto del chaval encontraban algo de costo? Aquello podía convertirse en la batalla de Las Navas de Tolosa y la de Arapiles, ambas las dos al alimón. Uf, suspiré cuando vi que no aparecía ningún guijarro. Claro, al muy mamón se le había terminado y tiraba de la lata, y la verdad sea dicha, yo creo que el colocón debía de ser más psicológico que otra cosa porque, si en vida, según su mujer, aquel menda era una mierda pinchada en un palo, lo lógico era que sus cenizas tuvieran menos marcha que una lata de bebida energética.

Y la comisaría comenzaba a bullir de personal y el suelo se parecía cada vez más a La Manga del Mar Menor. Y claro, fuera seguía lloviendo y, aunque los algarrobos deberían estar agradecidos, allí dentro todo estaba tomando el cariz de un barrizal.

«Eh, tú, Machu Picchu», voceó un agente a una señora de la limpieza, «vete a buscar un poco de serrín y siémbralo por ahí». Me encanta la gente que tiene tanto respeto por los inmigrantes; supongo que, viniendo de un desgraciado sin «mucha picha» y menos educación, era cosa natural y teníamos que reírle la gracia.

El caso es que la mujer se metió tras una puerta y salió con las manos vacías, bueno, con la misma escoba con la que había entrado. Y soltó un tímido «no hay». El agente le pasó la lata de cenizas, le dijo que se apañara de momento con eso y que fuera a buscar más. Así, como suena. Y, antes de poder evitarlo, ya estaban las cenizas remozadas con las olas que rompían en el local, no las del Mediterráneo, aunque quedaba cerca.

La mujer hizo una mueca extraña al ver algunos restos fósiles diseminados por el suelo, pero barrió aquel pequeño camposanto y salió en busca de más material.

—Supongo que pensará usted que soy un monstruo —dijo con la mirada perdida en el montón de cenizas remojadas.

—No me gusta ni juzgar ni dar consejos —respondí con gravedad —, pero pensar, lo que se dice pensar, eso sí que me da por hacerlo, por desgracia. Hay veces que le doy tantas vueltas a las cosas que me termino por marear. Creo que todo debería ser mucho más fácil. Ah, por cierto, debo decirle que no creo que sea usted un monstruo, ¿vale?

—Bueno —siguió, creo que sin haberme escuchado—, ahora ya no hace falta que vayamos a Benidorm. Lo siento por el chico, tenía tantas ganas de ir.

Creo que su cabeza estaba en otro lugar porque no se daba cuenta de que el chaval iba a dejarnos tan pronto llegara el cancerbero. La dejé en sus pensamientos porque el Yeti comenzaba a desperezarse.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó junto con un bostezo—. Me he dormido.

—No me digas, Sherlock —y añadí—: Te has perdido cómo han aterrizado tus maravillosos polvos mágicos sobre el terrazo de la comisaría.

Y como hiciese intención de abrir la boca y hablar más de la cuenta, le conminé a que se callara e hice un gesto hacia la mujer, que le echó una mirada afable.

—Vaya, por fin abres los ojos —le dijo dándole un golpe en el hombro para terminar de despertarlo—, ya te habrás quitado los nervios de encima.

—Espere a ver a mi padre —dijo—; la que se va a poner nerviosa es usted.

Menuda presentación del jefe; me quedé con ganas de conocerle, cosa que no se iba a demorar demasiado porque por la puerta apareció una especie de cíclope con dos ojos y una mujer menuda y temblorosa que se acercó corriendo a su retoño. La doctora Livingstone, supongo.

Pues eso, besos y abrazos por una parte y una cara de mala leche por la otra que echaba para atrás; menos mal que se nos sentó de espaldas, aunque de tanto en tanto se daba la vuelta para ofrecernos una de sus mejores muecas de asco, odio y desprecio, cosa que me animó para ir a pedirle trabajo, pero, mira tú, menos mal que me di cuenta de que llevaba calcetines de media, y si hay algo que me pone malo en un tío es que lleve calcetines de media, así que me olvidé de pedirle un puesto para encapullar chorizos.

—Le he dicho que les deje en paz —se adelantó el chaval para decírnoslo—, de hecho no hay nada contra ustedes. Yo les engañé, pero el becerro de mi padre quiere sangre y está dispuesto a que paguen por mi fuga. Cosas de su mente calenturienta.

—Vaya —exclamé—, sí que termina bien la aventura, y yo que pensaba escribir mis memorias. En fin, las escribiré desde mi celda.

Nos interrumpió el agente que parecía estar al mando; al menos llevaba unos colgajos en la manga que parecían darle cierta autoridad. Y, en fin, poco más o menos nos dijo que la señora ya había recuperado a su hijo y quería irse cuanto antes; en cuanto al marido, pues nada, que quería que nos ahorcaran en una plaza pública para escarnio de todos los malhechores habidos y por haber, pero, como no se podía quedar por la agenda de trabajo, había decidido que nos dejaran en libertad con cargos.

—Bueno —continuó el chaval—, no sé cómo agradecerles todo lo que han hecho por mí.

—Yo nada —interrumpí—, todo ha sido cosa de la capitana, huy, perdón, la señora.

—Déjese de puñetas, me ha bautizado de mil maneras, pero, mira, hasta se le coge cariño. *Zhï rén zhï miàn bú zhï xïn*, es decir, «los pequeños arroyos hacen un gran río». Lo dicho, si se van a dar un

garbeo por otra parte, me avisan. ¿Vale, *tóng shi*? —y aclaró—: Colega, quiere decir colega.

No sé si eso de arroyo pequeño iba con segundas, pero él ni podía imaginar la cantidad de motes que se me habían pasado por la cabeza y que no le pensaba decir, entre otras cosas porque ya no me acordaba. En fin, la verdad es que le di un fuerte abrazo de oso y una colleja cariñosa.

—Ya te queda poco para los dieciocho —le dije al oído —, ten paciencia y despega, que el mundo es tuyo.

Me devolvió el abrazo e hizo una intentona de soltar una lagrimita, pero no se lo permití.

—Los altos ejecutivos no lloran —dije solemnemente.

Me llamó bocazas y me devolvió la colleja; luego se abrazó a la capitana y lloraron los dos a moco tendido y con frases inconfesables al oído, así que me aparté sorteando lagos y torrentes porque el local, entre la lluvia y las lágrimas, estaba intransitable. Y, oh, *infelice* de mí, caí a la vera del augusto verdugo, que me miró impasible y me soltó que era un hijo de puta.

—Sí, señor —le respondí, con educación, lo juro—, pero en mi caso es un accidente de nacimiento; en cambio, usted es un hijo de puta que se ha hecho a sí mismo. (G)

Nunca llegué a pensar que nadie me pondría la frasecita tan a huevo.

Bueno, la cuestión era que la familia Cebolleta comenzó a desfilar, primero la madre, una mujer enjuta y llena de miedos, que nos miró con ojos casi incoloros y todavía llenos de lágrimas, pero con un atisbo de agradecimiento en ellos. Luego el Capitán Trueno de la historia, que nos soltó un aguerrido: «Nos vemos en los bares, pero del norte, ¿eh?», que hizo que se ganara una colleja paternal, pero esta vez exenta de cariño; y por fin, aquella burda copia de Roberto Alcázar y Pedrín juntos los dos se dirigió a los policías y soltó unas frases de agradecimiento que ya las quisieran para ellos y para la historia Maroto y Espartero; luego volvió el rostro y, después de mirar con desprecio a la capitana, me dio un repaso de arriba abajo con un rictus que me hacía ver que esa me la tenía guardada. Y se fueron, igual que el viento que sopla por las áridas…, pero, bueno, esa es otra historia.

Salimos del trullo aferrados a nuestras violadas bolsas y maletas. Anochecía y lo que quedaba del día se había convertido en un ambiente pastoso, como si hubiera caspa en aquella neblina que había quedado después de la lluvia. Nos miramos sin decir palabra y vimos un letrero que indicaba dirección Alicante/Alacant. En esos momentos teníamos cuerpo de mar y tomamos el camino que nos ofrecían. Pusimos la radio y nunca la voz de Louis Armstrong, cantando *What a*

wonderful world, me pareció tan aterciopelada.

I hear babies cryng
Oigo a los bebés llorar
I match them grow
los veo crecer
they´ll learn much more
ellos aprenderán mucho más
than I´ll ever know
de lo que yo nunca sabré.

Le deseé al chaval toda la suerte del mundo y entonces lloré en silencio.

Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar. (18)

Cuaderno de bitácora. Allegretto non troppo. Finale

Buscamos un buen hotel con vistas al mar, un mar brumoso que había perdido ya la línea del horizonte, que se había convertido en un oscuro telón que indicaba que la representación había terminado.

Me ofrecí a acompañar a la capitana para la cena y me respondió que lo que necesitaba en esos momentos era una copa, quizás dos.

—¡Ah, malditos bribones! —exclamó de golpe—, me han abandonado. Ahora tengo que cenar sola.

—Bueno —la consolé—, considere que me tiene a mí; ahora que, si no sirvo, me voy. Por cierto, ¿se ha estirado el mozo en las cenas o ha seguido comiendo de gorra?

Una sonrisa distante evocaba unos momentos en los que se sintió feliz. Lo digo porque su rostro desprendía paz y, por qué no, felicidad.

—Si quiere quedarse en el hotel —le dije con la sensación de abandonarla—, bueno, pues eso, que yo me voy a dar mi paseo vespertino.

—Me voy con usted —me respondió con descaro, casi ofendida—, ¿o es que no tengo también derecho a estirar las piernas?

Cualquiera le llevaba la contraria. Extendí mi brazo para cederle el paso y salimos a una calle que brillaba bajo una pátina húmeda e iluminada por la luna.

—Si me ve hablando solo —le comenté poniéndola sobre aviso—, no se asuste. Déjeme hasta que termine. Es por lo de los fantasmas, ¿sabe?

Me miró y comenzó a reír, mientras se aferraba a mi brazo y aminoraba el paso con intenciones de pasear de verdad.

Hacía un frío terrible y ella se me pegó literalmente al cuerpo y noté cómo tiritaba, por eso me sorprendió encontrarme a una pareja de ancianos en aquellas horas tan intempestivas como desapacibles, pero…

—¿Eres tú, tío?

—Sí, me voy al cine.

—¿Al cine?

—Sí, ahora que no pago, pues aprovecho.

—Vaya, otro que va de gratis. ¿Y qué haces con tu mujer? Ella no está muerta.

—Ya, pero no quiere vivir. Está en la cama tumbada esperando dar el paso y me la traigo para que se vaya familiarizando.

—Toma ya. O sea, que no sale de esta.

—No lo creo, vamos, no. ¿Te acuerdas de los días que estuve ingresado? Pues también me di algún que otro garbeo por aquí. No puedes decir nada, pero te vas haciendo a la idea.

—¿Has visto a tu hermana, alias mi madre?

—Sí, pero no quiere venir conmigo. Siempre está con sus crucigramas y sus series de televisión. Allá ella. ¿Quieres decirle algo a tu tía? No habla pero oye.

—Le envío un beso muy fuerte.

—Mira, ya sonríe. Oye, ¿qué pasa con lo de esa chica con la que salías?

—Nada, no cuajó, pero dejemos el tema.

—Como quieras, pero me sabe mal. Lo siento.

—Vaya, eres el primero que no me da la brasa.

—En fin, ya encontrarás otra.

—Yo no busco nada, por eso me resulta maravilloso cuando encuentro una luz en el camino. Bye, bye.

Aspiré un poco de aquella caspa que se mezclaba con la niebla y me abracé a la capitana mientras me sacudían unos estertores que no eran de frío precisamente. Me resultaba difícil encontrarme con un muerto que aún estaba vivo.

—Bueno —rompí el hielo con la voz muy cascada—, ¿qué le ha parecido el numerito, ha disfrutado usted?

—Por lo que he oído —respondió más fresca que una rosa—, ha hablado usted con su tío y con su tía; ha hecho referencia a su madre y le ha enviado un beso a alguien que no sé si había cuajado o no, pero lo que sí parece es que no busca, pero siempre encuentra una luz en el camino. ¿Está bien o quiere añadir algo más?

—Está bien, tiene usted buen oído y resume muy bien. Supongo que pensará que estoy loco.

—Hace días que he dejado de suponer —me dijo—, me hace perder demasiado tiempo. Solo quiero una cosa, vivir; y creo que es lo que he y hemos estado haciendo estos últimos días.

Cuando nos quisimos dar cuenta estábamos frente al hotel y con una copa sobre la mesa.

—Bueno —dejó ir con un suspiro que me echó el flequillo hacia atrás—, por fin solos. ¿No es eso lo que se dice?

—Sí, pero para pegar un revolcón —respondí mientras me pasaba la mano por la cabellera—, y espero que no sea el caso porque no tengo cuerpo.

—Tranquilo, que no tengo el coño para tanto trueno.

Nos quedamos mirando y estallamos en una sonora carcajada que atrajo todas las miradas y, como si de una invocación se tratara, hizo aparecer al invitado de piedra.

—Vaya, se lo pasan bien —intervino por sorpresa—, cosa que me alegra, después del día que han tenido.

—Tranquila —me apresuré a decirle—, que aquí el adivino tiene una bola por donde lo ve todo.

—Mire —me cortó—, después de ver cómo habla con un fantasma y de encontrarme por tercera vez con este aparecido, que supongo, y eso que no soy de suponer, se sabe toda nuestra aventura de hoy, pues qué quiere que le diga, que estoy tranquila y también que necesito un trago. —Y se sacudió un lingotazo de algo parecido a la ginebra.

Y acto seguido se levantó y tomó el camino del servicio, no sin antes echarnos una mirada de aquellas que insinúan «están locos estos romanos».

Mi cocinero preferido permaneció de pie mientras me miraba descaradamente y sin ningún tipo de disimulo.

—Bueno —exclamé molesto—, deje ya de examinarme, me está poniendo nervioso.

—No le examino —respondió, diría yo que casi con el peso de una pena—, sencillamente le observo y pienso.

—Vaya, y me dice a mí que no piense —le recriminé—, y encima me observa, pero no me examina, ¿cómo se come eso?

Dejó pasar unos segundos, que no sé por qué motivo se me hicieron eternos. Luego se dejó caer en el sofá y prosiguió.

—Es nuestra última noche. Creo que podríamos apurar nuestras copas y salir a pasear.

En esos momentos regresaba la capitana, copa en mano, con la cara más risueña que la que llevaba cuando hizo mutis por el foro.

—Creo que podríamos apurar nuestras copas y salir a pasear —nos espetó sin anestesia ni nada de nada—. Es nuestra última noche —y,

mirando al cocinero, añadió—: Usted está invitado, por supuesto.

Madre mía, allí, menos yo, todos eran adivinos, pero, bueno, la aventura es la aventura, así que a pasar frío.

—Gracias por la invitación —respondió el máster chef ofreciéndole su brazo—; me apetecía pasear esta noche, pero no esperaba hacerlo tan bien acompañado.

Será bocas el tío, ahora va y me roba a mi capitana con más descaro que un despelote en un cabaret.

—Me pregunto —continuó el descarado— qué va a hacer usted ahora, tan sola y entre las áridas paredes de un chalet que imagino decorado con un gusto deplorable.

Bocas, descarado y caradura, pero el caso es que la Sirenita le seguía el cuento, como embelesada y con ganas de largar lo que fuere menester.

—No sé —respondió volviendo el rostro para mirarme—, ¿por qué no se lo pregunta a mi amigo el copiloto?

Toma ya sustantivo de parte de la moza, que parecía dispuesta a emular mis dotes de motero (el que pone motes, pero no va en moto) con el chaval que habíamos dejado en la comisaría.

—Me interesa usted —siguió hablando sin mirarme—; él ya sé lo que va a hacer: dilapidará el dinero del finiquito aquí y allá y se sentará a esperar a que le caiga el paro del cielo.

Bocas, descarado, caradura y un déspota morboso, sí, eso es lo que era, pero me callé, de momento.

—Pues, ya que le interesa tanto —respondió ella como pavoneándose entre multitudes—, le diré que, con lo que tengo en el banco y la pensión que me va a quedar, voy a hacer que vacíen la casa mientras me doy una vuelta por Italia y cuando vuelva voy a decorarla a mi gusto.

«Mira tú —pensé—, menudo partido»; era para pensárselo, pero ya había tenido oportunidades de pegar un braguetazo y siempre prevalecía el amor sobre el dinero. Si es que no se puede ser romántico.

—Y además me voy a poner a estudiar como una loca, sí, como una loca —dijo de carrerilla, como si alguien se le fuera a adelantar—. Siempre he querido estudiar, estoy harta de ser el reposo del guerrero, y si encima te sale cobardón, pues apaga y vámonos.

En fin, hay que reconocer que se trataba de una declaración de principios y que menuda vuelta que le iba a dar a la tortilla. Si en algún momento tuvo remordimientos de que las cenizas de su maromo acabaran como chapapote, le quedó claro que *pulvis et umbra sumus*, pero también que *est natura hominum novitatis avida*, o sea, que somos polvo y sombra y además la naturaleza humana es ávida de novedad (H). Ahí queda eso.

—Es usted un pedante —exclamó el cocinitas—, ya está buscando frases. ¿Por qué no escribe sus últimas correrías?

—Sí, ya sé que soy un pedante —respondí con aires de cabreado—, pero lo que no entiendo es cómo puede adivinarme el pensamiento.

—Nada más fácil —respondió el muy canalla—; si lo veo pensar, seguro que le está dando cabida a sus frases hechas y a sus tonterías.

Estábamos como el primer día, no sabía si enviarlo a freír espárragos o a parir panteras.

—Pues sí, *enterao* —respondí con chulería—, voy a escribirlo todo como si de un cuaderno de bitácora se tratara, e incluso voy a incluir lo de los fantasmas, aunque no correspondan al cuaderno de bitácora.

—Pues ya me lo pasará —intervino la doña—; quiero ver cómo se las apaña con la prosa, porque de labia tiene un rato.

Mermaos de pacotilla, se habían puesto de acuerdo para hacerme la vida imposible. Menos mal que los iba a perder de vista. Bueno, la verdad es que nada de «menos mal», porque, salvo el encontronazo con la chica, todo había salido sobre ruedas, nunca tan bien dicho, incluso aguantar las estupideces del empresario choricero.

—Ahora que llegamos al final del camino, echo de menos a los chicos; sobre todo, me preocupa ella. Espero que salga a flote —comentó la capitana con la mirada puesta en un inexistente horizonte, como esperando una respuesta.

—Todo saldrá bien —intervino el cocinillas (me gustó el nombre) —, no solo sus vidas sino también la suya. El que me preocupa es aquí el pedante, que sigue arrastrando sus restos del naufragio.

—Oiga, *espabilao* —casi le grité—, que ya he tenido suficiente con los desvaríos fantasmales, así que no se me desparrame.

Caminábamos sobre la arena con tanta dificultad que optamos por descalzarnos. Cuando miré hacia atrás me di cuenta de que no había rastro de nuestras pisadas. Sin nombre y sin huellas, pero con una historia a nuestras espaldas. Vi como mi cocinero plasta me sonreía y me preguntaba con la mirada: ¿y ahora qué? Pues qué iba a ser, que era un cabronazo de tomo y lomo.

—Me despido ahora porque mañana me iré muy temprano.
—¿Hacia dónde?
—Donde me lleven.
—¿Y usted qué piensa hacer?
—Yo me quedaré aquí de cocinero.
—¿No piensa seguir viajando?
—Solo si encuentro alguien tan divertido como ustedes.
—Entonces pasaré a despedirme.
—Como quiera, pero no me encontrará.
—Vaya, la historia no se detiene.

—Yo vuelvo a casa a hacer las maletas. Si quiere le llevo.
—No, gracias. Pensaba que querría llegar a Benidorm.
—Me llama más Italia.
—Lo entiendo.
—Adiós. ¿Me acompaña?, voy a la habitación.
—Sí, me voy con usted.
—Yo me quedo un poco más.
—Cuidado con los fantasmas. Adiós.
—Son buenos chicos. No muerden. Adiós.

Los vi alejarse y me dio la sensación de que sus figuras se iban desvaneciendo. Dejé de mirar y volví el rostro hacia el mar para enfrentarme a un cortinaje gris sin ninguna línea que delimitara dónde acababa el cielo y comenzaba el mar.

Unas pequeñas gotas hicieron su aparición y me dispuse a abandonar la playa mientras canturreaba *Last year´s man*, de Leonard Cohen.

The rain falls down on last year´s man
La lluvia cae sobre el hombre del año pasado.

Las olas sonaban dentro de la oscuridad con furia y fueron arrastrando las palabras

el
hombre
del
año
pasado

jamás llegará nadie a este lugar,
jamás llegará nadie a este lugar
y las gaviotas me darán tristeza. (19)

Leganés, marzo 2017

1 Blas de Otero
2 Gabriel Celaya
3 Jorge Guillén
4 Emilio Prados
5 Federico García Lorca
6 Vicente Huidobro
7 Juan Ramón Jiménez
8 Vicente Aleixandre

9 José Ángel Valente
10 Luis Cernuda
11 José Agustín Goytisolo
12 León Felipe
13 Pablo Neruda
14 Jorge Luis Borges
15 Gloria Fuertes
16 Rafael Alberti
17 Manuel Altolaguirre
18 Antonio Machado
19 Antonio Colinas

A *Amanece que no es poco*, de José Luis Cuerda
B *La princesa prometida*, de Rob Reiner
C Ovidio y Séneca
D *El hotel de los líos*, de William A. Seiter
E *Una noche en la ópera*, de Sam Wood
F *El hombre tranquilo*, de John Ford
G *Los profesionales*, de Richard Brooks
H Horacio y Plinio